

puede prolongarse; las circunstancias nos favorecen sobremanera; el número de los descontentos en los gremios, aumenta. Hemos recibido recursos de los revolucionarios de Francia, y con ellos podemos comprar armas, adquirir el concurso de los vagos y de los holgazanes. Luego, apenas hay tropas en Madrid, y aunque no pretendamos imponer á Cárlos IV un castigo tan atroz como el que ha sufrido Luis XVI en Francia, sin embargo, lo más fácil del mundo sería aprovecharnos de la afición que tiene el rey á ir á cazar todas las tardes, y teniendo hombres de confianza apostados en el Pardo, podríamos, con mucha facilidad, apoderarnos del rey y tenerle oculto por algun tiempo; mientras tanto, amotinábamos al pueblo, y el mismo conde de Aranda, que tan reacio se muestra, llamado por nosotros para poner término al conflicto, vendria en seguida, y... ¡qué diablo! entre volver á ser ministro, ó jefe del Estado, optaria por lo último; y yo prefiero el conde de Aranda al duque de la Alcudia, y á cualquier otro personaje de los que pudieran prestarnos su concurso.

III.

Discutido este atrevido proyecto, no se ocultó á los ojos de Picornel el peligro que corria, y pidió á sus compañeros que le diesen de plazo un mes nada más para conseguir el triunfo; ofreciendo, si en este tiempo

nada lograba, ponerse por completo á sus órdenes y ser un mero ejecutor de sus instrucciones.

No podían negarse á este deseo de Picornel, porque al fin y al cabo era el creador de aquella microscópica sociedad secreta, fundada para establecer la República en España.

Por indicacion de Garasa se dispuso que los fondos que habian recibido por conducto de los agentes franceses fueran distribuidos por partes iguales entre los cinco conspiradores, para invertirlos en ganar voluntades y ensanchar el círculo de la benéfica sociedad de proteccion á los menestrales que sufrían las vejaciones de los gremios, todo con el objeto de preparar el combustible para comunicarle el fuego y producir el incendio en el momento oportuno.

Este reparto, que se verificó en aquella misma session con todas las formalidades debidas, tranquilizó un poco á los impacientes.

IV.

La primera determinacion que tomaron Cortés, Andrés y Garasa, fué ir á comer á la hostería del Grifon de Oro, que se hallaba situada en la calle Ancha de Peligros, y mientras tanto, Lax y Picornel, como más amigos, conversaron con verdadera expansion.

—Despues de todo lo que hemos hablado, dijo Picornel á Lax, voy á decirte cuáles son mis proyectos. Me

propongo hacer alguna insinuacion al duque de la Alcu dia; aprovecharé al mismo tiempo las relaciones que he adquirido con el famoso torero Pepe-Hillo para sondear su ánimo. Es hombre de corazon é incapaz de vender á nadie, y despues de explicarle las ideas que me animan, si participa de ellas, le pediré su apoyo, y su apoyo es el más eficaz, porque estoy seguro de que todo el pueblo de Madrid se levantaria como un solo hombre al llamamiento de su ídolo, y le seguiria á todas partes. Si con estos dos hombres, á quienes he logrado acercarme, hay probabilidades del triunfo, realizaremos nuestros planes y cumpliremos nuestros compromisos. Pero si encuentro obstáculos insuperables, haremos de necesidad virtud.

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que á un sacrificio estéril debemos preferir los goces que me brinda la fortuna, y que, con mi influencia, haré extensivos á tí.

—Eso seria una traicion.

—¿Y qué? ¿Prefieres sucumbir persiguiendo un imposible, ó convencidos de lo inútil de nuestro empeño aprovechar el favor de que disfruto para encumbrarnos?

—¿Y qué dirian entonces nuestros cómplices, nuestros amigos?

—No tengas miedo de eso. Yo les haria callar para siempre.

V.

Hé aquí lo que son las conspiraciones y los conspiradores. Animados por un mismo sentimiento, ó mejor dicho, por una misma ambicion, cinco hombres solamente se hallaban divididos, y aunque en las apariencias se estimaban, asociados en dos grupos, cada cual iba á su negocio y hasta pensaban en sacrificar los unos á los otros.

CAPITULO XXXIII.

Un anónimo.

II. I.

El hombre propone, y Dios dispone.

Esta es una verdad antigua, pero una gran verdad.

Por otra parte, no hay delito que no se expie, y con todas las apariencias de un galán jóven de teatro, lo cierto era que Picornel, aspirando por una parte á medrar á costa de su conciencia, y por otra á perturbar el orden público, era un delincuente.

Los cómplices de Lax y Picornel fueron, como indiqué antes, á la hostería del Grifon de Oro, á celebrarlo con un banquete—tambien entonces los políticos se lo arreglaban todo comiendo—y, como era natural, llegaron á los postres despues de haber livado varias veces el vino honrado que se servia en aquellos tiempos; es decir, aquel vino sin agua, ó por lo ménos sin las nocivas composturas con que la industria moderna se enri-

quece, empobreciendo la salud de los que quieren comer y beber bien por poco dinero.

Habia en la hostería habitaciones particulares, en las que se acomodaban los que no querían tener testigos cuando rendían culto al arte culinario; pero las paredes que separaban unas habitaciones de otras eran de lienzo con una mano de cal, razón por la cual parecían paredes.

Si las paredes oyen, ¿cómo no habían de oír unos lienzos disfrazados de paredes?

II.

Del mismo modo que Lax y Picornel al quedarse solos se resolvían á jugar con dos barajas, los otros tres al llegar á ese período en que coloca al individuo una buena digestion, no ocultándoseles las dificultades que debían encontrar, y creyéndose ricos porque poseían unos cuantos miles de ducados, despues de murmurar de Picornel, al que en honor de la verdad envidiaban por la posicion que habia adquirido, manifestaron lo difícil que era la empresa que acometían, y Andrés, más expansivo que sus colegas,

—Francamente, señores, dijo, creo que lo mejor que podíamos hacer era embarcarnos para las Indias con este dinero, vivir alegremente una temporada, enriquecernos allí y volver hechos unos caballeros.

Pero Garasa aconsejó que tomaran una medida más prudente.

—Yo opino, dijo, que debemos conservar el dinero en nuestro poder hasta que termine el plazo que para realizar nuestros designios nos ha pedido Picornel.

Si se consigue el triunfo no nos pedirán cuentas. Si no se consigue, podremos emplearlo para trabajar por nosotros mismos sin auxilio de nadie, y si las cosas vienen mal dadas, nos facilitarán el medio de escapar ó por lo ménos de sobornar á un carcelero si es tan negra nuestra suerte que nos dejamos aprehender.

III.

El vinillò les hizo ser aun más locuaces y no se ocultaron las dificultades con que habian de tropezar, dada la ignorancia y el fanatismo del pueblo.

Como era natural, al llegar á los postres, para entretener el tiempo pidieron unos dados y se pusieron á jugar.

Dos horas despues, aquella fraccion de conspiradores estaba á su vez dividida.

Garasá habia ganado una buena parte de los ducados á sus dos companeros, y al separarse se unieron los dos contra su camarada.

Pero esto no hace al caso.

Lo que importa saber al lector es que en una de las habitaciones contiguas á la que habia servido de hospedaje á los tres conspiradores habia estado escuchando su conversacion un hombre que de cuando en cuando se frotaba las manos de alegría, porque los datos que

iba aclarando eran preciosos y creía ver en ellos un abundante filon.

IV.

Al día siguiente recibió el duque de la Alcudia un anónimo concebido en estos términos:

«Vigile V. E. mucho á su secretario Juan Picornel. Es un agente de los republicanos de Francia.

»Cuando V. E. haya descubierto la verdad y castigado al culpable, la persona que dá á V. E., por el amor que le profesa, este aviso, tendrá el honor de darse á conocer á V. E., presentándole la otra mitad del papel adjunto.»

Este papel era un fragmento, en el que se leía:

«*La fidelidad de los va....*

—*vanguardia de los reyes.*»

Este anónimo sorprendió en extremo á Godoy; pero como hombre de talento, sin darse por entendido, se limitó á espiar á su secretario.

Tenia el duque de la Alcudia un servidor de toda su confianza.

Llamábase Toribio Martillo. Había sido asistente de Godoy desde los primeros momentos en que ingresó en el cuerpo de Guardias de Corps, y guardaba á su amo una fidelidad á toda prueba.

Aunque no tenía gran capacidad, poseía ese instinto desarrollado á expensas de la gramática parda que se aprende en la servidumbre, y podía servir perfectamente á los deseos de Godoy.

Apenas recibió el anónimo, le llamó.

—No tengas cuidado ni ve que me da licencia

para ello, cuando salga de casa la seguiré, y poco ha

de poder.

—¿Qué manda Su Excelencia? dijo Toribio.

—Ya sabes que te tengo dicho que cuando no haya gente delante te apeo el tratamiento. No en vano eres mi buen criado desde hace mucho tiempo.

—Ya lo sé y lo agradezco, señor; pero como entraba de pronto, ignoraba que estuviera usía solo.

—Te necesito.

—Estoy siempre á las órdenes de usía.

—Preciso es que con el mayor sigilo, y sin dar á conocer tus propósitos, observes á mi nuevo secretario.

—¿A D. Juan Picornel?

—Justamente.

—Lo vengo haciendo desde el momento en que entró en casa, sin que me lo mandase usía.

—¿Y qué has averiguado?

—Que duerme poco, y esa es mala señal.

—Con efecto, pero no es lo bastante para acriminarle.

—Sale muy á menudo y á deshora.

—Quizás algunos amores...

—No me parece que es muy enamorado.

- Entonces... ¿qué sospechas?
- No sé por qué, se me ha metido en la cabeza que ese jóven va á dar algun disgusto á usía.
- Razon de más para que le vigiles y le observes.
- Así lo haré.
- Es necesario que no me ocultes nada.
- No tenga cuidado usía, y ya que me da licencia para ello, cuando salga de casa le seguiré, y poco he de poder, ó antes de una semana he de conocer al pié de la letra hasta los pliegues más recónditos de su razon.
- Sabré premiarte si tal haces.
- Con que usía no me separe de su lado, con que me deje cuidarle y asistirle hasta que Dios me llame á mejor vida, estoy contento.

VII.

Toribio, que disfrutaba, como vemos, de la confianza de su amo, y que observó el interés y el afecto que Godoy profesaba á Juan, tomó ojeriza al secretario, así es que aceptó de buen grado la mision que le encomendaba su dueño.

CAPITULO XXXIV.

Donde vuelve á aparecer doña Emerenciana.

I.

No tardó en proporcionarse á Toribio ocasion de ejercer su espionaje.

Aquel mismo dia se presentó en el palacio de los Ministerios una señora de edad, muy agitada y conmovida.

—¿Se podrá ver á D. Juan Picornel? preguntó al portero.

—Suba Vd. á la antecámara y pregunte á los ugieres que están allí.

Hízolo así, y uno de los lacayos la contestó con sequedad:

—Está ocupado con Su Excelencia; no se le puede ver.

—Pero se le podrá esperar.

—Haga Vd. lo que guste.

II.

Picornel trabajaba, en efecto, en aquellos momentos al lado de su jefe.

Toribio pasó por la antecámara, y fijando su vista en aquella señora, preguntó á uno de sus compañeros de servicio quién era.

—Tiene todas las trazas de una madre Celestina.

—¿Y á qué viene aquí?

—A buscar al secretario del amo.

—¿A D. Juan?

—Al mismito.

—Pues tiene para rato. Voy á decírselo para que renuncie á la esperanza de verle por hoy.

—Se acercó á la señora, que no hacia más que suspirar y acercar á sus ojos para enjugar furtivas lágrimas un pañuelo de seda con muchos colorines, de los que ofrece al mal gusto de las hijas de Eva la Compañía de Filipinas.

Aquella señora, que no lo ignore por más tiempo el lector, era doña Emerenciana.

III.

—¿Busca Vd. á D. Juan Picornel? le preguntó Toribio acercándose á ella.

—¡Ay! sí señor, exclamó el aya de Carmen.

—Pues, hija, me parece que por mucha paciencia que

tenga Vd. va á perderla esperándole. Está muy ocupado el señor, y cuando su excelencia le coge por su cuenta no le suelta ni á tres tirones.

—Esperaré. Necesito indispensablemente hablar con ese caballero.

—Ya; si es así... pero yo, porque Vd. no se molestase...

—No puede terminar el día de hoy sin que yo le cuente...

—¿Vd. le conoce?

—Sí señor. Motivos de profunda gratitud...

—Vamos, dijo Toribio con malicia, como él es tan bueno, tan generoso, habrá hecho á Vd. algún favor.

—¡Ay! sí señor; uno de esos favores que no se pagan nunca.

—No me extraña; todos los días vienen aquí personas llenas de gratitud. Empezando por el amo y concluyendo por el último pinche de la casa, todos le estimamos; todos seríamos capaces de hacer los mayores sacrificios por él.

—Lo comprendo, sí señor, lo comprendo; Dios le bendiga.

—Vd. será viuda tal vez, prosiguió Toribio tratando de averiguar quién era aquella pájara.

—¿Viuda yo? No lo crea Vd. ¡Ay qué horror! Soy, doncella.

—¿Doncella, eh? y ¿de circunstancias?

—Aquí donde me ve Vd., soy hija nada ménos que de un oidor de Chancillería, y tuve un tío (que Dios

haya) que fué padre guardian de un convento de Dominicanos, pero ¡ya se vé! mi buen padre se quedó sordo como una tapia; le jubilaron. Como estaba viudo, le atrapó una gazmoña; la pícara de mi madrastra me dió tan mala vida, que no tuve más remedio que ponerme á servir. Pero mi educacion y mis circunstancias me han servido de mucho, y hace más de veinte años que vivo consagrada á cuidar jóvenes inexpertas para evitarlas los peligros del mundo.

—Y ahora, ¿sigue Vd. cuidando jóvenes, eh? De eso conocerá Vd. tal vez á D. Juan, porque, acá entre nosotros, es muy aficionado á las buenas mozas.

—Semejante suposicion es una ofensa para él y para mí. Además, padece Vd. un error. Hasta hace poco era la guardadora de una jóven hermosa, modesta, cándida, pero... ¡he perdido mi colocacion!

Y al dar esta noticia comenzó á sollozar de tal manera, que fijó la atencion de todos los lacayos y de algunas personas que se hallaban en la antecámara del ministro.

IV.

Toribio habia sabido algo de lo que deseaba, pero no todo. Con el objeto de averiguar más,

—Venga Vd., señora, venga Vd., la dijo. Me mueve á compasion su desdicha y voy á tener el gusto de llevarla á Vd. á la habitacion de D. Juan.

—Dios le pague esa buena obra.

—Además, aprovecharé el primer momento para entrar en el despacho y anunciarle su llegada de Vd. Vd. me dirá su nombre para comunicársele.

—No debe conocerme por el nombre.

—Pues entonces, ¿qué señas le doy?

—Dígale Vd., cuando pueda, que está aquí el aya de la jóven á quien salvó cuando el motin de la calle del Cármen.

Excitada más y más la curiosidad de Toribio con estas indicaciones, se proponía seguir inquiriendo, pero no le fué posible. Al llegar con doña Emerenciana al cuarto de Juan, vió con sorpresa que Picornel estaba allí.

V.

Doña Emerenciana fué la primera que le descubrió.

—¡Si está aquí mi Sr. D. Juan! dijo á Toribio.

Al oirse nombrar volvió Picornel la cabeza, y reconociendo al aya de Cármen,

—Entre Vd., señora, entre Vd. y tome asiento, dijo.

Y al ver que Toribio permanecía en su estancia,

—Puede Vd. retirarse, añadió.

Y se retiró en efecto, pero quedándose detrás de la puerta y aguzando el oido.

—¿Qué desea Vd.? preguntó Juan á doña Emerenciana.

—No sé si he cometido una imprudencia al venir aquí. Si es así, Dios me lo perdone; pero habiendo us-

ted sido mi salvador y el de la jóven á quien acompaña-
ba cuando tuvimos el placer de conocer á Vd., necesito
referirle todo lo que ha pasado, no solo para que Vd. lo
sepa, aunque eso y mucho más merece, sino para que
se lo comunique al bueno de Sir Guillermo, que se ha-
lla á punto de perder la felicidad y de tener que renun-
ciar á sus más lisonjeras esperanzas.

—¿Quiere Vd. que le llame? Vive en esta casa am-
parado por el señor duque de la Alcudia.

—No, no, mejor es que Vd. se lo cuente despues. Yo
no sé si tendria valor para escuchar las quejas en que
ha de prorumpir cuando sepa...

—Hable Vd. por Dios, señora, que estoy impaciente.

—Lo haré con la mayor brevedad, porque conozco
que no tengo derecho para molestar á Vd., y eso que
seria muy del caso que yo le refiriera toda mi historia, y
no solo la mia, sino la de mis padres, para que viera us-
ted que, aunque me ha conocido sirviendo de aya, no
trata en este instante con ninguna pelona.

—No es necesario que se incomode Vd. en rela-
tarme...

—Es que hay muchas que hablan de su abolengo y
hacen ostentacion de sus virtudes, y luego...

—Todo eso no hace al caso.

—Pues bien; entonces le diré á Vd... pero ¡vamos, si
parece increíble!... ¡si se va Vd. á asombrar!

VI.

—Por Dios, señora, dijo Juan un poco amostazado, tenga Vd. la bondad de [decirme el objeto de su visita.

—Así lo haré; pero la emoción, la pena embarga mis sentidos, traba mi lengua y... pero es preciso. Sepa Vd.,—añadió adornando su frase con sollozos, algunos de los cuales parecían ronquidos—sepa Vd. que he sido despedida de casa de mis amos, no sin haber sido antes insultada. ¡Yo, la hija de un oidor, que si no hubiera sido porque se quedó sordo... la sobrina de un guardian de los Dominicos... he sido tratada de... no me atrevo á decirlo... de zurcidora de voluntades.

—¿No ha sucedido nada más que eso?

—¿Le parece á Vd. poco? Pero oiga Vd., que aun falta lo mejor. Cuando despues de habernos salvado Vd. del escándalo que nos amenazaba, regresamos á casa, el padre de mi señorita, desesperado por nuestra tardanza, habia salido á buscarnos. Al llegar nosotras, todavía no habia vuelto; pero la señora madre de doña Cármen nos anunció que habian estado con cuidado, y que su esposo, temiendo que nos hubiera sucedido algun percance, habia ido á la iglesia donde hacíamos la novena de la Virgen de los Dolores. A poco volvió con una cara de vinagre que nos estremeció.

—«¿Dónde han estado Vds? preguntó con voz de trueno.

—»Señor, contesté yo muy compungida, en la novena.

—»Miente Vd., señora.

—»Dios me libre. ¿Mentir yo?

—»He preguntado al sacristan, que las conoce á ustedes bien, y ha jurado y perjurado que no han puesto ustedes los piés esta noche en la iglesia.»

Hice todos los aspavientos que eran propios del caso, y hasta... ¡Dios me lo perdone! para salvar á mi señorita, juré en falso; pero él, erre que erre.

—«Vds. han estado en otra parte, y es necesario que yo sepa dónde.»

Me mandó retirar á mi habitacion y llamó á solas á la señorita.

En cuatro dias no me ha dejado verla ni me ha permitido salir de mi cuarto.

Me he pasado el dia llorando unas veces; rezando otras, y he pedido á los santos que aplacasen la cólera del Sr. D. Torcuato, pero esta mañana me llamó su mercé.

—«Podria entregarla á Vd. al Santo Oficio, me dijo de buenas á primeras, por haber abusado de mi confianza y haber consentido á una inocente jóven cometer el pecado más horrible de cuantos pesar pueden en la conciencia humana; pero esto seria aumentar el escándalo, y no he de consentir que mi nombre sea objeto de las hablillas del vulgo. Vd. va á salir inmediatamente de mi casa, y no volverá á poner los piés en ella. Y en cuanto á mi desdichada hija irá á un convento.

Por consiguiente, Vd., que ha servido, segun he logrado averiguar, de intermediaria entre ese caballero inglés y mi pobre hija, levantándola de cascos y haciéndola pensar en amoríos, puede decirle que renuncie para siempre á toda esperanza, porque arrepentida de sus culpas mi buena hija, me ha prometido despreciar todos los devaneos del mundo y consagrarse á Dios.»

Llorando como una Magdalena imploré su perdon, pero ni por esas; es más duro que el mármol.

—«Al ménos, le dije, consiéntame su mercé despedirme de la señorita.

—«De ningun modo, exclamó.»

Acaté su voluntad, y fuí á mi cuarto á recoger mi ropa para marcharme.

Llena de sorpresa, encontré en él á la señorita, que me impuso silencio con una seña.

—«Tenga Vd., me dijo. Busque Vd. al caballero que nos favoreció cuando estuvimos en peligro, y entréguele Vd. esta carta.»

Tal es mi desventura y tal el objeto de mi visita.

Al mismo tiempo me he dicho: el Sr. D. Juan tendrá muy buenas relaciones y podrá favorecerme, ayudándome á buscar una colocacion para mí.

—Haré cuanto pueda en obsequio de Vd., contestó Juan despues de haber soportado con heroica paciencia aquella larga relacion. ¿Trae Vd. la carta?

—Sí señor, aquí está.

Y sacando del pecho un papel muy doblado, se le entregó á Juan Picornel.

—Vuelva Vd. á buscarme dentro de cuatro días, dijo Juan á doña Emerenciana, y haré en su favor cuanto me sea posible.

—Dios se lo pague y se lo dé de gloria. Y no crea Vd. que al pedir su protección lo haga porque esté sin recursos. Gracias á Dios, tengo algunos ahorrillos; pero como la ociosidad es madre de todos los vicios... ¡Dios sabe en las tentaciones que caería si no encontrase una ocupación! Por de pronto voy á vivir con una anciana, antigua amiga, y volveré como Vd. desea.

Se despidió de Juan, y Toribio, que habia escuchado toda la conversacion, salió á su encuentro, la acompañó hasta la puerta de la calle, y para satisfacer su curiosidad, hasta hizo creer á la buena mujer que le habia prendado, insinuacion que puso termino á los sollozos de doña Emerenciana, la cual, al despedirse de Toribio, le dijo:

—Si quiere Vd. ir á verme alguna vez, vaya á la calle de los Caños Viejos, núm. 2, y allí me encontrará.

En dicha casa habitaba la viejecilla que habia delatado á Juan Picornel, su vecino, al Santo Oficio, y que, apesar de lo fallidas que habian salido sus esperanzas, no habia quien la quitase de la cabeza que aquel hombre, cada vez más misterioso para ella, si no era hereje, tenia por lo ménos pacto con el demonio.

VIII.

Picornel leyó con asombro la epístola.

«Caballero, decia: Me habeis amparado en uno de los momentos más críticos de mi vida, y jamás se borrará de mi alma la gratitud que siento hácia vos. Tan grande es, que me atrevo á haceros una súplica.

»Mi padre ¡Dios le perdone! ha resuelto encerrarme en un convento para toda la vida.

»Vos teneis influencia; emplead los medios que os sugiera vuestra imaginacion para libertarme de este sacrificio, que Dios no agradecería, porque no he de entrar á servirle por mi voluntad, sino por obediencia.

»Quizás habeis amado á alguna mujer.

»En nombre de ella os pido este favor, y para demostraros que la gratitud que habeis inspirado á mi alma ha engendrado en ella un verdadero afecto, á la súplica que os dirijo añadiré una confianza.

»No reveleis á Sir Guillermo lo que me sucede. Resuelta á obedecer á mi padre, porque al fin y al cabo me he convencido de que el cariño que me inspiraba no era profundo, puesto que ha podido borrarse muy fácilmente, sabrá que renunció á la esperanza de ser su esposa.

»Si estima mi protector en algo esta revelacion, si me ampara además, hallará en mí una esclava.»

No podia explicarse mejor aquella jóven, á quien he-

mos conocido tan tímida y condenada por sus padres á no saber leer ni escribir.

IX.

La epístola era una verdadera declaracion, y así lo comprendió Picornel, que, en honor de la verdad, no habia podido olvidar el rostro de la jóven desde el momento en que la vió.

—Yo la salvaré, se dijo.

Y sintiendo por la primera vez en su alma unlatido de amor, pero de amor puro, ajeno á todo egoismo, á todo interés mundano, se prometió, no solo librar á Cármen de la tiranía de su padre, sino darla á conocer su cariño y ofrecerla su nombre cuando saliera victorioso de las empresas en que estaba metido.

Pero lo he dicho antes: «El hombre propone y Dios dispone.»

Los acontecimientos se precipitaron, y voy á referirlos con la misma celeridad en el siguiente

CAPÍTULO XXXV.

Complicaciones.

I.

Cuando más decidido se hallaba Juan á valerse de su influencia para hacer amistad con los padres de Cármen é impedir la realizacion de sus designios respecto á la jóven, y disfrutar, con el afecto que le habia manifestado y sentia hácia ella, una felicidad que hasta entonces ni siquiera presumió que existiera en el mundo; cuando más resuelto estaba á desplegar toda su actividad para dar un poco de expansion á su espíritu, fué llamado por la Matallana.

Continuaba en los alrededores de la cámara de la reina la guerra sorda contra Godoy.

Con una falsa piedad que encubria la envidia, no habia una sola persona de la servidumbre de María Luisa que no se lastimase de la suerte del monarca.

—Está obcecado; decia uno.

—Es pasion la que tiene por Godoy; añadia otro.

Y algun malévolo de los que nunca faltan en todos los círculos, y especialmente en los viciosos, añadia:

—Mientras S. M. (que Dios guarde) se dedica á la caza en los montes, otros pescan sin necesidad de ir al río.

Pero doña Isabel de Matallana era la que con más indignacion contemplaba la loca fortuna del favorito de los reyes.

Es natural que esto sucediese.

II.

Cuentan las crónicas misteriosas de aquella época, que antes de que Manuel Godoy disfrutase del favor de los reyes y obtuviese, gracias á su interesante figura y á su claro talento, la influencia, los honores y las riquezas que habia alcanzado, una camarista de la reina, deseando, por medio de los halagos, apoderarse de la voluntad de su soberana, hizo cuanto le fué posible para fijar su atencion en un guardia de Corps de los más gallardos y apuestos de la compañía Española. Este guardia era el hermano mayor de Godoy.

He dicho antes, y ahora repito, que me duele en el alma tener que presentar de esta manera á una princesa que, si fué pecadora, redimió sus culpas con las desgracias del último tercio de su vida.

III.

Pero en este caso me sucede lo mismo que al tratar de los frailes.

¿No sería una injusticia que, por un exagerado respeto á la institucion, confundiese á aquellos venerables padres que pasaban la vida dedicados á la contemplacion, al estudio, á todo género de sacrificios, practicando virtudes heróicas, con aquellos otros holgazanes y entrometidos que hacian del hábito un modo de vivir, y su ocupacion favorita no era otra que la de intervenir en todas las operaciones de las familias que tenian la desgracia de tratarlos, separando y uniendo matrimonios á su antojo y empleando malas artes para pasar el tiempo entretenidos?

Ciertamente que lo sería á todas luces.

Pues de la misma manera ofenderia la memoria de las reinas de rara y ejemplar virtud, si al tener que ocuparme, siquiera sea de paso, de la desdichada esposa de Carlos IV, imbuido por el respeto ó impulsado por torpe fanatismo, no recordase que las ardientes pasiones de aquella mujer fueron la causa principal de todas las desventuras que entristecieron el reinado del bondadoso hijo de Carlos III.

IV.

La Matallana, mujer cuya ambicion era insaciable, cuya sed de influencia y poderío dentro de palacio no reconocia limites, fué perniciosa, muy perniciosa para María Luisa.

Después de haber logrado que la reina fijase su atencion en el guardia de Corps á quien protegía, natural

era, dado el carácter del hermano mayor de Godoy, que aquella amistad entre la reina y el vasallo se rompiera inmediatamente.

El hermano mayor del que hemos visto en esta historia convertido en ministro universal, ó poco ménos, era franco y leal. Las prendas militares eclipsaban en él la habilidad, la diplomacia para salir adelante en cualquier intriga, y como á su lado apareció Manuel, más agraciado, de mirada más penetrante é inteligente, de carácter más dúctil, no tardó en reemplazar á su hermano en el afecto de María Luisa, logrando al mismo tiempo cautivar de tal modo á Carlos IV, que profesándole un amor entrañable, llegó hasta el punto de no poder pasar un solo día sin entregarse á cariñosas expansiones con el favorito.

Este triunfo, alcanzado por Godoy sin mediación de la Matallana, tenía en extremo disgustada á la camarista, y consagró todo su talento, todos los recursos de su imaginación, todas sus buenas disposiciones para la intriga, á destruir la influencia de Godoy en palacio.

El mejor medio que podía emplear, dada la intimidad que tenía con María Luisa, era avivar el fuego de sus pasiones y fomentar en todas las clases de la sociedad el odio hácia Godoy.

Ayudábale en su empresa Catalina Pizarro, otra de las camaristas, y las dos de acuerdo, aguijoneadas además por D. Antonio Caballero, uno de los hombres más funestos de aquel reinado, entretenían los ócios de María Luisa con animadas narraciones de las aventuras

amorosos en que los guardias de Corps desempeñaban el papel de galanes.

V.

Las tres personas que acabo de citar habian jurado exterminar al ministro, y no perdonaban medio de conseguir su deseo; pero salia triunfante de sus asechanzas, y estos triunfos exacerbaban el rencor que sentian hácia él.

A tal extremo habia llegado la desesperacion de la Matallana, que llamó á Picornel, como ya dijimos, para convertirle en instrumento de una idea que le habia sugerido su enemistad hácia Godoy.

Debo decir que doña Isabel, desplegando con su protegido una coquetería extraordinaria, se disponia á jugar con lo que ella creia que era en Juan Picornel una pasion, cuando no pasaba de ser un miserable cálculo.

Pero el mundo es así.

Las ilusiones son patrimonio, no solo de los buenos, sino de los malos.

La Matallana se figuraba que era objeto de adoracion de Juan Picornel, á quien de la nada, con su poderosa recomendacion, habia elevado al pináculo ó poco ménos de la fortuna.

Jugaba, pues, con él, y á las mentidas frases amorosas, á las pruebas de afecto que, con timidez estudiada, exigia Picornel, contestaba la cortesana excitando y negando al mismo tiempo.

En honor de la verdad, no sufría mucho por sus derrotas nuestro personaje, porque, á medida que conocía el carácter y las ideas de aquella mujer, sentía hácia ella una repulsion que no manifestaba, porque era demasiado poderosa para enemiga.

VI.

La Matallana, presentándose muy conmovida á Juan,

—Voy á exigir de Vd., le dijo, un verdadero sacrificio. Si Vd. me ayuda para salvar á la reina del abismo á donde corre ciega, ganará Vd. mi voluntad de tal manera, que en vez de ser su amiga y su protectora, seré su esclava.

—Mande Vd., y obedeceré.

—De un momento á otro va á haber un cataclismo en palacio.

—Pues ¿qué ocurre?

—Para ninguno de los que vivimos en esta casa es un secreto la intimidad de Godoy con la reina; pero este secreto ha llegado á noticias del rey. Desde hace algunos dias anda un duende en palacio que aprovecha todas las ocasiones para revelar á nuestro agosto amo que el amigo á quien más estima le vende y le deshonra. Al sentarse á la mesa encontró entre los pliegos de la servilleta un papel muy doblado, en el que ha leído varias veces: «Observe V. M. á su favorito y salve á su esposa del precipicio á donde camina.» Aunque el rey es bueno y tiene la mayor confianza en su

esposa, yo sé que observa. El día ménos pensado va á descubrir esa funesta intimidad, y ¡Dios sabe las consecuencias que traerá este suceso!

—Y yo, ¿qué puedo hacer? preguntó Picornel.

—Yo, que adoro á la reina, quiero salvarla.

—¿Y ha ideado Vd. el medio?

—Uno muy sencillo.

—Supongo que si he de ser su cómplice no tendrá usted inconveniente en revelármelo.

—Al contrario. Escuche Vd. mi plan. Yo sé que Godoy está perdidamente enamorado de Pepita Tudó; que recibe á menudo cartas suyas llenas de protestas de amor. Pues bien; nada más fácil para Vd., teniendo como tiene la confianza del ministro, que apoderarse de una de ellas.

—Señora: me propone Vd. que cometa una felonía.

—Ya sabe Vd. á qué precio le he otorgado mi proteccion y estoy dispuesta á sacrificarle mi voluntad.

—Es que ese acto podria ocasionarme hasta la muerte.

—¿Teme Vd?

—No temo á nadie en lucha abierta; pero como el oro encuentra brazos armados con puñales...

—Esa carta que pido á Vd. ha de salvar del peligro á la reina. Mi proyecto es el siguiente: Deseo demostrar á mi señora que el hombre á quien estima tanto es indigno de su aprecio; que la engaña miserablemente, y que está preso en las redes de otra mujer. Convencida de su traicion le despreciará, y cuando caiga de su gracia, cuando pierda la posicion que ocupa,

cuando la misma reina pida á su esposo el destierro para el hombre que es hoy su favorito, ella se habrá salvado del gran peligro que la amenaza y Vd. recibirá el premio que ambiciona.

—Estoy dispuesto á obedecer, pero es preciso que seamos francos. En el mero hecho de acceder á sus ruegos, me convierto en su cómplice. El corto tiempo que hace piso los palacios ha quitado un poco de generosidad á mi alma, reemplazándola con la prevision. No tengo inconveniente en apoderarme de una de sus cartas, en entregársela á Vd. siempre que para mi resguardo tenga yo un documento firmado por doña Isabel Matallana dándome orden de apoderarme de una de esas cartas y ofreciéndome en cambio mejorar mi posicion.

—Semejante deseo...

—Sé que es condicion humana perseguir y aniquilar á los que nos han servido para el logro de nuestros deseos. Nada tendria de extraño que, arrepintiéndose usted algun dia, descargase sobre mí toda la culpa. Tenga yo un lazo que me una á Vd. para siempre. En mi interés está ocultar á todo el mundo ese documento; pero yo seria el más desgraciado de la tierra si alguna vez me faltase el afecto de Vd., si alguna vez mi presencia le molestase.

—Tendrá Vd. lo que desea.

—En ese caso aprovecharé la primera ocasion, y tendrá Vd. en breve una ó más cartas de las que me pide.

VII.

Isabel trazó en un papel la peticion y la oferta que deseaba tener Picornel, y entregándosela,

—No puedo hacer más, le dijo, para demostrarle mi buena fé.

—Corresponderé á ella, contestó Juan.

Se despidieron, y Picornel salió de la estancia.

La Matallana se habia propuesto demostrar á María Luisa que Godoy la engañaba, y al mismo tiempo favorecer á otro guardia de Corps, muy célebre tambien por su arrogante figura, por las aventuras amorosas y por los desafíos en que tomaba parte.

Al separarse de Juan quedó muy satisfecha, confiada en haber adelantado un gran paso á la realizacion de sus fines.

Juan, por su parte, acababa de cometer una iniquidad, puesto que al pedir aquel documento á la Matallana no tenia más objeto que el de demostrar á Godoy los peligros que le rodeaban en palacio, excitándole al mismo tiempo á que, para castigar á sus enemigos, aceptase el papel que le reservaba en sus planes de sustituir la monarquía con la república.

CAPITULO XXXVI.

Una resolucion desesperada.

I.

Al volver Picornel al palacio de la plaza de los Ministerios, le anunció uno de sus lacayos que Sir Guillermo deseaba verle.

Desde luego presumió cuál debía ser el objeto de aquella entrevista.

Llegó á la estancia del inglés y lo halló consternado.

—Mi situacion es angustiosa, dijo. Acabo de recibir una noticia que es mi sentencia de muerte.

Aunque Juan habia comprendido de antemano cuál era el motivo de su agitacion, procuró disimular, porque, como el lector habrá comprendido, tenia algun interés en que se realizara el rompimiento de Cármen con Sir Guillermo.

—¿Qué le ha sucedido á Vd? preguntó fingiendo asombro.

—Lea Vd. esa carta, repuso Sir Guillermo mostrándole la que acababa de recibir, y se convencerá Vd. de mi desdicha.

La carta era de Cármen, y como habia anunciado á Picornel, desahuciaba por completo á su antiguo amante.

Era tan enérgica la resolucion que demostraba; se hallaba, á juzgar por sus declaraciones, tan decidida á obedecer á sus padres y á entrar en un cónvento, que no dejaba á Sir Guillermo ningun camino de volver á conquistar su corazon, y esto, dada la vehemencia del amor de Sir Guillermo hácia la jóven, era para aquel hombre una verdadera sentencia de muerte.

II.

Mientras Juan Picornel leyó la carta, le observaba Sir Guillermo sin pestañear.

—Ya ve Vd., exclamó cuando Picornel hubo terminado la lectura; ya ve Vd. cuán inmensa es mi desgracia. Despues de haber sacrificado á esta pasion mi porvenir, mi fortuna, mi vida, tener que renunciar para siempre á la felicidad soñada, es uno de esos tormentos que jamás hallan consuelo.

—Tranquilícese Vd., dijo Juan Picornel. Quizás obedece esa jóven á la influencia de sus padres; pero cuando pase algun tiempo, cuando recuerde en la soledad del cláustro las dulces ilusiones nacidas al calor del sentimiento que le ha inspirado Vd., volverá los ojos al pasado, comprenderá que la obediencia no es vocacion, y, como tiene un año para decidirse á profesar ó á

abandonar el cláustro, si Vd. sabe sufrir, si Vd. persevera, si Vd. la da pruebas de abnegacion, no habrá sacrificio que no arrostre.

—¡Ah!... ¡No!... Yo la conozco; sé que su resolucion es irrevocable, y respeto el sentimiento filial que la obliga, sin duda, á tomar esta determinacion. La culpa no es suya, es mia, de mi desgracia. No he nacido en este país, no abracé la religion que Vds. profesan... He sido un loco al creer en que podia realizar una ventura que me estaba vedada. Por otra parte, cuantos esfuerzos hago para renegar de mi pasado, para sacrificar en aras de esta pasion que me domina el sentimiento religioso que desde la niñez abriga mi alma, no puedo conseguirlo... es imposible. Solo me queda un recurso; el de abandonar para siempre á España, el de refugiarme en mi patria y el de aguardar la muerte en el retiro sin más compañía que el recuerdo y el dolor.

III.

Juan Picornel aprovechó la situacion de ánimo en que se hallaba Sir Guillermo, y obedeciendo al impulso secreto que aumentaba más y más en su alma el afecto que profesaba á Cármen,

—Creo haber dado á Vd. pruebas de ser su amigo, dijo tendiendo de nuevo la mano á Sir Guillermo. Pues bien, en nombre de esta amistad me parece que la resolucion que Vd. medita es la mejor. La situacion por que atraviesa España es aflictiva. Estamos empeñados

en una guerra, cuyos resultados nadie puede prever. No se trata hoy de defender la independencia de la patria. En Francia se ha cometido un crimen espantoso; con él han herido los franceses el sentimiento religioso de los españoles. Han sacrificado á un individuo de la familia de su rey, y hasta que no venguen ese ultraje, todos los extranjeros serán sus enemigos, y el que les proteja aparecerá como sospechoso á sus ojos. Cuando ha estado Vd. en peligro, no he tenido inconveniente en salvarle, sino todo lo contrario. He hablado al duque de la Alcudia y con la generosidad que le distingue ha hospedado á Vd. en su palacio para librarle de las asechanzas de sus enemigos. La situacion es insostenible. Si Vd., movido por el amor que le inspiraba esa jóven, hubiera renunciado á su nacionalidad, hubiera aceptado la religion que nosotros profesamos, y lo que es más, si hubiera realizado las promesas hechas al populacho por nuestro buen amigo Pepe-Hillo, estaria Vd. seguro en España. Pero no hallando en su conciencia los medios de llegar á esta situacion, creo que lo mejor que debe Vd. hacer es renunciar para siempre á sus esperanzas y buscar en la ausencia el consuelo á sus penas.

—Tal es mi voluntad y tan decidido estoy á realizarla, que ni aun escribir quiero las quejas de mi alma á esa mujer, porque las lágrimas que brotarian de mis ojos borrarían las palabras que trazase mi pluma. Usted, mi buen amigo, si alguna vez tiene ocasion de verla, la dirá de mi parte que la perdono, que no la olvidaré nunca. Si al fin consagra su vida á la religion, pí-

dala Vd. que en el silencio del cláustro y cuando eleve á Dios sus oraciones, ruegue tambien por este desgraciado, que no tiene más esperanzas de felicidad que la del sueño eterno. Y para que no desmaye mi ánimo; para que la duda no me haga vacilar un solo instante, voy á pedir á Vd. un nuevo favor. Emplee Vd. su influencia para proporcionarme un pasaporte; con él partiré mañana, hoy mismo si es preciso.

IV.

No deseaba otra cosa Juan Picornel.

Despidiéndose de su amigo con fingida compasion, le aseguró que en cuanto regresase de Aranjuez el duque de la Alcudia obtendria el pasaporte.

Así fué: dos dias despues partió Sir Guillermo y Juan Picornel fué á su casa de la calle de los Caños Viejos. Apenas llegó, llamó á Sinforoso, y le dijo.

—Es necesario que busques en el núm. 2 de esta calle á una mujer que se llama doña Emerenciana. Sin que nadie se entere, la anuncias que deseo verla y la llevas inmediatamente á casa de mi amigo Lax. Yo voy allí y te espero.

Sinforoso cumplió las órdenes de su amo, y media hora despues llegó con doña Emerenciana á la casa de la calle de Segovia.

En este tiempo confió Juan á Lax el buen estado en que se hallaban sus negocios, y le anunció la visita que esperaba de doña Emerenciana, rogándole que le deja-

ra á solas con ella, y asegurándole que aquella mujer, sin apercibirse de ello, iba á prestarle un gran servicio.

Tambien engañaba á su amigo de la desgracia, á su cómplice, á su confidente.

V.

Cuando llegó doña Emerenciana, interrumpiendo los aspavientos con que la buena mujer se empeñaba en demostrarle su gratitud por no haberla olvidado. —

—Estoy dispuesto á favorecer á Vd. en todo lo que pueda, la dijo, y al efecto he hecho que hablen á una señora de la grandeza, que necesita un ama de llaves, para que la elija á Vd. Su resolucion tardará algunos dias, pero entre tanto tengo que pedir á Vd. algunos servicios, que remuneraré como es debido.

—Ya sabe Vd. que obecerle es mi mayor satisfaccion y además mi deber.

—¿Ha sabido Vd. algo de Cármen?

—Sé que su padre, sin aplacar su ira, ha resuelto llevarla al convento de Pinto, porque conoce á la superiora, y que si no se la ha llevado ya, saldrá uno de estos dias de Madrid.

—Es necesario que averigüe Vd. á punto fijo si la ha llevado ya al convento, ó no.

—Eso puedo saberlo muy bien, porque conservo buenas relaciones con el paje del amo.

—Como no hay tiempo que perder, si está en Madrid procure Vd. á toda costa tener una entrevista con

ella y anunciarle que Sir Guillermo, desesperado al perder la esperanza de su cariño, ha partido á Inglaterra.

—¿Es posible? exclamó doña Emerenciana sentándose.

—Lo que Vd. oye.

—Fíese Vd. de los hombres. Cuidado que juraba y perjuraba que sin su amor no podría vivir.

—Tal vez la desesperacion cause su muerte; pero ha respetado la voluntad de Cármen, y ha partido.

—Pues, á decir verdad, me alegro, porque aunque parecia muy bueno, eso de ser inglés y hereje me costaba mucho trabajo tragarlo. Pero como el amor es ciego y mi señorita estaba muy enamorada de él... ¿Sabe Vd., acá para entre nosotros, lo que me agradaría muchísimo?

—¿Qué le agradaría á Vd., doña Emerenciana? preguntó Picornel adivinando el pensamiento de la vieja y complaciéndose en oírle.

—Pues me alegraría que en vez de haberse enamorado Sir Guillermo de mi señorita, hubiera sido Vd.

—Con eso y con que su señorita de Vd. no se hubiera enamorado de mí...

—¡Al contrario! Si no temiera ser indiscreta le diría á Vd...

—¿Qué?

—Vamos... no me atrevo.

—Hable Vd., buena mujer.

—Desde que le conoció á Vd. aquella noche, se volvió otra. Ya ve Vd. que estábamos en gran peligro;

que al fin y al cabo si se hubiera sabido que en vez de estar en la novena habíamos ido á casa de Sir Guillermo, ¡Dios nos libre! Pues á pesar de todo, por el camino fué haciendo unos elogios de Vd... y yo, que soy ya ducha en la materia, me dije: ¡Pobrecilla! Tú te has enamorado de ese caballero. Y más le digo á Vd.; si ella supiera, ó adivinara al ménos, que Vd. habia de fijar sus ojos en su palmito, capaz era de escaparse del convento. ¡Oh! Yo la conozco mucho. Tiene un génio...

—Pues bien; guárdese Vd. todas esas creencias y no haga más que lo que le digo, porque el mucho celo echa á perder las mejores causas.

—No se incomode Vd., dijo ella al ver el tono en que hablaba.

—Bien; si Vd. quiere que yo la proteja, haga lo que le digo y nada más.

—Y ¿qué he de hacer?.

—Manifestarle que Sir Guillermo ha partido para siempre, y que yo soy su amigo y estoy dispuesto á favorecerle en todo cuanto pueda.

Dígala Vd. que no habrá sacrificio que no arrostre por ella, y esto basta.

—Vd. procurará cuando esté en el convento hallar un medio de verla de vez en cuando, y lo demás, Dios dispondrá lo que ha de suceder.

—He comprendido perfectamente.

VI.

A pesar suyo, y en medio de las complicaciones en que se hallaba Juan, sintió que una atracción poderosa le llevaba hácia Cármen.

Esperó en casa de Lax la vuelta de doña Emerenciana, y supo por ella que Cármen habia partido á Pinto con su padre.

Dando un bolsillo de dinero á doña Emerenciana, la encargó que saliese inmediatamente para Pinto, y que al volver no se hospedase en la casa de la calle de los Caños Viejos.

—Sobre todo, la dijo, mucho cuidado con la vieja que le ha hospedado á Vd. en su casa. Tengo motivos para sospechar de ella.

Ya era tarde; doña Emerenciana habia tenido la debilidad de confiar á la tia Solapa, así se llamaba la bruja delatora, lo interesado que estaba en su favor Juan Picornel, y gracias á esto, habia sabido aquella taimada que el vecino á quien habia perdido de vista, sin abandonar su miserable casucha, era el secretario particular de Godoy.

CAPITULO XXXVII.

El espíritu revolucionario.

I.

Mientras que los valientes soldados españoles hacian proezas en las fronteras de Cataluña al mando del bizarro general Ricardos, y el pueblo seguia con avidez las operaciones militares pidiendo á Dios que coronase el éxito de nuestras armas y haciendo los mayores sacrificios por auxiliar al rey en aquella guerra patriótica, en torno de la reina y de Godoy hacia la intriga de las suyas, manejada por los que aspiraban á medrar á favor de las debilidades de una mujer apasionada y de un hombre habilidoso.

Juan observó que el ayuda de cámara del duque de la Alcudia le expiaba á todas horas.

Al mismo tiempo notó que Godoy, tan expansivo y tan franco con él, se mostraba un tanto reservado, y puso en juego todos los medios que le sugirió su ima-

ginacion para averiguar la causa de aquella desconfianza.

Los momentos eran críticos para Juan Picornel. Por una parte le apremiaban sus compañeros de conspiracion.

Por otra arreciaban las exigencias de doña Isabel de Matallana, que deseaba á toda costa desacreditar cerca de la reina á su favorito, y con la agitacion que producía en el ánimo de Juan el doble papel que desempeñaba, mezclábase el recuerdo de Cármen, que poco á poco, ofreciendo al hasta entonces frio y calculador ambicioso político la esperanza de una felicidad dulcísima, iba llenando su alma y arrebatándole á la política para engolfarle en el amor.

II.

La circunstancia de hallar en todas partes á Toribio comenzó á disgustarle, y hubo momentos en los que, desesperado, quiso interpelar al doméstico y hasta quejarse á Godoy de su tenacidad; pero comprendió que un acto de esta naturaleza podría destruir su laboriosa obra y se resignó á no ir á su casa de la calle de los Caños Viejos, manifestando, por el contrario, alegría de encontrar en todos sitios á Toribio, y rebajándose hasta el punto de darle explicaciones de su conducta sin que se las pidiese.

—Señor: nos hemos equivocado de medio á medio, dijo Toribio á su amo. Lo único que he descubierto des-

de que observo al secretario de usía, es que está enamorado.

III.

Esto no era ni podía ser un pecado á los ojos de Godoy, que, segun decian las malas lenguas, al amor debia todo su valimiento.

Pero cuando habia disipado sus dudas y proyectaba Godoy resarcir á su secretario de la injusticia que habia cometido con él siendo reservado, recibió un nuevo anónimo, en el que la misma mano que habia trazado el anterior decia al favorito de los reyes:

«Tiene V. E. una implacable enemiga en doña Isabel de Matallana. Ha jurado valerse de todos los medios que le sugiera su diabólica imaginacion para alejar á V. E. de palacio.

»Despues de dar á V. E. estas noticias, solo me resta añadir que Juan Picornel es el cómplice más activo de la Matallana.»

Las indicaciones que se hacian en esta epístola estaban de acuerdo con algunos síntomas que habia notado en palacio el duque de la Alcudia.

IV.

Acto contínuo llamó á Picornel.

—Al acceder á los deseos de Vd., le dijo cuando se halló en su presencia; al depositar en Vd. toda mi con-

fianza, creí haber encontrado un verdadero amigo, y me propuse emplear toda mi influencia para asegurar su porvenir. No creo haberme equivocado. No tengo motivo para dudar de Vd. Ha cumplido Vd. su mision á gusto mio, y con una discrecion y una prudencia que hacen el mejor elogio de Vd.; pero ó tiene Vd. enemigos formidables, y en su caso tal vez necesite Vd. mi ayuda para combatirlos, ó los rumores que llegan hasta mí son ciertos, y como le he tomado á Vd. cariño, antes de verme precisado á convencerme de una iniquidad y á castigarla, quiero apelar á su lealtad y pedirle explicaciones.

—Parece que V. E. ha adivinado mis deseos, dijo Juan Picornel. Desde hace algunos dias tengo un vivo deseo de comunicar á V. E. un secreto y me cuesta trabajo, porque, aunque aspiro á manifestar á V. E. mi gratitud, puede muy bien parecer mi celo una indiscrecion.

—Hable Vd. sin cuidado.

—Ya que V. E. me lo consiente, empezaré diciendo que, desde hace algunos dias, he creido haber perdido una buena parte de la confianza que inspiré al señor duque en los primeros momentos. Soy vigilado y espiado como un criminal, y sin embargo, mi conciencia está tranquila.

—¿Qué habria Vd. hecho si hubiera Vd. recibido estos anónimos? dijo Godoy entregándole las dos epístolas misteriosas.

V.

Despues de leerlas, exclamó Picornel:

—Yo, señor, habria hecho lo que acaba de hacer V. E.

—¿Y qué responde Vd. á las acusaciones de que es objeto?

—A la segunda, respondo de este modo, dijo Juan Picornel perfectamente sereno, sacando del bolsillo una cartera y de ella la carta de la Matallana, que entregó al duque.

—¿Desde cuándo tiene Vd. en su poder este documento? preguntó Godoy.

—Desde hace tres ó cuatro dias.

—¿Y cómo no se ha apresurado Vd. á comunicármelo?

—He temido penetrar demasiado en las interioridades de V. E., y no está bien que un servidor traspase el sagrado de las intenciones. No hallando un medio hábil de dar á V. E. explicaciones, estaba decidido hasta á perder su gracia con tal de salvar á V. E. del lazo que le quieren tender, y me proponia hacer llegar á manos de V. E. esta carta simulando que aun no la habia yo visto; pero ha podido V. E. dudar un momento de mi lealtad y este temor me ha obligado á ser indiscreto.

—Está bien, dijo el duque de la Alcudia.

—Mi posicion es en extremo difícil. He seguido visi-

tando á la Matallana para servir á V. E.; pero han llegado las cosas á una situacion, en la que no tardará en saber que, en vez de ser su cómplice, soy su enemigo.

—Ya procuraremos que no lo sepa. Siga Vd. con ella sus amistosas relaciones, y como tiene Vd. buena imaginacion, ya encontrará algun medio de explicarle por qué motivo no ha podido realizar sus deseos. Absuelto ya por mí de esa acusacion, desearia saber si hay algo que justifique la primera.

—Señor, dijo Picornel, para responder con sinceridad á esa pregunta necesito hacer á V. E. una revelacion, que espero me dispense si no la encuentra de su agrado. Hay algo que pueda hacerme aparecer á los ojos del Rey nuestro señor como un traidor, pero ya manifesté á V. E., cuando tuve el honor de hablarle por primera vez, que era ambicioso. Lo soy, sí, lo confieso. Esta ambicion me obligó á abandonar en los primeros años de mi juventud la patria donde habia nacido y á buscar en los viajes una experiencia y un conocimiento de las cosas del mundo que consideraba indispensable á la realizacion de mis deseos. Estuve en Francia. Desarrolláronse á mi vista las escenas más terribles de la revolucion; pude conocer los actores principales de aquel espantoso drama, y despues de obtener su confianza, fascinado por las ideas que predicaban, les ofrecí, en efecto, secundar en España sus designios.

—¿Qué ha dicho Vd.? exclamó Godoy profundamente sorprendido.

—No me juzgue V. E. hasta acabar de oirme. Al re-

gresar á mi país tuve noticias de V. E. Prendado de sus raras cualidades, admirado de su génio, sorprendido de su inmensa fortuna, no tuve más que una idea: la de acercarme á V. E.; la de llegar á ocupar el puesto que ocupó. Si yo logro identificarme con el hombre eminente, me decia; si consigo la envidiable fortuna de ser algun dia su auxiliar, mis relaciones con los revolucionarios franceses podrán serle muy útiles.

Yo preveia lo que está pasando: yo auguraba la guerra y sabia que, sin rebajarme á los ojos de nadie, podia hacer traicion á los enemigos de mi patria auxiliando á mis hermanos. Aun fué más lejos mi pensamiento. Yo, que habia visto el ímpetu de la revolucion, tenia motivo para presumir que al desencadenarse en Europa derribara los tronos más antiguos, y si esto llegaba á suceder en España, era preciso un hombre, un génio que, con todas las cualidades que adornan á V. E., pudiera, en un momento dado, aceptar los sucesos fatales, sobreponerse á ellos, dominar la revolucion, enfrenarla, y al operarse la reaccion, conseguir en premio de los altos servicios prestados á la patria, la inmensa gloria de fundar una nueva dinastía verdaderamente popular, hija legítima de los nuevos principios. Si en esto hay culpa, soy culpable, señor.

VI.

Imposible es describir el efecto que produjeron las palabras de Juan Picornel en el ánimo de Godoy.

Favorecido de una manera asombrosa por la fortuna; despertando su inteligencia á cada instante los favores de la ciega deidad, mucho habia ambicionado, pero jamás habia podido ocurrirse á su imaginacion la idea de realizar empresa tan grandiosa como la que Picornel le proponia.

VII.

Durante algunos momentos permaneci6 silencioso. —¿Qué hombre es este? pensaba. ¿Cómo ha podido abarcar su inteligencia un plan tan vasto?

Durante esta pausa, le observaba con atencion Juan Picornel.

Al fin habló Godoy.

—Y ¿cómo me ha ocultado Vd. todo eso hasta ahora? le dijo.

—Por no ser tomado por un soñador he creido deber ser reservado. Pero hoy, señor, hoy puedo saber hasta los más íntimos secretos del gobierno revolucionario de Francia, y si algun dia las circunstancias lo exigieran, cuento en Madrid con hombres de corazon que acudirian á oponerse al torrente revolucionario y á levantar sobre sus revueltas olas, convirtiéndolas en firmísimas rocas, la gloria de V. E.

—Pues bien, amigo mio, exclamó Godoy. Yo estimo en lo que valen esas revelaciones; yo conozco perfectamente las ideas de la revolucion francesa; yo sé que tendreis medios para librar á España de su terri-

ble influjo. Mi ambicion no va tan lejos; vivo demasiado cerca del trono para desearle. Debo además cuanto soy y cuanto valgo á los reyes de España, y estoy resuelto á derramar hasta mi última gota de sangre en su defensa. Renuncie Vd. como yo renuncié á esa loca empresa, que solo la voluntad de Dios puede llevar á cabo, y empleemos esas misteriosas relaciones que sostiene Vd. con los que hoy dirigen los ejércitos que luchan contra nuestros soldados, para oponer con la victoria un valladar á las desenfrenadas pasiones, que han hallado hasta ahora un invencible obstáculo en los Pirineos, pero que tambien lograrían vencer si fuesen derrotadas nuestras tropas. Yo he gozado infinito al oír á Vd., al convencerme de su privilegiada imaginacion, de su claro talento, de su firmeza de voluntad. Este secreto quedará entre nosotros, y si antes era su protector de Vd., hoy soy además su verdadero amigo. Cuide Vd. de que las pasiones que se agitan en su alma con vehemencia no le obliguen un dia á hacerme traicion. Ese dia seria el más doloroso para mí. Los hombres que tienen la posicion que yo ocupo, deben conservar los leales amigos con más cuidado que la fortuna.

Unidos, podremos hacer el bien de la patria; y piense Vd. cuánto más lícita es la gloria de hacer el bien desde un humilde puesto que proporcionar á un pueblo una convulsion espantosa para elevarse sobre sus hombros, aunque animen al que tal haga los más nobles deseos.

—¿Es decir, preguntó Picornel, que V. E. está resuelto á defender el trono del ímpetu revolucionario?

—Con toda mi alma.

—Cuenta V. E. conmigo para todo.

Así terminó la entrevista; pero al pronunciar las últimas palabras, Juan Picornel procuró ocultar á Godoy sus verdaderos pensamientos.

CAPITULO XXXVIII.

Todo ó nada.

I.

Declaro ingénuamente que no concibo cómo hasta ahora los médicos que andan buscando especialidades no han considerado como una de las más productivas, por lo extendida que se halla esta enfermedad, la que padecen los conspiradores políticos.

Considero al lector de esta historia hombre pacífico, ajeno á las luchas de los partidos por más que tenga sus opiniones políticas.

Y partiendo de este principio, le pregunto si no tiene lástima hasta de sus adversarios al verlos empeñados en esa lucha que se llama públicamente política, y en el seno privado garbanzos, levita y una pelucona en el bolsillo para echar de cuando en cuando una cana al aire.

Si no fuera por el daño que hacen á la nación los conspiradores políticos, los cuales, como sabrá el lector sin que yo se lo diga, al dia siguiente del triunfo exhiben los sacrificios que han hecho por la causa, se ador-

nan con el adjetivo de *consecuentes* é invaden el presupuesto; si no fuera, repito, por la perturbacion que introducen en la sociedad, habria que confesar que no con un empleo, sino con todos los empleos juntos, no se les indemniza de las agitaciones, sobresaltos, fiebres y angustias que padecen los que piensan con el estómago en la cosa pública.

II.

Aunque en pequeño, como un embrion de este tipo que se ha desarrollado en nuestros tiempos, aparece á los ojos de mis lectores Juan Picornel.

A trueque de realizar la ambicion que se ha apoderado de su alma, hace un papel con el duque de la Alcu dia, otro con sus cómplices, otro con Pepe-Hillo, y tiene que recordar á cada instante el carácter bajo el cual se presenta á las personas con quienes lucha para utilizar en su beneficio y no dejar ni un solo cabo suelto en poder de los que al conocerle serian sus enemigos.

Instigado por las circunstancias, aprovechando una ocasion oportuna habia revelado sus planes á Godoy, pero con tanta maña, que en vez de irritar al valido, en vez de aparecer sospechoso á sus ojos, en vez de experimentar la idea de apartarle de su lado y conducirle á una prision como reo político, conquistó más y más el corazon generoso de aquel hombre.

Y sin embargo, aquel que habia ofrecido al duque

todo su apoyo, todos los elementos, todas las armas de dos filos que tenia en sus manos, le habia engañado.

Estaba en un momento crítico.

O tenia que renunciar á sus cómplices y ser traidor y hasta verdugo suyo, ó se veia precisado á avanzar en sus planes para arrollar en el ímpetu de sus ideas hasta al ministro que de la nada le habia elevado al puesto de su secretario particular.

III.

En medio de esta lucha, de esta zozobra, de esta ansiedad que le quitaba el sueño, que le impedia respirar á sus anchas, que le coartaba la libertad de su accion, en medio de aquel infierno en que vivía resonaba en su oido como una mágica voz que la esperanza ofrecia á su imaginacion, como una promesa de felicidad, el amor de aquella jóven á quien no se limitaba á amar en silencio, sinó á quien habia ya comunicado por medio de doña Emerenciana el afecto que le inspiraba, y la resolucion que habia tomado de ofrecerle su vida con su amor.

Al separarse de Godoy fué á encerrarse en su cuarto.

Habia llegado el caso de tomar una resolucion definitiva, y eran tan encontradas y tan vehementes las ideas que luchaban en su cerebro, que la meditacion era para él una enfermedad.

Algunos dias antes solo hubiera luchado contra el logro de su ambicion, ó las probabilidades de una muerte afrentosa.

Ni la fortuna ni la desgracia podían detenerle.

Iba á jugar un albur, y si perdía no le importaba la muerte.

IV.

Pero entonces llenaba otro sentimiento su alma.

Un amor tardío, pero apasionado, le hacia anhelar con más avidez el triunfo y experimentar una incalificable cobardía ante la seguridad de su muerte.

Aquel amor debía ser para su alma egoísta un castigo.

—No hay remedio, se dijo; las noticias que llegan del campo de batalla son favorables para el ejército español. En este país están profundamente arraigados el amor á Dios, á la Patria y al Rey. El más humilde labrador, el más cansado jornalero se convertirán en un heróe y derramarán hasta su última gota de sangre por tan venerandos objetos apenas se reclame su auxilio.

La revolucion francesa podrá atravesar los Pirineos, pero al pié de estas inquebrantables montañas hallará pechos españoles más fuertes que ellas, donde se estrellará su ímpetu.

V.

Desalentado ante estas para él tristes observaciones, recordó la máxima diabólica, *divide y vencerás*.

—Sí, exclamó de pronto, solo desautorizando á las personas más influyentes en la córte; solo divulgando las intrigas, los devaneos, las culpables ociosidades que rodean la cámara de la reina; solo poniendo en evidencia la debilidad del monarca, y aprovechando todos los motivos de disgusto de las distintas clases de la sociedad, puedo auxiliar á los revolucionarios de Francia. La división nos dará el triunfo, y si yo logro, valiéndome de la simpatía que he inspirado á Pepe-Hillo, hacerle ver de cerca todas esas intrigas, esos devaneos, esas debilidades; si yo consigo que pierdan á sus ojos el prestigio las personas que hoy aparecen como otros tantos ídolos ante él; si despierto su indignacion; si consigo que él lleve á las clases bajas de la sociedad, que le admiran y le adoran, las impresiones que reciba; si les comunica la indignacion que seguramente se apoderará de su alma, entonces, preparados los materiales, una sola chispa bastará para producir el incendio, y esa chispa la tengo yo en mi corazon.

Ese hombre ha de ser mi instrumento; ese hombre ha de auxiliarme sin saberlo, sin apercibirse siquiera de la influencia que va á ejercer en los destinos de su patria. Porque no puedo retroceder. O aparezco como un miserable delator y tengo siempre sobre mi conciencia el crimen de haber entregado al brazo secular de la justicia á mis hermanos, á mis compañeros, para poder aprovecharme de mi fortuna, ó si me aprovecho de ella separándome de su lado, renegando de mis ideas, destruyo mis compromisos; el dia ménos pensado bus-

carán y hallarán un brazo que, armado del puñal, les vengue de mi traicion y les salve de mis delaciones condenándome al sueño eterno.

VI.

Y como la proximidad en que vivia del foco de la intriga, le hacia creer en la posibilidad de conseguir su auxilio invocando la justicia del pueblo, resolvió llevar á cabo su plan, y adivinando una célebre frase que más tarde habia de servir de bandera á un partido de los mil que hay en España, exclamó:

—*Todo ó nada.*

Siento tener que dar esta noticia á los que se creen inventores de esta frase; pero consta positivamente que fué un republicano, es decir, el primer republicano de España el que la inventó, y los progresistas se la han hallado hecha.

VII.

Resuelto á jugar el todo por el todo, aprovechándose de la órden que le habia dado Godoy para continuar fingiéndose leal servidor de la Matallana, fué á verla.

—El señor duque, le dijo, ha debido por fuerza adivinar los deseos de Vd. y los míos, toda vez que ha ocultado las cartas que conservaba en su poder de la Tudó. Hé aquí el motivo por el cual no me es posible complacer á Vd.

La Matallana no ocultó su disgusto.

—Tranquilícese Vd., señora, añadió Picornel; para todo hay medio cuando viene en nuestro auxilio la imaginación.

—Sin esa prueba, dijo doña Isabel, va á ser imposible que yo le desautorice á los ojos de la reina.

—Yo no desespero de tener ocasión de aprovechar algun descuido del señor duque, y si tal sucede, los testimonios que Vd. necesita vendrán á su poder. Pero por si esto no se realiza, he ideado un medio que puede conducirnos al mismo fin. Las empresas difíciles reclaman dos ó tres modos, cuando ménos, de llevarlas á cabo.

—¿Y Vd. ha ideado alguno?

—Uno, más fácil que el que Vd. me ha propuesto.

—Veamos cuál, si no es un secreto.

—Para Vd. no los tengo yo.

—¿Quién sabe!

—Parece que duda Vd. de mí.

—La inconstancia es la debilidad de los hombres.

—Vea Vd. lo que son las cosas; yo habia aprendido que era de las mujeres.

—No hablemos ahora de eso. Tiempo vendrá en que yo exponga mis quejas.

—¿Quejosa Vd., señora?

—Y mucho.

—¡Oh! En ese caso, permítame que no pase adelante sin escucharla. Aunque mi conciencia está tranquila, puedo haber cometido alguna falta involuntaria.

—Ya hablaremos despues, dijo con impaciencia la

Matallana, que á decir verdad estaba algo resentida de Picornel porque habia empezado á hacerle la córte, y de enamorado galan se habia convertido en cómplice, pero nada más que en cómplice de la camarista.

VIII.

Juan comunicó su idea á la Matallana.

—Aunque los fieles vasallos no podemos murmurar de nuestros reyes, le dijo, como míseros mortales no podemos ménos de oír lo que se murmura, y Vd. y yo sabemos que los que viven en palacio acusan á Godoy de ser íntimo amigo de la reina, y á la reina de hallar una de sus más predilectas distracciones en conocer las aventuras amorosas de los Guardias de Corps, y en ser muy complaciente con ellos para perdonarles hasta los desacatos, cuando se atreven á comunicárselas.

Yo no puedo creer estas cosas, añadió con maliciosa hipocresía; pero supongamos que Vd. puede hallar con su buena imaginacion, con su claro talento, algun medio de probar á Godoy que no es el único que disfruta el favor de S. M. Aunque fuera preciso inventar una comedia para obtener este resultado, seria eficaz.

—Ya lo creo, eficacísimo.

—De modo que inventándola...

—He comprendido el plan de Vd., y queda á mi cargo su realizacion.

—Segun eso...

—Ha llegado hace poco á Madrid un ilustre marino,

jóven, de bella figura, con el prestigio del valor, de la fortuna y de la gloria. Creo que será fácil demostrar á Godoy que tiene en él un poderoso rival.

—Perfectamente; si, por ejemplo, pudiera ver el duque de la Alcudia en la mano de ese ilustre marino una de las sortijas más estimadas de la reina...

—Todo eso queda á mi cargo.

—Otra idea se me ocurre, añadió Picornel.

—Veamos si es tan buena como la primera.

—Ya sabe Vd. que el señor duque no es aficionado á las corridas de toros; pero á pesar de la repugnancia que le causan, es Pepe-Hillo uno de los hombres por quien más simpatías tiene. Ese torero franco, expansivo, podria servirnos de mucho.

—¿Para qué?

—Figúrese Vd., por ejemplo, señora, que yo me tomo la libertad un dia de traerle á su cuarto de Vd.

—¿Con qué fin?

—Uno muy sencillo. Puede desear una audiencia de los reyes, y valerse de la influencia de Vd. para obtenerla.

—En efecto; pero no comprendo todavía.

—Una vez en presencia de Vd., podria Vd., como una prueba de deferencia, hacernos alguna confianza respecto de ese marino.

Yo hablaria al señor duque, le citaria en mi apoyo el testimonio de Pepe-Hillo, él le llamaria, le interrogaria quizás; despues procurariamos nosotros justificar la indignacion que experimentaria el señor duque al

oirle como el efecto de una herida de su amor propio, le revelariamos con confianza que solo á las intrigas debe su valimiento; y ese torero, á quien escucha el pueblo y á quien obedece, podria servirnos en su dia para destruir el predominio de ese hombre poderoso á quien Vd. y yo combatimos sin tregua.

IX.

La idea fué aceptada por la Matallana, y preparadas así las cosas, para no perder tiempo procuró Picornel tener una entrevista con Pepe-Hillo.

La sorpresa fué grande al no hallar en su casa ni al torero ni á su mujer.

CAPITULO XXXIX.

El rapto de una niña.

I.

Pepe-Hillo y María del Pópulo habian salido precipitadamente de Madrid con direccion á Sevilla.

La causa que habia motivado este viaje debia ser muy importante, toda vez que Pepe-Hillo habia tenido que valerse de su influencia con el duque de Osuna y otros personajes de la córte para destruir las intrigas que habian puesto en juego los partidarios de Pedro Romero para evitar que trabajase en la funcion cuyos productos debian destinarse al socorro de los heridos en la guerra.

Nuestro héroe se habia portado como un hombre.

Habia ido á buscar al mismo Pedro Romero y le habia dicho:

—Tú no pues querer lo que quieren tus amigos. Te están haciendo sin saberlo tú una mala partía. ¿Pues qué, Pedro Romero qué tener selos ni invidia de José Delgado? Y si tú no pides justicia como yo, si tú no ha-

ces que trabajemos en la mesma corría pa demostrar que tambien nosotros pasamos faitigas por la patria, creerá too el mundo que no has querido ponerte á mi lao en el reondel y te caluniarán. Bueno es que cáa cual haga lo que puea drento de la Plaza, pero con lealtá. Allí cáa cual trabaje pa dejar bien puesto su nombre, ¡pero afuera, tóos hermanos, chavó!

II.

Romero, que, como más adelante veremos, tenia un corazon muy noble, apareciendo algunas veces por sus debilidades para con sus amigos como envidioso tratándose de otro diestro, al oir el lenguaje de Pepe-Hillo le tendió la mano.

—Ya sabes que soy tu amigo, le dijo; tengo que hacer el bien á mis hermanos. No farta quien haiga aconsejao al Corregior que en la funcion no tomen parte más que los Romeros; pero tratándose de un camará, quiero ir contigo ahora mesmo á casa del señor Corregior, y yo te juro por la sarvacion de mi alma, que si tú quieres, no será Pedro Romero quien dé la muerte á un bicho si no tiene á su lao á Pepe-Hillo.

Los dos hablaron al Corregidor, y con gran contentamiento de todos los aficionados quedó decidido que en aquella corrida tomarian parte todos los diestros más afamados.

III.

Era aquella corrida esperada por los que acudían al circo con febril ansiedad, y hasta los mismos toreros deseaban que llegase el momento de tomar parte en aquel certámen.

Los espadas con sus cuadrillas estaban decididos á exhibir todas sus cualidades, á luchar poseídos de noble emulacion para que al verlos juntos los inteligentes pudieran ratificar sus juicios y señalar á cada cual el puesto que le correspondiera en la estimacion popular.

Todos ellos querían estrenar trajes, y María del Pópulo habia empezado á ocuparse con afan del que habia de llevar su esposo.

Hablábase en las Gradas de San Felipe con tanto interés de los acontecimientos de la guerra, como de la famosa corrida en que los célebres lidiadores debían presentarse juntos.

Asegurábase que los reyes vendrían de Aranjuez á presenciar aquel espectáculo favorito del pueblo, y los que iban á la barbería del Loro sabían ya que Pepe-Hillo brindaría el primer toro por la reina, el segundo por la duquesa de Osuna, y el tercero por su María del Pópulo.

IV.

Pepe-Hillo estaba en sus glorias.

—Ya verás, ya verás de lo que es capaz tu marío,

decia á su mujer. Hasta ese dia no ha visto naide matar toros. Yo he pedío al asentista que sean toros de génio, y toos los de mi cuadrilla están que brincan de gozo al pensar que el público va á ver á toos juntos y á juzgar á cáa cual como se meresca.

Pero á pesar de su animacion, del entusiasmo que experimentaba, destruyó su alegría por completo una carta que llegó á sus manos cuando ménos lo esperaba.

Era de su hermana, y Pepe-Hillo, que no leia muy de corrido, mandó á su hijo mayor que descifrarse la epístola.

Las noticias que este leyó consternaron á sus padres.

V.

«¡Ay! Pepe-Hillo de mi alma, decia la carta, ¡ay, María de mi corazon! ¡Qué vá á ser de vosotros cuando sepais lo que he pasao! ¡Si es verdá y me está paesien-do mentira! ¡Si esto ha sio un tiro!

»Figúrate, hermanito de mi alma, y tú, mujer de mi hermanito, que me han robao á Dolores, y en toa la ciudá naide sabe su paraero.

»He removío sielo y tierra, y lo único que sé es que no ha podío salir de aquí.

»Estoy tan affigía, tan desesperá, que ni como ni duermo.

»Venid pronto á sacarme de angustias á ver si paese la niña, porque si no, voy á morirme, y no vais á poer volver á verme.»

VI.

La emocion que produjo en Pepe-Hillo y María del Pópolo la noticia, no les permitió descubrir el efecto que habia producido en su hijo.

Pepe-Hillo, desesperado, lloraba como un niño, parecia un loco.

Tan pronto balbuceaba como pedia perdon y misericordia al Todopoderoso.

—Tóo lo abandono, tóo, exclamó; vámonos á Sevilla.

—¿Y nuestros hijos?

—Quedarán con Rosario, y además yo haré que Santos venga toos los dias á verlos mientras estemos fuera. Aunque sea en una mala mula, de cualquier modo, es preciso partir mañana mesmo, porque ya sé yo lo que es esto. El condenaio del padre de la chica se ha valío de malas mañas pa robárnosla; y mientras que yo viva, lo que es Dolorcillas no ha de tener más familia que la nuestra.

VII.

En medio de la consternacion que, dado el carácter de aquellas dos personas, supone el lector, hicieron todos los preparativos, y Pepe-Hillo, despues de referir á Santos, su sobresaliente y su amigo, lo que le habia pasado,

—Corre á buscar á Romero, le dijo; cuéntale mi aflicion y dile que la desgracia mia me hace dejar el campo libre. Vete en seguida á ver al señor Corregior, y endírgale el mesmo cantar. Y ya lo sabes; dende mañana quiero que toos los dias vengas por aquí un par de veces lo ménos á cuidar de mis probesitos hijos que se quean al cuidiao de Rosario.

—Váyase Vd. escuidiao, maestro, dijo Santos, que estando yo aquí, será lo mesmo que si Vd. y la señá María estuvieran.

María del Pópolo hizo á Rosario algunos encargos, y á última hora resolvió llevarse al chico más pequeño.

Quedaron, pues, los dos hermanos con una criada, y sus padres partieron en una galera.

VIII.

Antes fué Pepe-Hillo á ver al duque de Osuna, y le pidió su proteccion para salir adelante en su empresa.

El duque, que le estimaba en extremo, dió pasos en su favor, y aquel mismo dia corrieron órdenes á Sevilla para que por todos los alcaldes y autoridades se hiciesen las pesquisas necesarias á fin de descubrir el paradero de la hija adoptiva de Pepe-Hillo.

Por efecto de su precipitada marcha, no pudieron ni Pepe-Hillo ni su mujer sorprender la tristeza que se habia apoderado del ánimo de su hijo mayor.

Y sin embargo, este habia cambiado por completo desde que su padre le habia mandado descifrar los ren-

glones que un memorialista había escrito por orden de su hermana.

La causa de aquella pesadumbre, fácilmente se adivina. Se había criado con Dolores.

Una y otro se habían querido con extremo, como hermanos.

Al separarse había comprendido que el afecto que profesaba á la jóven era algo más que fraternal.

Nacido y criado en Andalucía, se había adelantado á sus años y amaba con vehemencia á la que había sido compañera de la infancia.

Enterado de que era una pobre huérfana, había acariciado la idea de llegar algún dia á estar en posición de ofrecerle con su amor el bienestar, y no vivía más que para realizar sus deseos.

Si, en efecto, había parecido el padre de aquella niña; si la había arrebatado acaso para siempre del lado de su familia adoptiva; si tenía que renunciar á la esperanza de amarla, de recibir algún dia la bendición nupcial, aquello en su edad, con su temperamento, con el carácter impetuoso que tenía el jóven, era una herida de muerte para su alma.

IX.

En vano le preguntaba Rosario la causa de su tristeza.

Nadie podía averiguarla, y él por su parte se esforzaba en ocultarla á todo el mundo.

Santos, el íntimo amigo y protegido de su padre, le interrogaba también, y sus respuestas eran evasivas.

—Siento la pena de mis padres, decía; me duele la pesadumbre que les ha causado la desaparición de Dolores.

Y no había quien le sacase más.

La dificultad de las comunicaciones hacía que no esperase tan pronto noticias de sus padres.

Pero á pesar de todo había tomado una resolución.

—Si Dolores no vuelve al seno de nuestra familia, se dijo, yo iré á buscar la muerte en la guerra contra Francia.

Y considerando esta idea como una esperanza, recibiendo al afirmarse más y más en ella el único consuelo que podía esperar, se encerró en un estudiado silencio.

X.

Tres días hacía que habían partido Pepe-Hillo y su esposa, cuando se presentó Picornel en su casa decidido á llevarle á palacio y enterarle de las intrigas, supuestas ó verdaderas, que con arreglo á sus planes debían irritar al hijo del pueblo contra la aristocracia y contra los reyes, indignación que había de ser un poderoso auxiliar de sus propósitos.

CAPÍTULO XL.

Entre la espada y la pared.

I.

Desesperado al ver que tenía que aplazar sus intentos, fué al encuentro de Lax.

—Ha llegado el momento decisivo, le dijo; la desesperacion se ha apoderado de mi alma al ver que cuantos pasos he dado hasta ahora no han sido más que lazos, trabas que me he tendido á mí mismo. Es preciso jugar el todo por el todo y cortar el nudo que ya no puedo desatar.

—¿Qué es lo que deseo?

—Mis esperanzas de atraer al duque de la Alcudia á nuestras ideas, han sido defraudadas. Para explorar su ánimo he tenido necesidad de hacerle confianzas importantes. Hoy sabe que estoy en relaciones con los revolucionarios de Francia; sabe que tengo cómplices, aunque ignora quiénes son, y de un momento á otro, llevándose á cabo la guerra con el entusiasmo de que nos traen noticias los partes del ejército, me exigirá que venda á mis amigos, y esto no puedo hacerlo.

—¿Pero estás seguro de que si le ofrecemos el triunfo lo rechazará?

—Segurísimo.

—¡Qué hombre de Estado! exclamó Lax. De la misma manera piensa el conde de Aranda, y eso que al cabo de sus años y con la hoja de servicios más brillante de cuantas pueda haber en España, vive poco menos que prisionero sin poder vivir en la corte. ¡Ah! ¡cómo se conoce que se han criado y han vivido bajo la más odiosa de las tiranías! De lo contrario, sentirían en su pecho el sentimiento de la venganza; no habría peligro que no arrostrasen por distraer á sus enemigos, y fascinados ante la gloria de poder llegar desde el último puesto, desde una de las últimas clases de la sociedad á ser el jefe del Estado, no habría sacrificio que no arrostraran para conseguir este triunfo.

—Es preciso renunciar para siempre al concurso de ese hombre.

—¿Y qué hacer entonces?

—Tomar una resolución extrema.

—Tú has pensado...

—Yo, sí, lo tenía todo arreglado para haber conseguido que Pepe-Hillo, que es un hombre cuyo ascendiente en el pueblo no tiene límites, nos hubiera ayudado.

—Es una idea excelente.

—Pero inútil.

—¿Por qué?

—Ese hombre no está en Madrid.

—¿Cómo que no, si uno de estos días debe lidiar en una corrida extraordinaria que va á verificarse, destinando sus productos á los heridos de la guerra?

—Una desgracia de que ha sido víctima le ha obligado á partir precipitadamente á Sevilla.

—El *Diario* no lo ha anunciado.

—Pero lo anunciará.

—¿Por qué no buscamos á su rival, á Pedro Romero?

—Es inútil; ese hombre no tiene tanta influencia como Pepe-Hillo en las clases bajas. Es orgulloso, altivo; no quiere alternar nunca más que con los señorones, en tanto que Pepe-Hillo y su esposa reciben y agasajan á los pobres, hacen continuamente limosnas y no se desdeñan de visitar las humildes buhardillas de los pobres para ofrecerles consuelo. Pepe-Hillo era nuestro hombre, y no estando aquí, y no pudiendo aplazar más tiempo una resolución extrema, es necesario seguir otro rumbo. Tenemos dinero, ¿no es cierto?

—Si tú conservas la parte que te tocó cuando se hizo el reparto, yo conservo la mia; pero temo que nuestros compañeros no se encuentren en el mismo caso.

—La cosa es muy sencilla. Poco dinero basta si conseguimos realizar una idea que me persigue desde hace un instante.

—Expícate.

—Es necesario que nos desenmascaremos. Es necesario que todos esos grupos que hemos formado de cinco en cinco constituyan uno solo; que cada cual cite á

los de su grupo para una reunion en la sala de las conferencias. Esta reunion ha de verificarse lo más tarde dentro de cuatro días. Para entonces es muy fácil que pueda yo obtener algunos documentos, por medio de los cuales probaremos á los representantes de los gremios que la córte es un semillero de intrigas; que mientras trabajan los jornaleros y luchan los soldados, una camarilla indigna rodea á los reyes y halaga sus pasiones. Yo les explicaré las ideas que dominan en Francia; yo les animaré á fraternizar con los revolucionarios de allende el Pirineo, y no habiendo tropas, como no las hay, porque casi todos los soldados están en la guerra, con doce ó veinte hombres de corazon, capitaneados por mí, iremos á Aranjuez, nos apoderaremos de los reyes, les ocultaremos de las miradas de todo el mundo, les exigiremos que renuncien á la corona, y declarando vacante el trono proclamaremos la república; haremos que nuestros soldados fraternicen con los que hoy son sus enemigos, y, una de dos, ó perecemos en la demanda, y poco debe importarnos la muerte, ó triunfamos y nuestras esperanzas se verán realizadas.

—¿Estás decidido?

—Sí.

—El riesgo es grande.

—Lo prefiero á la angustia de mi alma.

—Perfectamente; busca tú esos documentos. Dentro de cuatro días hallarás reunidos en la sala de las conferencias á todos nuestros cómplices.

II.

Juan Picornel abandonó á su amigo, fué á su casa de la calle de los Caños Viejos, y encargó á Sinforoso que, en cuanto llegase doña Emerenciana, se dirigiese al palacio de Godoy.

Por más que queria, no podia desechar de su imaginacion el recuerdo de Cármen, y tener noticias suyas, saber que aceptaba los sacrificios que estaba resuelto á hacer por ella, saber que correspondia á aquel tardío pero vehemente afecto que se habia despertado en su alma, era su mayor deseo.

De allí se encaminó á palacio, y buscó de nuevo á la camarista.

Al manifestarle el contratiempo que habia experimentado no hallando en Madrid á Pepe-Hillo, le excitó á que le proporcionase cuanto antes algunos documentos, alguna prueba para alarmar á Godoy y obtener por tabla el resultado que los dos, engañándose mutuamente, apetecian.

CAPITULO XLI.

Solapa de la tia Solapa.

I.

Sinforoso, que, como ha visto el lector, era un hombre muy servicial, conociendo que su amo tenia verdadero interés en ver á doña Emerenciana,

—Puede ser que haya vuelto de su viaje, se dijo, y si lo ha verificado habrá ido á parar á casa de esa bruja que es nuestra vecina.

Y sin pensar las consecuencias que podria acarrearle una determinacion poco meditada, se fué á ver á la tia Solapa.

La vieja, que le conocia, celebró la ocasion de conversar con él, y desplegó toda su habilidad para conseguir el deseo que le inspiró aquella inesperada visita.

—¡Cuánto celebro, vecino, ver á Vd. por aquí! le dijo.

—Tantas gracias, buena señora; pero el objeto que aquí me trae no es otro que saber si ha vuelto de su viaje doña Emerenciana.

—Aun no, pero la espero muy pronto. Tal vez hoy; mañana á más tardar.

—En ese caso, despues de dar á Vd. las gracias, me retiro.

—¡No faltaba otra cosa! Tome Vd. asiento. Aunque me ve Vd. tan pobre no me faltan protectores, y un mercader de la calle de los Preciados me ha regalado hace pocos dias un vinillo de Málaga capaz de resucitar á un muerto. Quiero que lo pruebe Vd., vecino.

—Mil gracias, señora; pero no lo gasto.

—Vamos, que no se negará Vd. á echar un trago á la salud de su amo.

—Tratándose de la salud de mi amo, soy yo capaz de cometer cualquier atrocidad.

La tia Solapa sacó de debajo de un cofre, sostenido por unos banquillos de madera, una botella que estaba cubierta de telas de araña, y en una taza de Talavera echó una buena cantidad del líquido de la botella.

Sinforoso tomó un sorbo.

—Excelente vino, exclamó; ¡cómo calienta el estómago!

—Le voy á dar á Vd. unos bizcochitos que me han regalado las monjas trinitarias. Las voy á ver alguna que otra vez, y me socorren siempre.

III.

Dos ó tres veces llenó la tia Solapa la taza que habia dado á Sinforoso, y tan alegre se puso el bueno del criado, que hasta llegó á abrazar á la bruja.

—Ahora, le dijo esta al verle alegre, hablaremos un rato. Ese vinillo es muy parlanchin, y ¡qué diablo! entre vecinos nada tiene de extraño que haya un rato de palique.

—Dice Vd. bien, madre.... ¿Pero cómo diablós se llama Vd., que no quiero nombrarla con el apodo con que la conocen en todo el barrio?

—Hace Vd. bien en no querer parecerse á esas personas que me maltratan porque me ven vieja y achacosa. Si ellas supieran á quién insultan... Mi nombre es Baltasara de Hinojosa, y mi familia una de las más principales de Fregenal de la Sierra. Yo estuve casada con un caballero del rey nuestro señor D. Fernando VI, que Dios guarde... ¡Aquellos sí que eran buenos tiempos! ¡Vaya un rey! Y todo eran funciones y conciertos en palacio. Mi esposo, que esté en gloria, andaba hecho un zarandillo de casa del diamantista Luque á palacio, de palacio á casa de las cómicas á llevarles regalos de SS. MM. Y bien que les agasajaban entonces. Pero todo lo bueno acaba. Su falta de mundo con la gente de teatro hizo que me lo encalabrinasen una bailarina. Se fué con ella y me dejó á la cuarta pregunta. Despues sé que se murió en Italia y yo vine á ménos, y si no

fuera por una pensioncita que me pagan los reyes por haber pertenecido á la real casa, me moriria de hambre.

—Pues dicen malas lenguas en el barrio que tiene Vd. muy bien cubierto el riñon.

—Habladurías.

—Vamos, que la que gasta ese vinillo que acaba Vd. de darme...

—¡Ay! hermano; ese vinillo y algunas otras golosinas las debo á la caridad de las monjas. Pero no hablemos de eso. Vamos á ver, picaronazo, ¿para qué quiere Vd. á doña Emerenciana?

—Toma, para saber si ha hecho el viaje con toda felicidad.

—¿Nada más que para eso?

—Qué, ¿cree Vd. que estoy enamorado de ella?

—De ménos nos hizo Dios, y aunque está entrada en años... y si no, ¿vendria Vd. á buscarla?

—¿Y quién le dice á Vd., señora Baltasara, que vengo por mi cuenta?

—Hola, hola, ¿esas tenemos? ¿Le envia á Vd. algun otro prójimo?

—Bien puede ser.

—No quiero hacerme la ignorante con Vd. Sé todo lo que pasa.

—¿Qué sabe Vd., señora?

—Como una es vieja, las caza al vuelo. Y yo, no porque me lo haya dicho la buena de doña Emerenciana, que es reservada como un pozo, pero con la práctica que una tiene de las cosas del mundo, la verdad,

apenas he sabido que ha servido de aya á una mocita de las más guapas de Madrid y que su amo de Vd. tenía tratos con ella, he dicho: tate, amoríos tenemos.

—No lo crea Vd., señora; mi amo es incapaz de enamorarse.

—Pues es jóven y bien parecido.

—No importa; desde que le conozco, y ya hace tiempo, jamás le he visto fijar los ojos en una mujer.

—Razon de más para que le atrape una cualquiera.

—Le digo á Vd. que no.

IV.

La tia Solapa queria llevar á Sinforoso á otro terreno y no insistió.

—Pues mire Vd., vecino, dijo cambiando de tono, casi me atrevo á creer que está Vd. en lo cierto. Corren unos rumores en el barrio respecto de D. Juan...

—¿De mi amo?

—Sí señor, del mismo.

—¿Y qué es lo que dicen?

—Los que mejor hablan de él aseguran que tiene hecho pacto con el diablo.

—¡En nombre del padre y del hijo! exclamó Sinforoso santiguándose.

—Más de cuatro veces, añadió la tia Solapa, han estado en mi casa individuos del Santo Oficio á pedirme informes.

—¿Eso más?

—¡Vaya! Pues qué; ¿pensaba Vd. que los señores del Tribunal Supremo de la Fé se duermen en las pajas? Nada de eso. Su mision es velar para que todo el mundo cumpla los deberes religiosos, para que la mala doctrina no se esparza, y se vale de todos los medios. Ya se vé, como su amo de Vd. se vino á vivir á esa pobre casucha y luego despues desapareció unos dias, dejó á Vd. en su habitacion y volvió algunos dias despues, supusieron los vecinos que no dormia en su casa. Se descubrió más tarde que tenia un empleo en el palacio del duque de la Alcudia, se despertaron sospechas, y... Pero ¿yo hablar mal y mucho ménos de un vecino? ¡Dios me libre! ¡Bonito génio tengo yo para eso! Lo primero que dije á los familiares fué que todo el dia me estaba metidita en mi concha rezando mis oraciones y cuidando mi casa, que no me asomaba nunca á la reja, que no hablaba con nadie, y que, por último, cuando salia á la calle para ir á misa, ó á las novenas, ó á visitar á las monjas que me quieren tanto, tenia la costumbre de no mirar siquiera á los que pasaban á mi lado. Pero aunque dije todas estas cosas para evitarle un disgusto, la verdad es, Sr. Sinforoso, que á mí nadie me lo quita de la cabeza: su amo de Vd. anda en malos pasos.

—¡Calle Vd., señora, si es de lo más bueno que come pan!

—Le engaña á Vd.

—Pondria las manos en el fuego por él.

—¿Quiere Vd. apostarse cualquier cosa á que si yo me

empeño le sorprendo haciendo algo que no convenga que se sepa?

V.

Sinforoso pensó que la bruja había sospechado algo, y atribuyendo su sospecha á lo de la fabricacion de moneda de que le habia hablado su amo, se esforzó en disuadir á la tia Solapa, asegurándole que estaba equivocada.

Pero aquella pícara bruja, que desde su escondrijo sabia más que Lepe,

—Bueno, añadió; si yo supiera que habia Vd. de creerme, y sobre todo que si no me creia habia Vd. de ocultar á todo el mundo lo que le revelase, habia de contarle cosas muy buenas.

Picada la curiosidad de Sinforoso,

—Hable Vd., que yo ofrezco ser callado.

—No me basta la oferta.

—¿Quiere Vd. que haga un juramento?

—Me parece Vd. algo marrullero, pero no importa.

¿A Vd. le gustan las peluconas?

—¡Qué cosas tiene Vd.! Como á todo el mundo.

—Pues otro traguito á la salud del buen rey D. Carlos III, que es el que más peluconas ha fabricado con el oro de Indias.

—¡A su salud! exclamó Sinforoso empinando otra vez la taza.

—¿Qué sabe Vd. de mi amo? —VI. —¿Qué sabe Vd. de mi amo? —

Con este nuevo trago se acabó de embriagar.

—Vamos á ver, eche Vd. por esa boca, dijo á la tia Solapa. ¿Qué sabe Vd. de mi amo?

—Tonton, dijo la vieja; si no se trata de su amo de Vd. Yo lo que queria era tener alguna confianza con Vd. para hablarle de otra cosa que le interesa más.

—Pues ande Vd., remonona, exclamó el criado animado por el vinillo.

—Si Vd. tuviera vocacion de casado, le habia yo de proporcionar una novia...

—¿Guapa?

—Como un serafin.

—¿Y rica?

—Como que es nada ménos que la hija de un intendente de Indias. Pero la pobrecita, acá para entre nosotros, ha sido engañada. Un pisaverde la hizo la córte, la sacó de su casa, y ya sabemos lo que es la inocencia: el pajarito cayó en la red. El tuno del seductor se llamó á *andana*, y sus padres, que son unas personas muy honradas, lo que desean es casarla con alguna persona honrada tambien, de buenas costumbres, pero que no teniendo buena posicion desee alcanzarla haciendo el sacrificio de aceptar como suyo lo que venga. Yo he pensado en Vd., y por eso me he alegrado tanto al verle venir, porque, desengañese Vd., pierde Vd. el tiempo al lado de D. Juan. El dia ménos pensado descubre el

señor duque la clase de pájaro que es, le planta de patitas en la calle, y Vd. queda lo comido por lo servido.

—¡Cá! no lo crea Vd. Mi amo tiene unos proyectos... El dia ménos pensado me va á hacer rico.

—Tanto mejor. Con eso si se casa Vd. con esa muchacha, que llevará un buen dote, si Vd. tiene otro tanto, vivirá hecho un príncipe.

—Pero ¿podria yo ver á esa jóven?

—Si tiene Vd. empeño...

—Claro; ¿ó exigen al que se case con ella que no la vea hasta despues de pasar por la Iglesia?

—Eso no; yo la traeré á esta casa, Vd. la verá y resolverá, porque yo le estimo á Vd. demasiado, y no querria labrar su desgracia.

Si le hago esta proposicion, es por su bien.

—Corriente; pues avíseme Vd. cuando venga, y tambien cuando regrese de su viaje doña Emerenciana; necesito saberlo. Mi amo quiere hablar con ella.

VII.

La conversacion de la tia Solapa y Sinforoso se prolongó algo más, pero cuanto hablaron carece de interés para mi relato.

Al anochecer, despues de haber pasado largo tiempo, salió de allí tambaleándose, y fué á dar con sus huesos en el portal de su casa, donde pasó la noche durmiendo la mona.

CAPITULO XLII.

Un pasito más de la vieja.

I.

Los lectores han comprendido desde luego que el plan de la tia Solapa no era otro que alucinar á Sinforoso para ganar su confianza y poder servir á Mariano, que se habia propuesto medrar á costa de su amigo.

Mariano habia sido el que en la fonda del *Grifon de Oro* habia escuchado la conversacion de Andrés, de Cortés y de Garasa.

El habia sido el autor de todos los anónimos que habia recibido el duque de la Alcudiva; él era quien no dejaba á sol ni á sombra á su antiguo compañero, no solo por el deseo de hacer fortuna, sino al mismo tiempo por vengarse de la falta de sinceridad que para él habia tenido Juan.

Puesto de acuerdo con la tia Solapa, y habiéndole ofrecido, si llegaba á descubrir las intrigas en que se ocupaba Picornel, una crecida cantidad, la vieja no tenia más deseo que conquistar á Sinforoso para que este

la revelase todas las interioridades de la vida de su amo.

No habia tal jóven que tuviera necesidad de casarse para recuperar la honra perdida; pero le era sumamente fácil llevar á su casa alguna muchacha de buen palmito y vestirla de tal manera que apareciese á los ojos de Sinfórico como la futura que le destinaba.

II.

Meditando estaba, al dia siguiente de su entrevista con el criado de Picornel, á quién buscaria para desempeñar aquel papel en la comedia que proyectaba, cuando oyó llamar á la puerta de su casa.

Fué á abrir, y se encontró á la buena de doña Emerenciana, que iba acompañada de otra mujer, cuyas facciones no podia descubrir porque iba rebozada en un velo.

—¡Ay! exclamó la antigua amiga de Cármen; aun no se me ha quitado el susto del cuerpo. Déme Vd. un vaso de agua con vinagre. Vengo muerta.

—¿Qué les ha pasado á Vds.? preguntó la tia Solapa.

—Ha estado en un tris que nos descubrieran.

—Pero ¿quién?

—Déjeme Vd. respirar; estoy temblando; va á darme un ataque de histérico. ¡Oh! lo que es jaqueca nadie me la quita. Las emociones van á acabar conmigo. Pero me ocupo de mí y no hago caso de Vd., mi pobre seño-

rita, añadió; respire Vd. tranquila. Aquí estamos en una casa de confianza. Esta buena señora nos ocultará hasta que sea preciso, hasta que yo hable con D. Juan, que en cuanto yo hable con él cumplirá como un caballero, nos sacará de penas, y con el favor que tiene con el señor duque de la Alcudia... Ya verá Vd.; ya verá Vd. cómo su padre tiene que venir á darle las gracias.

III.

Cármen, que Cármen era la encubierta, se dejó caer sobre una silla, levantó el velo, y la tia Solapa miró con fruición la hermosura de la jóven.

La suerte acudió en su auxilio, deparándole lo que buscaba.

—Esta señorita, preguntó, es...

—A Vd. no hay para qué ocultárselo: es doña Cármen. Habia ido por orden de su padre al convento de Pinto, pero habia ido á regañadientes, contra su voluntad: ¿cómo una jóven criada para el mundo puede vivir contenta encerrada en el cláustro, y más teniendo un porvenir brillante como tenia? Porque hay un caballero, ya sabe Vd., D. Juan, que está prendado de ella; mi señorita le corresponde, y aquí lo que procede es que, valiéndose de las influencias que tiene D. Juan, los casen de secreto, avisen á D. Torcuato lo que pasa, los perdone, los bendiga, y *laus Deo*.

—Mucho me alegro que me cuente Vd. todo eso, porque ha de saber Vd., dijo la tia Solapa, que ayer

mismo ha estado aquí un caballero que, á juzgar por los términos en que se expresaba, debía ser el padre de esta señorita.

Venia furioso y preguntaba por Vd.

—¿Quién diablos le habrá dicho que vive Vd. aquí?

—Todo se sabe.

—Pues entonces nó estamos seguras. Será preciso buscar otro alojamiento. En cuanto las madres sepan que Vd. se ha escapado del convento darán aviso á su señor padre, y el Santo Oficio se encargará de buscar el paradero, y Vd. y yo somos perdidas: no hay rincón que no conozca.

—Tranquilícese Vd., doña Emerenciana, todo está previsto. Ese caballero no volverá aquí, porque yo le he dicho que se había Vd. ido á su tierra. Vd. lo que debe hacer, añadió, es ir inmediatamente á buscar á D. Juan. Ya sabe Vd. que puede hallarle en casa del señor duque de la Alcudia.

Yo quedaré cuidando á esta señorita; prepara usted lo que haya que hacer, y con eso cuando descubra el enredo ya no tiene remedio.

—Tiene Vd. mucha razón; voy á ponerme la basquiña y me marchó. No sé si podré resistir este agetreo; figúrese Vd. que hemos venido en una calesa. Cuando no he echado los bofes...

IV.

La tia Solapa animó á doña Emerenciana, esta partió, y la bruja, quedándose con Cármen,

—Por si corriera Vd. peligro voy á llamar á un vecino de toda mi confianza, y en un caso apurado con doña Emerenciana podrá Vd. refugiarse en su casa; pero es preciso que ignore quién es Vd.

—Sí señora; eso me parece muy bien. He cometido una locura, estoy arrepentida; pero ya no puedo retroceder. Solo pido á Dios que se apiade de mí. Estoy muy agradecida á las bondades de Vd.

—Pues nada; le diremos que ha tenido Vd. una desgracia, que su padre de Vd. desea repararla á toda costa, y que al efecto se propone casarla á Vd. con un hombre honrado. En fin, cuando ese señor venga, diga Vd. á todo amen, que yo sabré salir del paso.

V.

Cármen se resignó á cumplir los deseos de la tia Solapa.

Esta, apoyada en su baston de muleta, fué á casa de Sinforoso, y le dijo:

—Venga Vd. en seguida, y conocerá Vd. á la jóven que le reservo para esposa; pero no se dé Vd. por entendido con ella. La pobre sufre mucho y no hace más que llorar.

Sinforoso, á quien halagaba la idea de poderse enlazar con la hija de un intendente, y por añadidura indiano, habia apurado á sus solas toda la filosofía para

pasar por la desventura que, segun la tia Solapa, habia sufrido su prometida, se acicaló del mejor modo que pudo y se trasladó á casa de su vecina.

Esta, aprovechándose del *quid pro quo* que habia preparado, logró que Sinforoso se prendase de Cármen.

Sabiendo como sabia que su amo estaba enamorado de aquella jóven, se propuso revelar á Sinforoso que él habia sido su seductor, y malquistándole con Juan lo-graba, si conseguia su objeto, que le revelase todos los secretos de su amo.

A pesar de sus años y de sus achaques, no hilaba mal sus planes la tia Solapa.

VI.

Despues de una entrevista que la bruja procuró que fuese muy corta para que no les sorprendiese allí doña Emerenciana, se despidió Sinforoso, comiéndose con los ojos á la que pensaba que, andando el tiempo, seria su costilla.

Poco despues llegó doña Emerenciana desesperada por no haber podido ver á Picornel.

Este, segun le habia dicho en casa de Godoy, habia partido precipitadamente para Aranjuez.

La tia Solapa volvió á ver á Sinforoso, y por él supo que su amo le habia enviado un recado, diciéndole que

tenia que marcharse sin despedirse; pero que dos dias despues llegaria y para entonces necesitaba que su amigo Lax reuniese á sus compañeros.

Sinforoso debia dar este recado al cómplice de Juan.

Como verá el lector en el capítulo siguiente, la tia Solapa sacó mucho provecho de esta visita.

CAPITULO XLIII.

El principio del fin.

I.

—Mire Vd., vecino, dijo la tia Solapa á Sinforoso; despues de lo que hemos hablado y hallándonos en tan buenas relaciones como estamos, es un cargo de conciencia para mí no abrir sus ojos para que vea el abismo en donde se halla. Vd. no conoce á su amo.

—¿Cómo que no le conozco?

—Si le conociera Vd., siendo tan buen cristiano como es no estaria á su lado.

—¿Pues qué, mi amo no es cristiano tambien?

—Es un hereje de los más perversos.

—¿De dónde saca Vd. eso, buena señora?

—Tengo motivos para hablar de este modo.

—Pues qué, ¿no sabe Vd. que oye misa todos los dias; que mientras ha vivido constantemente en esta casa no ha faltado una sola noche al rosario de San Andrés; que ha cumplido siempre con la Iglesia como es debido?

—¡Hipocresía, pura hipocresía! Lo que yo puedo y debo decir á Vd. para su gobierno, es que la Santa Inquisicion tiene noticia de sus ideas más recónditas y le vigila á todas horas. El dia ménos pensado cae sobre él, y cuando se sepa que Vd. ha sido su criado, su cómplice, ¡Dios sabe si le tocará á Vd. tambien algun chamusconcillo!

—Pero ¿está Vd. segura de lo que dice? preguntó Sinforoso un poco amedrentado con las últimas palabras de la vieja.

—Dejémonos de circunloquios y hablemos como es debido. ¿Cree Vd. que puede ser cristiano el seductor de una pobre muchacha? Pues bien; ha de saber Vd. que la jóven á quien ha visto y con quien yo pretendo que se case ha sido deshonrada por él.

II.

Esta noticia indignó á Sinforoso.

—¿Lo dice Vd. de veras? preguntó.

—Vaya Vd. á mi casa, pregúntela Vd. por D. Juan y verá Vd. cómo se entusiasma á pesar de todos los perjuicios que le ha causado; está loca por él todavía.

—¿Quiere Vd. dármela por esposa?

—Naturalmente. A ver si de ese modo se cura su enfermedad. Pero eso seria lo de ménos, mi buen Sinforoso. Vd. sabe mejor que yo que hace otras cosas su

amo que no están muy bien hechas. Todo cuanto le haya dicho á Vd., no ha sido más que para engañarle. Yo lo que sé, y esto se lo confío á Vd. con la mayor reserva, es que el Santo Oficio tiene muchos espías en esta calle, que pasa Vd. por cómplice de su amo y que el día ménos pensado lo emparedan á Vd.

—¡San Juan Crisóstomo me valga! exclamó Sinforoso muy compungido.

—Yo se lo advierto á Vd., porque le estimo; porque, francamente, pudiendo Vd. hacer su suerte, no tiene gracia que muera Vd. comido de ratones entre cuatro paredes.

—¡Ya lo creo que no tiene gracia! Maldita la que me haría.

—Pues bien, añadió la tia Solapa aprovechando el susto de su interlocutor; yo puedo librarle á Vd. de las persecuciones del Santo Oficio; y lo que es más, proporcionarle al mismo tiempo que ese casamiento de que ya hemos hablado, una buena remuneracion si Vd. la gana.

—Y ¿qué tengo que hacer para ello? dijo Sinforoso.

—Una cosa muy sencilla. En primer lugar, renunciar á servir á un amo de tan malas condiciones. De todos modos, si se une Vd. con esa jóven no podrá continuar á su servicio.

—Eso es verdad.

—Además, para demostrar á los agentes del Santo Oficio que no es Vd. cómplice de su amo, tiene Vd. que ir á hacer una declaracion secreta de todo cuanto sepa

para que le absuelvan, porque de lo contrario, cuando caiga su amo de Vd. en poder del Tribunal tendrá usted que seguir su suerte.

—¿Sabe Vd. que me pone en cuidado?

—Si no fuera por el cariño que le tengo á Vd...

—Pero, y Vd., buena señora, ¿cómo es que tiene mano con el Santo Oficio?

—Respetando sus leyes, le presto todos cuantos servicios puedo, y creo cumplir con un deber.

—Pues nada, nada, me decido. Así como así, no sé por qué me figuro que le ha de durar poco tiempo á mi amo la breva que ha cogido...

—¿De modo que está Vd. dispuesto á declarar?

—Estoy dispuesto á demostrar que soy completamente ajeno á todo lo que pueda suceder. Solo una cosa me hace cosquillas.

—¿Cuál?

—Eso de ir yo á buscar á los agentes...

—¿Tiene Vd. miedo?

—Miedo, no; pero... la verdad, me inspiran mucho respeto todos los que pertenecen, de cualquier modo que sea, al Santo Oficio.

—Pues la cosa es muy sencilla. Haga Vd. su declaracion por mi conducto, ó lo que es lo mismo, cuénteme Vd. á mí todo cuanto sepa de su amo, y en sabiéndolo yo, podré hacer la declaracion en nombre de Vd.

—Yo no creo, dijo Sinforoso despues de meditar algunos momentos, que tengan nada que ver con el Santo Oficio los trabajos y los propósitos de mi amo.

Si fuera con los alcaldes de Casa y Corte, ya era otra cosa, porque si algun pecado tiene que yo sepa, es, acá para entre los dos, mi buena doña Baltasara, es el de haberse propuesto llegar á rico por medio de la fabricacion de moneda falsa.

—¿Está Vd. seguro de lo que dice?

—Segurísimo.

—¿Cómo puede Vd. probármelo?

—Eso es difícil, porque mi amo, cuando trata de esos asuntos, no me deja estar presente.

—¿Tiene cómplices, no es verdad?

—Su amigo Lax, ese que vive en la calle de Segovia.

—Pero dígame Vd: ¿en qué consiste que muchas veces entra D. Juan por esta calle y sale por la otra?

—Lo que me exige Vd. es la revelacion de un secreto...

—Es necesario cantar de plano.

—Pues bien, echaré la casa por la ventana. Venga Vd. conmigo, dijo á la tia Solapa.

—Pues á cosa es muy III.

Bajaron la empinada escalera, y al llegar al tramo donde estaba la puerta que comunicaba con la sala de las conferencias, abriéndola, la dijo:

— Por aquí entra mi amo, y llega sin que nadie le

vea á las habitaciones de su amigo. Sin ir más lejos, pasado mañana cuando regrese de Aranjuez tendrá una junta, y pasará por aquí como acostumbra.

—Pues bien; es necesario que ese día, para que se convenza el Santo Oficio de que no es Vd. cómplice de su amo, consienta Vd. cuando ya esté con sus amigos el Sr. D. Juan, que entren por esta puerta las personas que al llamar le digan á Vd. cuando salga á abrir:

Luz y Marizápalos.

Esas personas se enterarán de lo que suceda, y si no se trata de cosas de herejía, no se meterán con su amo de Vd., ni con nadie.

Pero si no es así, Vd. quedará libre, y los demás irán á donde no les dé el sol, razón por la cual podrá usted vivir tranquilo y entregarse á las dulzuras de la nueva vida que le espera.

—Pues nada, nada, no hablemos más del asunto. Con tal de salvar el pellejo y de mejorar de fortuna, haré todo lo que Vd. me diga.

IV.

La tia Solapa iba á marcharse.

—¡Ah! exclamó de pronto. Mucho cuidado con que se entere nadie de lo que hemos hablado, porque ya sabe Vd. que, aunque soy una pobre vieja, tengo quien me defienda y quien ejecute mis órdenes; y la verdad es que si por debilitado ó por malicia llegara á traducirse nuestro plan, no sería Vd. quien mejor lo pasase.

—Vaya Vd. descuidada, que por la cuenta que me tiene, no diré á nadie esta boca es mia.

La tia Solapa se separó de Sinforoso, y en vez de ir á su casa, se dirigió á la de Mariano, al cual informó de todo lo que habia adelantado en sus proyectos, encargándole que hiciera los preparativos necesarios para coger en la ratonera á Picornel y sus compañeros.

VI.

La tia Solapa iba á marcharse.
—¡Ah! exclamó de pronto. Mucho cuidado con que se entere nadie de lo que hemos hablado, porque ya sabe Vd. que, aunque soy una buena vieja, tengo quien me defienda y quien ejecute mis ordenes, y la verdad es que si por debilidad ó por malicia llegara á traerse nuestro plan, no sería Vd. quien mejor lo pasase.

CAPITULO XLIV.

El todo por el todo.

I.

Cármen estaba arrepentida de la determinacion violenta que habia tomado, más que por voluntad propia por las instigaciones de doña Emerenciana.

Pero comprendia que antes de soportar el rigor de sus padres necesitaba saber si Juan Picornel estaba decidido, como le habia asegurado su aya, á hacer por ella todo género de sacrificios.

En honor de la verdad, doña Emerenciana habia exagerado un poco.

—D. Juan, habia dicho á Cármen, está loco de amor por Vd., señorita, y como yo sé que Vd. le corresponde, quiero contribuir á su felicidad.

Ya se ve, aquella niña, criada en el recogimiento, victima de la severidad paternal, pero no de una severidad ilustrada, sino rutinaria; agitada por los efectos que la conversacion de su aya habian despertado en su corazon, creyó enamorarse de Sir Guillermo, y, nove-

lesca por naturaleza, se enamoró de verdad de Juan Picornel cuando le vió bajo el prisma de su salvador:

En aquellos tiempos de verdadero respeto y temor á la justicia, no solo social sino moral, Cármen no podia estar tranquila, y ánhelaba por instantes que regresase de Aranjuez el hombre por quien tan grandes sacrificios acababa de hacer, para salir de la angustiosa situacion en que se hallaba.

II.

La tia Solapa, por su parte, no veia con buenos ojos en su casa ni á Cármen ni á doña Emerenciana, porque una y otra estaban en favor de D. Juan, y lo que más la convenia era verse completamente libre para colocar en su casa á los espías y preparar el golpe de manera que no pudieran escaparse los que habia destinado á ser víctimas de su codicia.

Así, pues, pretextó que habia recibido aviso de que de un momento á otro debia llegar con la justicia don Torcuato, y apresuradamente salieron de su casa doña Emerenciana y Cármen, hospedándose en la posada del Huevo Duro, que estaba en la calle de Segovia, posada en la que se presentaron como recién llegadas á Madrid, y como tia y sobrina, que venian á la córte á negociar unos vales que habian obtenido por herencia; pero la buena de doña Emerenciana tuvo cuidado de buscar á Toribio, el ayuda de cámara del duque de la Alcudia, darle las señas de su nueva casa y rogarle que

en cuanto llegase de Aranjuez Picornel le trasmitiese aquellas noticias, encareciéndole la necesidad que tenia de verle en su alojamiento.

III.

Toribio aprovechó la salida de un correo de gabinete para el Real Sitio, y anticipó á Juan Picornel las noticias de doña Emerenciana.

Al saber que se hallaba en Madrid Cármen, apresuró su regreso, y llegó á la córte muy temprano el mismo dia en que debía tener la junta con sus amigos.

Lo primero que hizo fué buscar á Toribio, averiguar por él las señas del hospedaje de Cármen y partir inmediatamente á verla.

Doña Emerenciana estuvo á punto de desmayarse de alegría al ver entrar á Juan.

Cármen, por el contrario, sintió asomar el rubor á su rostro, y pasó momentos terribles hasta que, gracias á la energía de Picornel, pudo hacer callar á la vieja y rogarla que se retirara á una habitacion inmediata, porque tenia que hablar con la jóven.

Los dos quedaron solos.

Las circunstancias hacian solemne aquella escena.

IV.

—Cármen, exclamó Juan poseido de una emocion inexplicable, yo ambicionaba este momento. Sin em-

bargo, no he tenido valor para buscarle. Todo me hace creer que doña Emerenciana la ha arrastrado á Vd. á abandonar aquella santa casa en donde su familia la ha depositado, y las consecuencias de este paso pueden ser funestas si no nos hablamos con completa franqueza.

Al oírle expresarse de este modo, se inundaron de lágrimas los ojos de Cármen.

—Bien sé yo que he cometido una indignidad.

—Tranquilícese Vd., Cármen, para todo hallaremos remedio. Es necesario que me conozca Vd. á fondo, y como el tiempo urge, en breves palabras voy á darle á conocer mis sentimientos. Desde muy niño vivo dominado por la ambicion. Luchando siempre, no he podido detenerme en mi marcha á contemplar las hermosas flores de la vida. No he amado nunca; desde muy niño salí del lado de mi familia; he vivido lejos de todas sus afecciones; no he tenido más pasion que el deseo de ser rico, de ser poderoso. Gracias á una série de inmensos sacrificios, he empezado á triunfar. Ajeno estaba yo, cuando en momentos críticos ví á Vd. por la primera vez, de que poco despues sentiria en el alma un afecto dulcísimo, una verdadera pasion, porque... ya no hay para qué ocultarlo, yo la amo á Vd., Cármen, la amo como no creia que se podria amar en el mundo, y esta pasion y este amor es el tormento mayor de mi vida.

Cármén hizo un movimiento de sorpresa al oír la última declaración.

—Sí, insistió Juan, es mi mayor tormento, porque la situación en que me encuentro es muy crítica. No sé cuál será la suerte que me está reservada, y grandes son los peligros que me amenazan. De cualquier modo, yo deseo unir mi suerte á la de Vd. Si triunfo, podré brindarle una felicidad mucho más grande que la que puede soñar la imaginación. Si perezco, Vd. será la viuda de un desgraciado; pero ha abandonado Vd. el convento, ha venido Vd. á Madrid fiada de mí, y yo no puedo menos de corresponder á esas pruebas de afecto. Esta misma noche hablaré al señor duque de la Alcu-
dia, y le pediré su influencia para que en secreto nos una un sacerdote lo más pronto posible. Siendo ya mi esposa, yo buscaré el medio de que permanezca Vd. en salvo mientras yo ludo, mientras yo doy la última batalla. Y entonces... ó la vida ó la muerte; ó la felicidad ó la desgracia. Esto es lo que la ofrezco á Vd. Hable usted con franqueza; dígame Vd. por lo que más estime en este mundo si está resuelta á aceptar mi cariño, mi mano, mi vida.

—Sí, dijo Cármén, sí. En medio de mi triste situación; después de haber faltado á todos los deberes; deshonrada, si no á los ojos de Dios, á los del mundo, he venido á pedir el auxilio de Vd. y á ofrecerle en cambio

mi gratitud, mi vida tambien. No sé por qué he adivinado que era Vd. generoso, bueno, capaz de toda clase de sacrificios; ¿cómo no he de aceptar yo los que me imponga el cariño de Vd., si Vd. acepta desde luego los que le impone el mio? Los dos hemos nacido para sufrir; suframos y alcancemos el premio si llegamos á merecerle; sucumbamos si no.

—Pues bien, dijo Juan; pronto, muy pronto, bendecirá un sacerdote nuestra union. No debo ya ocultarle ninguno de los secretos que guardo en mi corazon. De un momento á otro ha de estallar en España una rebellion que eche por tierra el antiguo trono y le sustituya con la república.

VI.

Cármen se estremeció al oír aquellas palabras. No pudo comprender el verdadero significado; pero habia oído hablar del terrible sacudimiento que la revolucion habia operado en la Francia. Sabia que en nombre de la república habia sido guillotinado Luis XVI, y la sola idea de tener á su lado, de haber ofrecido su amor á un hombre que participase de los sentimientos de los revolucionarios, causó en ella una sensacion dolorosísima.

—Tranquilícese Vd., Cármen, dijo Juan Picornel. No correrá aquí sangre como en esa nacion desdichada; todo está preparado, y nos apoderaremos de la persona del rey sin que haya efusion de sangre. Sabremos respetarle, y únicamente acabaremos con las intrigas que

hacen de la córte un semillero de vicios. Pero todo esto es una confianza que hago á Vd. para no tenerle nada oculto. La empresa es arriesgada; no sé cómo saldré de ella; confío en él éxito. De cualquier modo, apenas nos unamos tendremos que separarnos, pero ya la buscaré á Vd. si triunfo.

Dominada por el amor que le inspiraba Juan, accedió á todo Cármen.

¡La infeliz no sabia la suerte que le estaba reservada!

VII.

Juan amaba verdaderamente á Cármen, y por eso al despedirse de ella no se atrevió más que á estrechar su mano respetuosamente.

—Pida Vd. á Dios, le dijo, que se realicen mis esperanzas.

—¡Las nuestras! contestó Cármen.

Los dos se separaron.

Apenas salió Juan corrió doña Emerenciana al encuentro de Cármen.

—¿Está Vd. contenta, señorita? le preguntó.

—Muy contenta, respondió la jóven, y al mismo tiempo se inundaron sus ojos de lágrimas.

—¿Qué es eso, llora Vd.? ¿Y la alegría?

—¡Hay alegrías que matan! dijo Cármen.

VIII.

Antes de partir encargó Juan al posadero que cuidase bien á aquella jóven, y para hacerle fuerza le enseñó el mismo documento que habia humanizado al alcalde de cuartel el dia en que tuvo lugar el atentado contra Sir Guillermo.

—Vaya Vd. descuidado, le dijo el posadero, que esta señora y la que la acompaña vivirán como reinas en esta casa.

CAPÍTULO XLV.

La semilla del árbol de la ciencia del bien
y del mal.

I.

La situación de Picornel se complicaba por momentos.

Cuando más necesidad tenía de estar libre, de renunciar á los lazos que pudieran hacerle temer por su vida, la pasión que se había despertado en su alma por Cármen empezaba á ser para él el castigo que va unido á la culpa dentro del corazón humano.

Al separarse de la jóven, dominado por las múltiples preocupaciones que agobiaban su espíritu,

—¡Ay! cuán dichoso sería yo, pensaba, si pudiera consagrar mi existencia á disfrutar de la fortuna que he alcanzado al conseguir el favor del duque de la Alcudia y de la ventura que me ofrece el amor de Cármen.

Tengo en mi poder los dos elementos de felicidad más grandes que puede apetecer el hombre, y al lado de estos bienes, unidos á ellos por indestructibles lazos, mi ambición, mis compromisos, los tratos hechos an-

tes de ahora para realizar mis esperanzas se vuelven contra mí y me amenazan con arrebatarme, apenas la toqué, la ventura más grande que podía soñar.

Aunque anonadado por estas ideas, no tenía más remedio que cumplir lo que había pactado con sus cómplices, y acudió á la hora señalada á la sala de las conferencias.

II.

Tan preocupado estaba, que en vez de dirigirse á su casa de la calle de los Caños Viejos para entrar por ella á aquella habitación neutral que ponía en comunicación la suya con la morada de Lax, entró maquinalmente por la calle de Segovia, y algunos de sus amigos, que con los que hacían cabeza de grupo estaban aguardándole, al verle por allí le siguieron y no tardaron todos en hallarse en casa de Lax.

Esta equivocación fué para ellos salvadora.

Mientras que Picornel y sus camaradas entraban en la sala de las conferencias, varias personas esperaban acechando su llegada detrás de las vidrieras de la ventana que servía de observatorio á la tía Solapa.

Estaba convenido que hasta que llegasen Picornel y los demás que debían reunirse en su casa no saldrían de la de la tía Solapa los espías.

Toribio les preguntaría la contraseña y les conduciría por la puerta secreta que había en la escalera hasta la sala de las conferencias, no para que penetrasen en

ella, porque esto era imposible toda vez que el criado ignoraba el medio de que se valia su amo para penetrar; tampoco para que escucharan lo que se hablaba dentro, porque en varias ocasiones, movido por la curiosidad, habia tratado de oir las conversaciones de los amigos de su amo y habia tenido que contentarse con el deseo.

Pero nada más fácil para los agentes de la autoridad que apoderarse de los conspiradores cuando saliesen de la conferencia, y esto era lo único á que aspiraban los espías.

III.

La suerte favoreció á Juan Picornel y á sus cómplices.

Mientras duró la conferencia en el sitio acostumbrado, los agentes permanecieron en casa de la tia Solapa y Sinforoso cerca de la puerta de la calle aguardando de un momento á otro que le llamara su amo.

Dejémoslos acechando por ahora inútilmente á sus víctimas, y asistamos á la junta de los conspiradores.

Los que hacian de cabeza de grupo consintieron en que les vendaran los ojos para que no supieran por dónde entraban en la sala de las conferencias.

Cuando estuvieron dentro y herméticamente cerradas las aberturas, desapareció la venda de sus ojos.

Ocupaban los asientos principales, detrás de la mesa, los cinco jefes de la conspiracion.

Los demás, que eran nueve, se sentaron en los bancos que rodeaban la sala.

IV.

Juan Picornel fué el primero que habló.

—Ha llegado un momento, dijo con voz solemne, en el que es necesario que los hombres de corazon se entiendan, y por lo mismo se os ha llamado aquí para que conozcais los verdaderos propósitos que nos animan á prestar juramentos y á cumplirlos.

Seria preciso desconocer por completo la época en que tiene lugar la escena de que doy cuenta á mis lectores, si no supusieran estos poseidos de una profunda emocion, no á los agentes de los revolucionarios franceses, que ya estaban acostumbrados á verlos allí, sino á sus nueve compañeros, que aunque formaban parte de la asociacion, desconocian los verdaderos proyectos de los iniciadores, y no podrian imaginar que en Madrid hubiera una habitacion como la en que se hallaban, preparada de exprofeso para ocuparse con el mayor sigilo de asuntos tan trascendentales.

No se ocultaron á Juan Picornel la sorpresa, el temor y al mismo tiempo la curiosidad de aquellos hombres.

V.

—Nosotros cinco, prosiguió, hemos logrado formar con vosotros una verdadera asociacion del débil contra el fuerte, del oprimido contra el opresor, y de tal ma-

nera hemos funcionado hasta ahora, que ni vosotros mismos os conoceríais entre vosotros, ni ninguno de los cuatro que están eslabonados con vosotros conocen á los de los otros grupos. Todas estas precauciones eran necesarias y algunas más para desarrollar nuestras ideas, para librar del oscurantismo á que se hallan sujetos en este país todos los que no se conforman con vivir siendo esclavos. Al romper hoy parte del secreto, al convocaros aquí, tenemos el deber imprescindible de revelaros toda la verdad. Si creéis que nuestros propósitos son nobles, son dignos, son elevados, son generosos, son salvadores; si despues de apreciarlos en lo que valen os sentís con ánimo bastante para fortalecerlos, para unir vuestros esfuerzos á los nuestros y preparar de esta manera el triunfo, vuestro auxilio será preciosísimo á nuestra causa.

Pero si por el contrario desconfiais de la bondad de nuestras ideas; si os parecen arriesgados los medios de llevarlas á cabo; si os arredra el temor del castigo, una sola palabra vuestra bastará para que salgais de aquí de la misma manera que habeis entrado. Debo advertiros tambien que, en el segundo caso, os importaria muchísimo no revelar á nadie cuanto veais y cuanto oigais aquí. Seria muy difícil que la justicia, despues de oir nuestra delacion, diese con vosotros, y en cambio seria muy fácil que dictáseis vuestra sentencia de muerte con solo cometer la más ligera indiscrecion.

Por lo tanto, antes de hablaros como á hermanos, necesitais todos prestar juramento, primero, de mani-

festar vuestra leal opinion; despues, de que guardareis eternamente secreto sobre todo lo que se os diga. ¿Acceptais estas condiciones?

—Sí, respondieron todos levantándose.

—No basta la palabra; es preciso el juramento en toda regla.

Y abriendo Lax un libro de los Evangelios que tenia preparado de antemano, hizo á cada uno que jurase sobre él.

—Oid ahora con atencion, añadió Picornel, disponiéndose á explicar sus planes.

VI.

Todos los circunstantes le escucharon con la mayor atencion.

—Una sola bandera, prosiguió Picornel, une á los españoles. En ella están simbolizados todos los sentimientos de su alma: la religion, la patria y la monarquía. Que en los tiempos en que los reyes sabian y querian hacer la felicidad de sus vasallos se igualase en nuestros pechos el amor del rey al amor que profesamos á la religion, á la patria, nada tiene de extraño. Pero cuando los pueblos que han hecho sacrificios por sus reyes tienen que soportar en virtud de una herencia que al monarca sábio y prudente, ilustrado y bondadoso, suceda un monarca débil é ignorante, esto no puede explicarse. Hé aquí por qué razon los habitantes de la vecina Francia, proclamando los derechos del

hombre, oponiéndose á la idea de que los pueblos sean patrimonio de los reyes, condenando como funesta á la vida de los pueblos la práctica de que se pueda adquirir un trono por derecho hereditario, han roto la tradicion, han destruido el trono de sus reyes, han castigado en el infortunado Luis XVI los atropellos y las tiranías cometidas por sus antepasados, y han opuesto á la tiranía, la libertad; al derecho hereditario, el derecho electivo; al privilegio, la igualdad ante la ley; á los ódios de clases, la fraternidad.

— Sí, hermanos míos, esa revolucion que sin duda alguna os parece tan horrorosa porque se ha atrevido á poner la mano en la para vosotros sagrada persona de un rey, es una de esas enfermedades, una de esas convulsiones, uno de esos sacudimientos que arrancan á los pueblos de la abyeccion para darles la energía, la virilidad necesarias.

VII.

Al ver que sus palabras no producian un gran efecto en sus oyentes, siendo tan crítica como era su situacion, esforzó sus argumentos.

—Vamos á ver, les dijo: ¿podeis creer que es justo que por haber nacido del seno de una reina pueda tener derecho un hombre para ser vuestro amo?

—Qué duda tiene, dijo uno de los nueve. La Providencia es quien dispuso esas cosas, y por eso el derecho de los reyes es derecho divino.

—Es verdad, exclamaron todos.

—Esas teorías son las que os enseñan los aduladores de los reyes para dorar las cadenas de vuestra esclavitud; pero muy fácilmente destruiré ese error. Dios ha creado al hombre, y el hombre ha creado al rey. Volved los ojos á la religion que tanto amais. ¿Dónde nació el Redentor del mundo? ¿Cómo llegó á alcanzar el título de Maestro? ¿Qué ideas practicó? ¡Ah! Si volveis los ojos á aquella humilde cuna de donde partieron los fulgorosos rayos del cristianismo, la hallareis en un miserable establo; y si seguís paso á paso al niño que llegó á ser crucificado para redimir nuestras culpas, le vereis alcanzar la admiracion del mundo entero por medio de su virtud, de la sabiduría, de su noble ejemplo; y si le contemplais, por último, rodeado de sus apóstoles, hombres del pueblo todos, observareis que, aun en aquellos momentos en los que con sus portentosos milagros asombraba á la humanidad, amparaba á los débiles, enseñaba la caridad á los fuertes y predicaba la libertad, la igualdad y la fraternidad, que son las ideas de la revolucion francesa.

VIII.

Aquellos argumentos eran capaces de deslumbrar á los oyentes de Picornel.

Despues de nuestro héroe los han usado muchos hombres de este siglo. Hoy sabemos á ciencia cierta que, si bien es verdad que el Divino Maestro dió á nuestra

alma la fé, la esperanza y la caridad, y nacieron de ella al calor de estas virtudes la fraternidad, la libertad y la igualdad, tan hermosas palabras han sido falsificadas como los diamantes más célebres del mundo, y á los que nos hablasen como hablaba Picornel á los conjurados, podriamos responderles: «Lo que vosotros teneis en los lábios lo tenemos nosotros en el corazon.»

Sin embargo, las palabras de Juan perturbaron un poco la inteligencia de sus oyentes, y no hubo entre ellos ninguno que le contestara.

IX.

Animado por este triunfo, prosiguió diciendo:

—El pueblo francés trabajaba dia y noche para ofrecer el premio del sudor de su frente á una córte corrompida. Mientras que las clases trabajadoras se afanaban, los cortesanos se entregaban á fastuosas orgías, y cuando el pueblo pedia justicia, y cuando cansado de no tenerla imploraba piedad, aquella corte corrompida arrojaba al pueblo de las puertas de palacio y cruzaba su cara con un látigo.

Pues bien; nosotros, que nos hemos hallado en Francia durante los momentos supremos de la revolucion, hemos aceptado el noble encargo de traer á España sus deseos y contribuir á la fraternidad con que nos brindan. ¿Por qué os habeis asociado á nosotros? ¿No habeis sido víctimas de vuestros maestros, de los que explotan vuestro trabajo?

¶ Pero lo que ha visto cada cual de vosotros en un reducido círculo, pasa en la corte, pasa en toda España. Seguros los reyes de la fidelidad de sus vasallos; confiados en que sus sentimientos religiosos serán en todo tiempo un valladar á su justa indignacion, cuando el Océano ruge en las costas de Francia, ven con tranquilidad las mansas olas que acarician las riberas de España. El rey, en vez de dedicarse á los negocios públicos, vive consagrado á la caza, su pasion favorita. La reina en tanto solo se ocupa de las aventuras amorosas de los guardias que velan su sueño y custodian su real persona. Mientras nuestros pobres hermanos acuden presurosos á la frontera á derramar su sangre porque así se lo ha pedido el rey, ellos viven entregados á continuos festines, y cuando los reyes se entregan á la orgía, la Providencia dispone de la suerte de los pueblos y los despierta.

—¿Y pretendes, dijo uno de los circunstantes, que sufra Carlos IV la misma suerte que el rey de Francia?

—Eso no, dijo Lax; nuestro único propósito es apartar del trono á los que no lo merecen. Nos apoderaremos de las personas reales, y sin ofenderles en lo más mínimo, las llevaremos á Inglaterra, y allí son comerciantes ante todo y los recibirán muy bien. Libre el trono, el pueblo será rey, elegirá la forma de gobierno que más le agrade, y si se asocia á los franceses, nuestros hermanos, se adoptará la República. A su lado estaremos para cumplir su voluntad. Si persiste en res-

taurar la monarquía, que busque al ménos una persona digna de tan señalada distincion.

X.

La idea emitida por Lax asombró á los circunstantes.

—¿Cómo, dijo uno de los nueve, seríais capaces de apoderaros de la persona del rey?

—¿Y por qué no?

—Eso seria una profanacion.

Jamás ha habido en el pueblo español un solo hombre que se crea con ánimo para llevar á cabo semejante empresa.

—Oid una proposicion, dijo Picornel al ver que de nuevo peligraba su causa. Si yo os pruebo hasta la saciedad que si lo que pasa en el seno de la real familia pasase en otra alguna, los tribunales tendrian derecho para castigar á los esposos que ultrajan las leyes de la moral, ¿ayudaríais á nuestros proyectos?

—Si eso fuera cierto, con alma y vida.

—Pues basta, dijo Picornel. No ya á vosotros, á todos los que están asociados convocamos para dentro de cuatro dias en este mismo sitio. Con el fin de no infundir sospechas, entrareis unos por la calle de Segovia y otros por mi casa de la calle de los Caños Viejos.

¿Cuántos seremos entre todos?

—Cincuenta, dijo Garasa.

—En ese caso me parece más oportuno buscar otro sitio de reunion.

—Sí; tengo una idea excelente. Estamos en plena primavera, hace un tiempo delicioso y nadie extrañará que unos cuantos amigos vayan un dia al campo á mendrar. Dentro de cuatro dias podemos reunirnos en el soto de Migas-Calientes. Nosotros nos encargaremos de llevar lo necesario para que parezca nuestra reunion una romería. Yo os prometo en aquella ocasion daros pruebas evidentes de lo que os he asegurado.

—Si es cierto lo que habeis dicho, contad con nosotros.

XI.

De esta manera terminó la entrevista.

Poco á poco fueron saliendo y Picornel se fué muy agitado, y fébril.

Llegó al palacio del duque de la Alcudia y entró en su habitacion, arrojándose inmediatamente sobre el lecho.

Su cabeza ardia.

CAPITULO XLVI.

Lucha interior.

I.

Quando Juan Picornel despertó del letargo en que habia estado sumido, vió penetrar el sol en su estancia.

Eran las nueve de la mañana.

Toribio entró en la habitacion, y el ruido que hizo para abrir la puerta fué el que despertó á Juan.

—¿Esas tenemos, señor perezoso? le dijo; ¿si aspirará Vd. á ser el octavo durmiente?

—¿Pues qué hora es? preguntó Juan.

—Las nueve y media de la mañana.

—Y, sin embargo, no he dormido.

—Propiedad de todo dormilon. No he visto uno solo que no niegue haber dormido; ¡como si fuera pecado el dormir!

—Pues yo no le engaño á Vd., Toribio; he pasado una noche muy mala; he tenido fiebre.

—No me extraña; cuando se toman las cosas á pecho, y luego que el amor á cierta edad se entra de so-

peton, es una enfermedad; pero tranquilícese Vd. Ven-
go á darle buenas noticias.

—¿Qué quiere Vd. decir? dijo Juan incorporándose en el lecho.

—Ahí ha estado doña Emerenciana; ya sabe Vd.

—Sí, ya sé. ¿Y se ha marchado?

—Le he dicho que estaba Vd. durmiendo.

—¿Quería hablarme?

—Y con mucha insistencia.

—¿Por qué no me ha despertado Vd.? ¿Por qué no la ha hecho Vd. entrar?

—No estaba bien que una señora, aunque ya de edad, entrara en el cuarto de un jóven soltero; pero es lo mismo, me ha dado á mí el recado.

—¿Qué le ha dicho á Vd.?

—Que la persona que Vd. sabe le espera con impaciencia; que ha sufrido una indisposicion, y que aunque no parece grave, desea verle antes de ver al médico.

—Voy en seguida, dijo Juan levantándose de la cama y vistiéndose precipitadamente.

—Es el caso que el señor duque tambien me ha preguntado por Vd., y aunque le he dicho que debe usted estar enfermo, se sabe que ha salido Vd. sin haber antes entrado á tomar sus órdenes.

—¿Está visible ahora?

—Se ha levantado muy temprano y está trabajando como un energúmeno. Sin duda alguna nota para los agentes diplomáticos. Ya sabe Vd. que S. E. no encuentra nadie que haga esas cosas á su gusto.

II.

Mientras Toribio charlaba por los codos, Juan se vistió; sin aguardar al peluquero se puso el peluquin, y salió de la estancia dejando con la palabra en la boca todavía al ayuda de cámara del duque.

Aunque la fiebre se habia calmado, todavía se hallaba Juan poseido de una viva agitacion.

—¿Qué tiene Vd.? le preguntó Godoy al verle.

—No es nada, señor. Hice el viaje tan precipitadamente que me fatigué mucho. Despues he tenido fiebre esta noche, pero ya estoy mejor y he venido á ponerme á las órdenes de Vd.

—A Vd. le pasa algo.

—Nada absolutamente.

—Sabe Vd. que le estimo y tomo parte en todos sus cuidados. ¿No merezco su confianza?

—Ya sabe V. E. que no le oculto ningun secreto.

—No sé por qué me figuro que sí, y si esa agitacion que experimenta Vd. no es hija de la causa que adivino, tendré que sospechar, despues de conocer parte de sus secretos, que esos amigos con cuyo apoyo contaba usted para ofrecermé nada ménos que el puesto más elevado de la nacion le acosan demasiado.

—No tal, señor, dijo Juan procurando disimular la turbacion que con sus palabras habia producido en su ánimo el duque de la Alcudia.

—Pues ello es que algo de extraordinario le pasa á usted.

—En efecto, señor, y crea V. E. que si antes de ahora no se lo he confiado es por parecerme demasiado pueril para ocupar un solo instante la atención de una persona sobre quien pesan tan importantes atenciones.

—Hable Vd. con franqueza, no al jefe, al amigo.

—Agradezco ese honroso título, y quiero merecerle. Ya sabe Vd., señor, que amo á una mujer. Hija de honrados padres, para apartar de su imaginacion el deseo de unirse á un hombre que no profesaba su misma religion, á ese inglés á quien V. E. por indicacion mia ha protegido, la llevaron al convento de Pinto. De allí se ha escapado, y ha venido á Madrid á buscar mi apoyo. Soy caballero, la amo, me corresponde, y no puedo negarle, no el favor, la justicia que me pide. Esa jóven no puede volver á casa de sus padres sino para implorar el perdon de su culpa. Yo desearia tener títulos para caer de rodillas ante sus padres al mismo tiempo que ella y conseguir su gracia.

—Esos deseos le honran á Vd.

—Pero necesito una altísima proteccion para realizarlos.

—Cuenta Vd. conmigo para todo.

—Desearia vencer las dificultades que se oponian á nuestro casamiento, y por de pronto, para evitar que su reputacion sufriese, desearia que se llevase este acto á cabo con el mayor secreto.

—He ofrecido á Vd. mi apoyo, y despues de conocer sus intenciones, me ratifico en mi promesa. Será preciso ver para eso al señor arzobispo de Toledo, que actualmente se halla en Madrid, y como tengo verdadero interés en ayudar á Vd., le veré hoy mismo.

—¡Cuánta bondad, señor!

—Aun haré más si Vd. lo acepta.

—Viniendo de las manos de V. E., no será sino un nuevo favor.

—Deseo ser padrino de su boda.

III.

Con todas estas distinciones aumentaba Godoy el martirio de Picornel.

Pero ya no estaba en el caso de retroceder.

Para justificar la ingratitud que iba á cometer, no se decia:

«Al conspirar, al querer destruir la tradicion monárquica de España, solo lo hago para satisfacer mi ambicion. Por el contrario, estos favores que me dispensa el duque de la Alcudia, pensaba, aumentan la importancia del sacrificio que voy á hacer pagando sus bondades con mi rebeldía.»

—Si V. E. me permite que vuelva á comunicar tan faustas nuevas á esa pobre jóven, que aguarda con impaciencia mi resolucion, voy al instante.

—Vaya Vd., y á la una, cuando volvamos á vernos, podré comunicarle alguna noticia respecto á lo que más le interesa en estos momentos.

IV.

Juan se disponia á partir.

Godoy le detuvo.

—¿Y á mí no me da Vd. ninguna nueva? le preguntó.

—Confieso, señor, dijo Juan, que estoy tan preocupado con esta pasion, que me ha sorprendido cuando ménos lo esperaba, que he abandonado por unos dias mi papel de falso confidente de la camarista de la reina. Pero tantos beneficios me dispensa V. E., que muy en breve espero mostrarle mi gratitud.

Al hablar de este modo cruzó por la imaginacion de Juan este pensamiento:

—Hagamos la revolucion, triunfemos, y yo emplearé entonces toda mi influencia para que sea respetado el duque de la Alcudia, para que el pueblo ponga en sus manos las riendas del poder. Si esto sucede, aceptará, no hay duda, aceptará.

Inmediatamente corrió á la posada del *Huevo duro* para saber cómo se hallaba Cármen.

CAPITULO XLVII.

Dos sueños.

I.

Cármen sufría las consecuencias naturales de la locura que habia cometido abandonando el convento en donde la habian depositado sus padres para seguir á doña Emerenciana.

No en vano habian sembrado los autores de sus dias en su corazon las semillas del bien.

El remordimiento trabajaba aquella conciencia, para hasta entonces, y sufría horriblemente.

Solo al hallarse al lado de Juan, fascinada por la mirada amorosa del jóven, embriagada en el amor que sentia su alma, podia soportar el tiempo que lejos de él le parecia eterno.

—¿Qué es eso, Cármen, preguntó Juan, se halla usted indispuesta?

—He sufrido mucho.

—¿Por qué?

—Cuando pienso en la trascendencia del paso que he

dado; cuando reflexiono las complicaciones que pueden surgir... ¡Ah! no dudo del afecto de Vd., no dudo de los deseos que le animan por mi bien; pero ¡ah! si la desgracia le arrebatase á Vd. la vida, y se viera Vd. obligado á huir de este país, ¿qué seria de mí, sola, abandonada?

—Cálmese Vd., Cármen, eso no sucederá.

—Y sin embargo, esta noche, ¡oh! aun me estremezo al recordarlo, ¡he tenido un sueño horrible!

—¿Ha soñado Vd?

—Sí.

—¿Connigo acaso?

—¿Quién preocupa mi pensamiento sino Vd?

—¡Ah! Cármen, exclamó Juan estrechando la mano de la jóven, cuénteme Vd. su sueño.

—No, no; ha sido demasiado triste.

—Confianto esas tristezas se desvanecen, porque ya lo ve Vd. Estoy á su lado cariñoso como siempre, cada vez más.

—¡Ah! ¡Si no tuviéramos que separarnos nunca!

—Confie Vd.

—Y, sin embargo, he visto tan de cerca el peligro...

—Cuénteme Vd., por Dios, lo que ha soñado. Y para demostrarle á Vd. que los sueños no son más que sueños, yo referiré á Vd., Cármen mia, otro sueño más agradable. Aun haré más; para que Vd. imite el ejemplo, empezaré contándole lo que yo he soñado.

II.

Juan engañaba á Cármen, pero estaba tan afligida la jóven que no vaciló en buscar aquel medio para ofrecerle algun consuelo.

—Los dos habiamos recibido la bendicion nupcial, yo la habia dejado á Vd. perfectamente custodiada en casa de unos buenos amigos, y en tanto que Vd. oraba para que el Señor me protegiera, corria yo á unirme con mis amigos. Todo salió á medida de nuestros deseos. El pueblo, convencido de que yo le brindaba la felicidad, proclamó entusiasmado la caída de los reyes, y, aunque con el mayor respeto, fueron alejados de España.

Todos por aclamacion me designaron para que yo les dirigiera, y entonces, mostrándome agradecido á los favores del duque de la Alcudiva, al cual debiamos nuestra union, porque él nos habia protegido, corrí á buscarle á una casa en donde se habia refugiado temeroso de las iras del pueblo. Al verme se arrojó en mis brazos. Yo le referí lo que habia sucedido y deposité en sus manos los poderes que el pueblo le habia conferido. Salimos juntos, el pueblo le aclamó tambien, y yo le acompañé á palacio en medio de los aplausos y los vítores de la muchedumbre, y acto continuo me nombró su primer ministro. Yo corrí al lado de Vd. ébrio de gozo á darle parte de mi triunfo, de mi alegría. ¿No le parece á Vd. que mi sueño ha sido delicioso.

—En nada se ha parecido al mio, dijo Cármen; al contrario, en mi sueño todas eran dificultades para nuestra union. Mi padre habia ido á quejarse á los reyes de mi desaparicion; les habia pedido su amparo y se habian dictado las órdenes más severas para buscarme, para llevarme á un calabozo de la Inquisicion á pagar allí las culpas que habia cometido. Me hallaron y me sepultaron en un calabozo. Vd. me buscaba por todas partes, pero sin conseguir encontrarme. Entonces, desesperado, corrió Vd. en busca de sus amigos. A sus ideas unió Vd. el amor que experimentaba por nuestra separacion. Desesperado, se lanzó Vd. al combate; pero sus amigos le abandonaron en aquellos momentos criticos, cayó Vd. en poder de los soldados fieles al rey, y fué Vd. sentenciado á muerte.

¡Oh! La sangre se hiela al recordar el martirio que pasé cuando desde mi prision oí la campanilla de la Paz y Caridad pidiendo para decir una misa por el alma del reo que se iba á ajusticiar. Y ese reo era Vd. No pude ménos de lanzar un grito, y doña Emerenciana, que dormia á mi lado, se despertó sobresaltada. Acudí á consolarla, y yo despierta, aun creia que era verdad todo lo que habia soñado.

—Ya ve Vd. que era mentira.

—Si lo veo y no lo creo. El resto de la noche lo he pasado despierta. Ansiaba que amaneciera, porque tenia miedo. Al ver mi agitacion, fué doña Emerenciana á avisar á Vd. contra mi voluntad; pero en medio de todo se lo he agradecido, porque hasta que le he visto

á mi lado no ha reinado la tranquilidad en mi espíritu.

—Pues bien, abra Vd. su corazón á la esperanza, Cármen. Todo me hace creer que mis planes se realizarán felizmente, y además, antes de venir aquí he tenido una entrevista con el señor duque. Le he confiado la situación en que nos encontramos, y me ha ofrecido hablar al señor arzobispo de Toledo, para que con el mayor secreto disponga lo necesario á nuestra unión, y no pasarán dos días sin que vea confirmados mis deseos y una á Vd. mi suerte.

—¿Es posible?

—Sí, Cármen. Al ménos no tendrá Vd. que avergonzarse de la resolución que ha tomado. Si triunfo, será Vd. la esposa de un hombre de bien que la amparará y la hará feliz. Si muero, será Vd. la viuda de un desgraciado, pero que á todo el mundo inspirará respeto. Esta misma tarde volveré á comunicar á Vd. cuanto haya dicho S. E.

—¿Se va Vd. ya?

—Si Vd. no me manda otra cosa, tengo que partir.

—Desearia saber algo de mis infortunados padres. ¿No podría Vd. valerse de algun medio para averiguar?...

—Sí, Cármen, sí; hoy mismo sabremos el estado en que se encuentran.

—No me oculte Vd., por Dios, su verdadera situación. Si el dolor los tiene postrados en el lecho, si han sucumbido por causa mia, que yo lo sepa: tendré valor para sufrir el remordimiento que me aguarda.

III.

Juan abandonó á Cármen, y deseando llevar alguna noticia al duque de Alcudia para corresponder al favor que aquel mismo dia queria dispensarle, se dirigió y subió al cuarto de la Matallana.

Doña Isabel, que habia sabido su llegada á Madrid, le aguardaba con impaciencia.

Desde hacia algun tiempo habia notado que Picornel no era con ella tan galante como al principio, y aunque como mujer de mundo, y sobre todo como práctica cortesana, solo daba al amor la importancia de un pasatiempo, con tal de que su confidente fuese leal, poco le importaba que no se mostrase muy rendido con ella.

El principal deseo de la Matallana era destruir la influencia del duque de la Alcudia, y sin detenerse en rodeos fué desde luego á la cuestion.

—Creo que he sido más afortunada que Vd., le dijo.

—Nada me extrañaria. Reconozco en Vd. un superior talento.

—Hoy más que nunca, dijo doña Isabel, necesitamos apartar á Godoy del lado de la reina.

—Si Vd. ha ideado el medio, por mi parte estoy dispuesto á ayudarla en su empresa.

—Tengo en mi poder un documento preciosísimo.

—¿Para que lo vea el duque de la Alcudia?

—Precisamente.

—¿Y yo he de ser el encargado?...

—Eso hemos convenido.

—Estoy á las órdenes de Vd. ¿Puedo saber de qué se trata?

—De una cosa muy sencilla, pero que producirá su efecto. Una de las azafatas de la reina favorece al famoso marino Malaspina. A juzgar por una carta de la servidora de la reina, que ha caído en mis manos, el marino desea llegar al corazón de la reina, y ha creído que el camino más corto era valerse de su camarista. Esta, por lo visto, ha tenido ocasion de conferenciar con su señora, y el resultado de su conferencia es el que se expone en este documento.

—¡Ah! ¿Qué dice Vd., qué dice Vd.?

—¡Que está bien preparado el terreno; que la reina ha fijado ya sus ojos en Malaspina! La camarista le aconseja que se traslade al Real Sitio lo más pronto posible, seguro de que allí tendrá ocasion de ser recibido por SS. MM. Y como tendrá que contar tanto de sus viajes, la reina, que es muy aficionada á oír esta clase de narraciones, le facilitará sin duda alguna ocasion de que pueda expresar sus sentimientos. Hay además en la carta un párrafo que hará saltar al duque. Léale Vd., léale Vd... Es al final.

IV.

Juan lo leyó, y decía:

«No tenga Vd. cuidado por Godoy: está en baja, y en cuanto alguna persona que tiene el encargo de recupe-

rar ciertas prendas que ha adquirido y le dan el poderío que tiene; en cuanto esa persona, repito, pueda devolverlas á quien las espera con ánsia, todo habrá concluido, y el valido conservará los títulos y honores, pero no el favor que hasta ahora le han dispensado los reyes.»

—¡Magnífico! exclamó Picornel.

—Es necesario que á la mayor brevedad vea Godoy esa carta.

—Antes de una hora estará en su poder.

—En ese caso, vuelva Vd. á decirme el efecto que le ha producido.

—¿Estará Vd. á la noche en su habitación?

—Le esperaré á esa hora.

V.

Juan partió á su morada de la plaza de los Ministerios muy satisfecho porque tenia en su poder los medios de convencer á aquellos cuyo apoyo necesitaba para dar el golpe y para demostrar la justicia con que se proponia destronar á los reyes.

CAPITULO XLVIII.

Una boda misteriosa.

I.

Godoy habia cumplido su palabra.

Gracias á su poderosa influencia y á los argumentos de que se habia valido para obtener la gracia del arzobispo de Toledo, habia dado el ilustre prelado el permiso á un sacerdote para que, con protesta de presentar todos los documentos necesarios, pudiese unir á los dos amantes.

—Todo sale á medida del deseo de Vd., dijo Godoy. Dentro de dos dias podrán Vds. recibir la bendicion nupcial en la Vicaría. Vaya Vd. inmediatamente á ponerse de acuerdo con el sacerdote que ha recibido la autorizacion.

Para que pudiera verificarlo así, le dió el nombre del eclesiástico y las señas de su casa.

Aunque Juan Picornel estaba resuelto á llevar á cabo sus planes, la verdad es que los beneficios de Godoy hacian mella en su alma.

—¡Qué desgraciado soy! pensaba al mismo tiempo que se dirigia á hablar al eclesiástico encargado por el arzobispo de Toledo de bendecir su union.

Logró verle, y los dos fueron juntos á la Vicaría, donde con el mayor sigilo se instruyó el expediente necesario.

Despues fué á averiguar la situacion en que se hallaban los padres de Cármen, y supo que D. Torcuato se hallaba gravemente enfermo de resultas de los disgustos que habia sufrido al saber la desaparicion de su hija.

Esta noticia le llenó de pesadumbre, y comprendiendo cuánto dolor causaria á Cármen, se decidió á ocultársela.

II.

Temeroso de que pudiera descubrir su amada la pena que sentia, aplazó el verla para el dia siguiente.

Se dirigió á su casa de la calle de los Caños Viejos, llamó, y con asombro suyo vió que nadie le respondia.

Deseoso de averiguar la causa de la ausencia de Sinforoso, fué á ver á Lax.

Este le explicó el enigma.

Su criado habia salido de su casa el dia anterior, habia penetrado en la de la tia Solapa, y de allí habia salido con dos hombres y no habia vuelto á aparecer.

No faltaba quien pensaba en el barrio, y así lo habia

comunicado á Lax, que habia sido preso por la policia del Santo Oficio.

Esto tenia alarmado al amigo de Juan, y le alarmó á él.

—Va á ser preciso precipitar los sucesos, dijo á Lax.

—Resueltos como estamos á jugar el todo por el todo, cuanto más pronto demos el golpe, mejor.

III

Juan no quiso confesar á su amigo el paso que iba á dar al dia siguiente uniéndose con Cármen, y se limitaron uno y otro en su conversacion á calcular lo que convenia decir á sus amigos cuando estuvieran reunidos.

Una de las primeras cosas que tenian que hacer era distribuir los fondos con que contaban entre sus adeptos, para que aquellos á su vez los repartieran entre las masas, á fin de que secundaran el movimiento.

Lax y Picornel, no solamente tenian lo que habian recibido de los revolucionarios franceses, sino que estaban dispuestos á disponer de cuanto constituia su peculio.

No sucedió lo mismo á sus tres compañeros, y aunque no se habian atrevido á declararlo así, Lax y Picornel comprendieron por sus palabras que habian gastado el dinero.

Pero aun así, no tenian más remedio que aceptarlos, porque cada uno de ellos contaba con personas que

les seguirían, y era necesario en el momento crítico gran número de revoltosos.

IV.

Muy animados ante la esperanza del logro de sus ideas, se separaron Lax y Picornel, y este último volvió á su casa sin reparar que un hombre seguía todos sus pasos.

Este hombre era Mariano, que se había disfrazado para que no le conociera Juan; pero él, envidioso de su fortuna y conocedor de alguno de los planes que alimentaba, le perseguía, como recuerdan los lectores, no tanto para medrar, porque había visto que por entonces todas sus tentativas habían sido infructuosas, sino para tener el gozo de desprestigiar á su amigo de la infancia.

V.

Cármén y doña Emerenciana, hechos todos los preparativos que la premura del tiempo requería, al día siguiente, rebozadas en mantos, se dirigieron á la Vicaría.

Juan había estado antes á decirles lo que debían hacer, y no tardó en acudir al mismo sitio para recibir la bendición nupcial.

Necesitando un paraje donde dejar depositada á su esposa cuando él partiera á realizar sus designios, rogó al mayordomo del duque de la Alcudia, que vivía en el

piso superior del mismo palacio, que hospedase á Cármen durante algunos días, hasta que se le pudiera arreglar alguna habitacion en el mismo edificio para alojarla convenientemente.

El mayordomo representó en la ceremonia nupcial al duque de la Alcudiva, y al terminar la boda, Cármen y doña Emerenciana, seguidas de D. Severo, que así se llamaba el mayordomo, se dirigieron al palacio de Godoy.

Juan fué á la posada y abonó el gasto que habian hecho los viajeros, y al regresar al lado de Cármen fué á ver con ella al duque de la Alcudiva para darle las gracias por las bondades que le habia dispensado.

Godoy aprovechó aquella ocasion para manifestar á Picornel el afecto que le profesaba, y para decirle que haria por su felicidad cuanto le fuera posible.

VI.

Al regresar los dos esposos al aposento de Juan, Cármen cayó de rodillas á los piés de su marido.

—Juan de mi alma, le dijo, renuncia á tus proyectos. No puedes imaginarte cuán feliz soy. Creo que tú tambien lo eres. Todo nos sonrie, todo nos favorece. Ya ves, el señor duque nos ha ofrecido su proteccion. ¿Para qué dejar lo cierto por lo dudoso? Si me amas, no sacrifiques nuestro amor, nuestra ventura á la realizacion de un proyecto que puede traer dos muertes y mi eterna desgracia.

Las palabras de Cármen llegaron al fondo del corazón de Juan.

—¡Ah! exclamó este con sinceridad: de cuán buena gana oiría tus consejos. Pero la fatalidad me persigue. ¿Crees tú que en el estado en que se hallan las cosas pueda renunciar á mis proyectos? Creerian mis amigos que les habia abandonado, que me habia vendido, que habia abusado de su buena fé eligiéndoles solo para escabel de mi ambicion. ¡Ah! no. Es muy cierto que somos felices; pero esta felicidad la hemos alcanzado uno y otro cometiendo graves faltas. Solo por medio del sacrificio podemos conseguir el perdon, y ya lo sabes, antes de unirnos nos hemos revelado mutuamente nuestros secretos.

—¿Pero no habria algun medio, no te se ocurre la idea de evitar?...

—No podria evitar que esos hombres á quienes vendiese me buscasen, me insultasen, me provocasen y acabaran conmigo asesinándome cuando ménos pudiera imaginarlo.

—Cúmplase entonces la voluntad de Dios, dijo Cármen.

VII.

Y acompañada por su esposo, volvió á las habitaciones del mayordomo, siendo jovialmente recibida por é y por su esposa.

Al dia siguiente debia verificarse la numerosa reunion de todos los afiliados á la sociedad que ya conocen nuestros lectores, y todos concurrieron al sitio de la cita.

CAPÍTULO XLIX.

La última mano de una conspiracion.

I.

Juan fué el último que llegó.

Era muy tarde, porque habia pasado la mañana muy atareado en el despacho de Godoy.

Por indicacion suya, y para evitar una discusion que podia ser enojosa, convinieron los cinco republicanos en acordar las medidas que deberian tomar para realizar sus designios. Una vez de acuerdo, cada cual de los circunstantes conversaria particularmente con Picornel; este les comunicaria las resoluciones tomadas, les demostraria los motivos que le obligaban á llegar á semejante extremo; y para convencerles de la justicia de su causa les leeria, ó haria leer por sí, la carta que habia puesto en sus manos la Matallana con destino á Godoy.

Así se verificó, y mientras conversaban entre sí los demás, Lax, Picornel y sus tres compañeros, Cortés, Andrés y Garasa, despues de una animada discusion, resolvieron:

1.º Que Picornel y Lax, con todos los afiliados, aprovecharan la primera ocasion en que el rey, que debia regresar de un momento á otro de Aranjuez á Madrid, fuese á cazar al Pardo como tenia de costumbre todos los dias durante su permanencia en la córte, para apoderarse de la persona de Cárlos IV, y que al verificarlo así, procurando encerrarle en paraje donde no pudiera ser descubierto, acudiese inmediatamente Picornel á Madrid para distribuir los fondos necesarios entre los conjurados.

2.º Que Andrés se encargase de repartir dinero entre el pueblo bajo para amotinarse apenas recibiera la órden.

3.º Que Garasa, con todas las personas á quienes pudiese arrastrar, se acercase á palacio gritando que el rey habia sido preso, y que era necesario que saliesen tropas inmediatamente para librarle de sus enemigos.

4.º Que Cortés auxiliase con nuevos refuerzos á Garasa para apoderarse de la reina, y que impulsando todos al pueblo á amotinarse pretextando que algunos emisarios de Francia habian preso á los reyes, le hiciesen proclamar la república, dándole á entender que de esta manera podrian engañar á los secuestradores del monarca; este quedaria en libertad y podria castigarles.

II.

Todos estos propósitos, que seguramente parecerán descabellados á mis lectores, fueron formulados, como

acabo de indicar, por aquellos conspiradores que tan poco conocian el oficio.

Pero hay que pensar que vivian en 1793, ó lo que es lo mismo, que carecian de la experiencia que tienen todos los hombres de 1871, gracias á las innumerables sublevaciones, motines, conspiraciones, etc., que nos han regalado en lo que va de siglo.

Contaban como los actuales revolucionarios con la ignorancia y la pasion de las masas, y Picornel y Lax se prometian ofrecer á los pocos soldados que habia en la córte la verdadera direccion de los negocios públicos, al mismo tiempo que á Godoy la jefatura del Estado, y fundados en esto abrigaban esperanzas de éxito.

III.

De acuerdo los cinco jefes de la asociacion, fué Picornel llamando uno por uno á los demás, les enteró de sus propósitos, y les llenó de indignacion al leerles la carta que con referencia á la reina habia escrito su azafata.

Estas conversaciones parciales duraron mucho, y en honor de la verdad debo decir que aquellas sencillas gentes que apoyaban los deseos de Picornel se irritaron profundamente, no tanto contra la reina, en cuya debilidad no podian creer, sino contra la azafata, á quien en su fuero interno acusaban de calumniadora.

A medida que hablaban con Picornel, iban retirándose tristes y cabizbajos.

Después, para justificar su reunión allí, comieron alegremente sin hablar para nada de su asunto.

Solo á los postres dijo Picornel:

—Ya conocéis nuestros propósitos. ¿Estais dispuestos á realizarlos?

Todos callaron.

—¿No respondeis? añadió Juan sorprendido.

A su pregunta siguió una breve pausa.

Peró uno de los concurrentes, oficial de platero y hombre de unos veintiocho á treinta años,

—Mis compañeros no responden, dijo, porque en honor de la verdad comprenden lo arriesgado de la empresa, y aunque la creen justa, vacilan á dar crédito á la causa que os mueve á desear llevar á cabo una medida tan trascendental.

Sin embargo, yo que os conozco á todos, yo que conozco á vosotros, responderé por ellos. Nadie faltará á su puesto, y para evitar sospechas, para que nadie pueda apercibirse de lo que tramamos, yo veré á Vd. desde hoy todos los dias, y cuando Vd. nos avise iremos al Real Sitio del Pardo á cumplir lo pactado. Mientras tanto fomentaré el descontento en el pueblo, y todo el combustible estará preparado para que el incendio estalle en un momento oportuno. ¿No es verdad que interpreto vuestros deseos? dijo á todos.

IV.

Aunque con timidez, contestaron afirmativamente.

La reunión se disolvió, y el oficial de platero, que se

llamaba Sebastian Reyes, manifestó que creía conveniente que no entraran todos juntos en la población.

Se fué con unos cuantos, y al alejarse del lado de los otros,

—Venid conmigo, les dijo, tengo que hablaros.

Siguieron su camino hácia Madrid, torcieron por la cuesta de Areneros y se encaminaron por la calle de San Bernardino á casa de Sebastian.

Despues sabremos lo que hablaron.

Los que se habian quedado en el soto de Migas-Callientes se retiraron tambien, no sin oír antes estas palabras á Picornel:

—No sois vosotros solos los que estais comprometidos; hay otros muchos que piensan como nosotros. Si hiciérais traicion, si faltárais á vuestras promesas sufriríais el castigo, y en cuanto á nosotros, aunque quisierais delatarnos seria inútil; nadie os creeria, porque hemos tomado ya las medidas necesarias para evitar cualquier lazo que pudieran tendernos.

V.

Lax y Picornel fueron los últimos que abandonaron el paraje donde habian pasado el dia.

—No sé por qué estoy triste, dijo Lax.

—Yo tambien, dijo Juan. No he visto en esa gente todo el entusiasmo que esperaba.

—¿Nos venderán?

—No lo creo; y sin embargo, se han despertado sospechas en mi alma.

—¿Qué hacer?

—Ya lo hemos dicho; jugar el todo por el todo.

—¿Y si nos descubren?

—Si nuestro destino es morir, muramos por la idea que nos anima.

Desde aquel momento, ni Lax ni Picornel pudieron alejar la tristeza de su corazón.

CAPÍTULO L.

El gran pueblo.

I.

Lector: ¿No te ha ocurrido nunca presenciar una riña entre marido y mujer? Y si tal espectáculo te has proporcionado, ¿has tenido ocasion de ver terciar á alguno en la contienda, increpando, por ejemplo, al marido por las ofensas y los golpes inferidos á su costilla?

Si has asistido á escenas semejantes, de seguro habrás visto operarse una profunda transicion en la mujer apaleada, y saliendo á la defensa de su marido, ponerse como un energúmeno contra el que se ha atrevido á mezclarse en sus interioridades, exclamando:

—Oiga Vd.; Vd. no tiene que meterse con mi marido para nada. Soy su mujer y hace bien en pegarme.

Pues una cosa parecida ocurrió á Sebastian Reyes y á aquellos de sus amigos que fueron á su casa despues de la junta que habian celebrado con los conspiradores en el soto de Migas Calientes.

Tenian motivos poderosos aquellos honrados operarios para quejarse del egoismo de sus maestros y para buscar en la asociacion amparo contra la fuerza usurpadora de los que los vejaban.

Tenian tambien motivos poderosos para pensar que el rey no se cuidaba [tanto como era menester de los asuntos públicos, y que la reina prestaba más atencion á las exigencias de su fantasía y á los caprichos de sus pasiones que á los deberes de reina y de esposa.

Podian tener como el marido y la mujer una verdadera riña; pero desde el momento en que un extraño salia á su defensa atentando á la personalidad del monarca, inmediatamente enlazada al pueblo con lazos más estrechos y profundos que los que pueden existir entre dos consortes, desde aquel instante tenian que exclamar aquellos hombres monárquicos por conviccion, monárquicos por sentimiento, que veian en el rey un hombre providencial, en gritos de indignacion; no podian prescindir de poner término á su disgusto doméstico, por decirlo así, y encararse con los que, pensando hacerles un beneficio, aspiraban á robarles lo que más amaban en el mundo.

II.

¡Oh, aquel pueblo, en medio de sus defectos, era un gran pueblo!

Digan lo que quieran sus detractores, al lado de los vicios hijos de la ignorancia, se desarrollaban virtudes que natural y lógicamente debian alcanzarle la gloria de las páginas de la guerra de la Independencia.

Desde el momento en que escucharon á Picornel formular el proceso de los reyes; desde el momento en que

oyeron la sentencia que aquellos conspiradores formulaban contra ellos; desde el momento que se apercibieron de que con mano sacrilega proyectaban apoderarse de ellos, empujarles al abismo y establecer lo que más tarde se ha llamado soberanía nacional, experimentaron una secreta repulsion hácia aquellos hombres, á los que no supieron calificar por entonces de otra manera que llamándolos herejes, definicion que expresaba perfectamente sus ideas respecto á la monarquía, puesto que, considerándola como un efecto de la voluntad divina, todo lo que fuera atentar á ella era atentar á la voluntad suprema, y por consiguiente no podia ser católico quien semejante empresa llevase á cabo.

No encontraban aquellos hombres palabras con que expresar la indignacion que se habia apoderado de su espíritu.

Infundíanles pavor los jefes de la conspiracion, y por la misma razon de que median la inmensidad de su atrevimiento, sentíanse como sobresaltados en su presencia, y los que no hubieran huido de hombres retrocedian ante ellos como si fueran el mismo diablo.

III.

Sin embargo, á punto estaban de manifestar su disgusto, cuando Sebastian Reyes, más hábil, más astuto, más inteligente que los demás que le acompañaban, tomó la palabra, y si no tranquilizó á Picornel ni á Lax, por lo ménos pudo evitar que sus compañeros expresa-

sen su disgusto y destruyesen el plan que habia concebido.

Su plan, fácilmente lo adivinará el lector, no era otro que evitar la catástrofe que proyectaban Lax y Picornel, tendiéndoles al mismo tiempo un lazo como á fieras dañinas para que en lo sucesivo no pudieran hacer daño.

Apenas llegó Reyes á su casa con los que le acompañaban,

—A juzgar por el silencio con que habeis venido, les dijo, y por la cara apesadumbrada que teneis, no habeis salido muy contentos de la entrevista con esos hombres.

—No, exclamaron todos, hallando en aquella negacion el primer desahogo.

—Os conozco lo bastante para saber de cierto que si no hablo os oponeis abiertamente á los designios de esos malvados, y én este caso hubiéramos llegado á las manos, produciendo un espectáculo que he querido evitar.

—La verdad es, dijo uno de ellos, que si nos hemos opuesto á sus propósitos, es porque los consideramos indignos.

—Y ¿por ventura crees que no pienso de la misma manera? dijo Reyes.

—Si piensas así, has debido decir lo que sentias.

—Eso es, y que esos miserables hubieran podido ponerse en guardia y escapar para volver más tarde, ó si cuentan con bastantes elementos, que no sabemos si en

este caso se hallan, á precipitar las cosas é impedirnos salvar á los reyes. Amigos míos, oid los móviles de mi conducta, y obrad despues como mejor os agrade. Yo he descubierto que esos hombres, que nos han ido buscando poco á poco, que se han ingerido en nuestras interioridades, que han escuchado las quejas personales que cada cual de nosotros tiene de sus maestros, ó de los que mangonean en el gremio, no han pensado jamás en libertarnos del yugo de nuestros opresores, sino en realizar una ambicion bastarda eligiéndonos como meros instrumentos para llevar á cabo sus planes.

IV.

Al llegar aquí no puedo ménos de pensar que si todos en aquel tiempo y despues hubieran pensado como Sebastian Reyes, nos hubiéramos ahorrado muchas sublevaciones, motines, etc., etc.

Pero despues de este paréntesis, que es como una losa fúnebre sobre la que un viajero escribe un epitafio, prosigamos oyendo á aquel honrado español que oponia á la intriga la lealtad y la intriga tambien.

V.

—Si nosotros desoyésemos las indicaciones de esos hombres, prosiguió; si nos separásemos de ellos es posible que á estas horas nos acechara tras de una esqui-

na el puñal de algun miserable. Vale más que no sospechen de vosotros, que cuenten con vuestro apoyo. Pero ¡ay! los que antes que todo somos monárquicos; los que inspirados por la religion no podemos cometer un crimen, los que inspirados por el sentimiento monárquico no podemos poner la mano en nuestros reyes, hemos recibido esta tarde la mision de salvar la vida de los monarcas, y si quereis seguir mis consejos, yo estoy seguro de que les salvaremos.

—Sí, sí, gritaron todos.

—Cualesquiera que sean las debilidades ó los defectos de que adolezcan SS. MM., son padres del pueblo, y ningun hijo puede ni debe examinar la conducta de los que le han dado el sér, de los que velan por su ventura. Si nos tienen abandonados y ven que nosotros pensamos en ellos y sacrificamos nuestra vida por su salvacion, este ejemplo les inspirará nuevo amor hácia nosotros, y creedme, los pueblos solo viven y son felices con el amor de los reyes, como los hijos solo lo son con el amor de sus padres.

VI.

Estas palabras, pronunciadas con elocuente sencillez, pero que revelaban gran generosidad, conmovieron á los oyentes de Sebastian.

—No hay uno de nosotros, continuó, que no esté dispuesto á derramar hasta la última gota de sangre por el rey y la reina; pero esto no basta. ¡Quién sabe si esos

miserables, aprovechando la ocasion de que las tropas españolas están en la frontera defendiendo la independencia de la patria y castigando á los inícuos ejércitos del rey de los franceses, han podido alcanzar el apoyo de toda la hez de la sociedad! ¡Quién sabe si cuentan con esas miserables gentes que tienen siempre su brazo al servicio de cualquier rencor, y no bastamos para destruir sus planes! Yo he pensado que debemos luchar con ellos hasta el último instante; que debemos seguirles, oír sus confidencias, aceptar un papel en el golpe de mano que proyectan, convencernos de los elementos en que se apoyan para llevar á cabo sus planes, y en el momento dado colocar nuestros pechos como invencibles murallas ante el rey y la reina.

VII.

Sus palabras fueron acogidas con las mayores muestras de entusiasmo.

Todos convinieron en que aquel era el mejor medio de destruir las infames maquinaciones de los enemigos de la monarquía, y aunque á su carácter repugnaba tener que desempeñar un papel tan deshonroso, aceptaron el consejo de Sebastian, y este quedó en ir aquella misma noche á ver á Picornel para manifestarle que habia hablado con ellos particularmente; que habia vencido algunos escrúpulos que les habian asaltado, y que todos estaban dispuestos á secundar el proyecto de los jefes de la conspiracion.

Así lo hizo en efecto.

Sus palabras tranquilizaron un momento á Picornel, y algo más animado, resolvió aprovechar la primera ocasion para dar el golpe.

Lo primero que hizo fué pedir á Godoy permiso para llevar á su esposa á Guadalajara, donde tenia unas tias que le querian mucho, con el objeto de que por su mediacion pudiera verificarse la deseada reconciliacion con su familia.

Godoy le dió licencia para emprender aquel viaje, y en efecto, en aquel mismo dia salieron para Guadalajara Carmen y doña Emerenciana.

VIII.

Picornel se despidió de su esposa pronunciando estas palabras:

—¡Quién sabe si nos volveremos á ver!

Cármén, con la resignacion que da el dolor, solo respondió:

—¡Cúmplase su voluntad divina!

Picornel corrió á refugiarse á casa de Lax, y de allí no salió para que no se descubriera que se habia quedado en Madrid en vez de ir á Guadalajara.

Al dia siguiente todo Madrid acudió á recibir á los reyes, que volvian de Aranjuez.

IX.

Cada vez que se verificaba este suceso acudia el pueblo lleno de júbilo y de amor, se apresuraba á formar dos filas, mucho más seguras para los monarcas que las que suelen formar en estos tiempos las milicias y ejércitos.

¡Qué aplausos, qué vítores, qué entusiasmo en aquellos momentos en que los reyes regresaban!

¡Con qué interés examinaban todos los cambios que se habian operado en la fisonomía de los individuos de la familia real!

—El rey está desmejorado, decian unos.

—No es extraño; habrá hecho poco ejercicio.

—Cuando está en Madrid, está mejor.

—Como que va de caza todos los dias.

—El clima de Aranjuez es malo.

—Pues á la reina le sienta bien.

—¡Qué guapa está!

—Sin embargo, está muy pálida; no debe haber dormido esta noche.

—Nada tiene de extraño; el cansancio del viaje.

Y los comentarios seguian refiriéndose á los hijos de los augustos reyes, y al retirarse el concurso todas las conversaciones demostraban los sentimientos monárquicos de todas las clases de la sociedad.

El que habia recibido un saludo directo del rey ó de la reina; el que habia visto sonreir á Carlos IV; el que

habia oido el timbre de la voz de María Luisa; el que habia notado si habia crecido ó habia engordado alguno de los augustos príncipes, se consideraba dichoso y no pedia más á Dios.

¡Hermosa época aquella! ¡Hermoso pueblo! ¡Hermosos sentimientos los que llenaban su alma!

¿Volveremos nosotros los hijos del siglo XIX á presenciar este espectáculo sublime?

¡Quién sabe! Puede ser que sí.

CAPITULO LI.

Un golpe en vago.

Empezaba el mes de Junio, y á pesar de lo adelantado de la estacion, adelanto que hacia vivir á treinta grados sobre cero á los habitantes de la villa y córte, habia producido tal efecto en Madrid la presencia del célebre marino Malaspina, que las familias de la grandeza se disputaban el honor de recibirle en sus palacios y de obsequiarle con magníficos festines.

Los escritores maliciosos de aquel tiempo dan á entender que, enorgullecido con aquel triunfo el hijo del mar, aspiraba nada ménos que á la fortuna de interesar á la reina, y se decia *sotto voce* que habia puesto en juego algunos medios para conseguir la realizacion de sus deseos.

Aunque Juan Picornel no habia presentado á Godoy la carta que le habia entregado la Matallana, porque la necesitaba para llevar á cabo sus planes de enseñársela á los conjurados, apenas la utilizó, en este concepto, la llevó á manos de su jefe.

Conveníale aparecer informado de todo lo que pasaba

en palacio para justificar su determinacion si triunfaba y se presentaba á él despues del triunfo.

El duque de la Alcu^{dia} tuvo muy buen cuidado de ocultar á su secretario el efecto que aquella carta produjo en su ánimo, y debemos decir que no fué muy grande, puesto que seguia las intrigas de la córte, y estaba convencido de que Malaspina habia trabajado en balde hasta entonces.

Pero la Matallana tuvo ocasion de conferenciar con la reina, y aprovechando uno de esos momentos de expansion que suelen tener los soberanos con las personas de su confianza, le dió á entender que tenia motivos para pensar que Godoy estaba casado en secreto con la Tudó, y que, de no ser así, por lo ménos sostenia relaciones amorosas con ella.

II.

Las crónicas no cuentan lo que pasó. Lo único que dicen es que al dia siguiente manifestó el rey deseos de dar un baile en honor del marino.

La reina calificó de oportunísima aquella resolucion; corrieron las órdenes, y cuatro dias despues se celebraba en los salones de palacio un espléndido baile, al que acudió cuanto de más distinguido encerraba la córte.

María Luisa estuvo muy obsequiosa con Malaspina.

Delante de su esposo, de Godoy y de algunos otros personajes, elogió el valor y la persona del marino, y le

rogó que refiriese alguna de las aventuras que habia corrido en sus viajes.

Inútil seria ahora describir todos los pormenores de aquel baile.

No nos faltará ocasion de dar una reseña detallada de esta solemnidad, pero cuando la situacion de los personajes la haga más interesante.

Baste por ahora al lector saber que Godoy, pretextando graves ocupaciones, se retiró muy temprano del baile, corrió á su casa, se encerró en su despacho y á solas, porque, como recordará el lector, Juan Picornel le habia pedido licencia para acompañar á su esposa á Guadalajara, hacia ya tres ó cuatro dias que permanecia encerrado en casa de Lax, buscó los medios de dejar á Malaspina en Madrid lo más pronto posible.

Trató de conseguir su deseo, pero antes de que lo consiguiera ocurrieron sucesos que reclaman toda nuestra atencion.

El duque de la Alcudia se habia retirado de palacio bastante disgustado.

III.

Al dia siguiente, cuando fué á palacio á despachar con S. M., no entró, segun costumbre, en la cámara de los reyes.

—¿No vas á ver á María Luisa? le preguntó el monarca.

—Dígnese V. M. disculparme, porque los asuntos de

la guerra me tienen tan atareado, que en estos momentos, sobre todo, no puedo distraer un instante mi atención de ellos.

—Con un servidor tan leal como tú puedo yo descansar, dijo el rey, y por lo mismo no puedo menos de alabar tu celo.

—Cumpló con mi deber, señor.

—Yo sabré recompensarte.

—Hartas mercedes me ha dispensado V. M.; pero una sola me basta: el afecto de mi rey y señor.

—Sí; le tienes y para siempre.

—Dios quiera que así sea. ¿Va V. M. de caza esta tarde?

—Sí; tengo buenas noticias del Pardo, y hace ya muchos días que no me consagro á mi distracción favorita. Si tus tareas te lo permiten, vé al Real Sitio, que me complacerás en extremo viéndote allí. María Luisa vendrá también.

—¿Para qué he de hacer concebir esperanzas á V. M.? De seguro no iré.

—Pero no faltes á la noche: una de las primeras piezas será para tí.

IV.

Godoy dió gracias al monarca por sus bondades y bajó á su despacho.

Poco despues salieron del patio de palacio con el acompañamiento acostumbrado tres carruajes.

En el primero iban el rey, la reina, doña Isabel de Matallana y el conde de San Juan, montero mayor de S. M.

En el segundo cuatro grandes de la servidumbre del rey que solian acompañarle en sus cacerías.

El tercero era de respeto.

La régia comitiva se dirigió al Real Sitio del Pardo, y en el patio del palacio aguardaban los monteros, los ojeadores y los encargados de las trahillas.

El rostro del rey manifestaba la alegría de su alma al verse en su elemento, porque la caza habia llegado á ser en S. M. una verdadera pasion.

V.

Habia sido invitado aquella tarde á pasar al Real Sitio del Pardo el célebre marino Malaspina, y ya se hallaba en palacio cuando llegó la régia comitiva.

El rey, acompañado de su montero mayor y de los ojeadores, dejó á su esposa y á la camarista con las personas de la servidumbre y partió lleno de júbilo á cazar.

No haria media hora que se habia separado de la reina, cuando uno de los guardias se presentó, y despues de pedir la vénia á la reina le anunció la llegada de varios artesanos de Madrid, á cuyo frente iba uno con quien habia hablado manifestando la necesidad que tenia de ver á S. M. el rey para librarle de un gran peligro.

Esta noticia, sobre todo en aquellos tiempos, alarmó á la reina y á cuantos la rodeaban.

S. M. comisionó á Malaspina para que oyese á aquellos hombres.

VI.

Sebastian Reyes, que era el que capitaneaba el grupo de artesanos, manifestó que todo estaba preparado para una sublevacion, y que la señal de ella en Madrid habia de ser la prision de los reyes.

Explicó los motivos que tenia para dar aquellas noticias, y aseguró que él y los que le acompañaban estaban resueltos á defender á S. M. sin que hubiera necesidad de nadie más, puesto que ellos, para evitar el golpe, habian fingido estar horrorizados á los verdaderos criminales.

Apenas oyó la reina estas noticias, que le comunicó el marino, mandó que se presentaran á su vista Sebastian Reyes y los suyos.

Confirmaron la noticia, y aconsejada la reina, dió las órdenes oportunas para que buscasen al rey y le hicieran volver á palacio.

Casi al mismo tiempo que ocurría esto en el Pardo, recibia un aviso Godoy de lo que se intentaba, y tomando á escape las más urgentes disposiciones, acudia al Real Sitio al frente de una seccion de guardias para defender las personas de los reyes.

Todo fué confusion.

VII.

El rey no tardó en enterarse de lo que pasaba, y volvió á palacio en tanto que los guardias del Real Sitio por un lado y los soldados por otro registraban hasta los más ocultos rincones de los montes del Pardo para descubrir á los malhechores.

La tarea fué inútil.

Resueltos á jugar el todo por el todo, habian acudido los cinco verdaderos autores de la conspiracion.

Sospechando que habian sido engañados, en medio de la fiebre á que les condenaba la situacion en que vivian, resolvieron llevar á cabo un crimen espantoso para poder reanimar á los cobardes cuando hubieran acabado con los únicos obstáculos que en su concepto les arredaban.

Pero no tardaron en comprender, al hallarse emboscados en el Real Sitio, que sus cómplices, no solo no les seguirian, sino que les habian delatado, y al notar el movimiento de fuerzas que salian á explorar los bosques, corrieron á Madrid, y atemorizados y disponiéndose á partir de España, resolvieron por de pronto ocultarse en casa de Lax, en la sala de las conferencias, y aguardar allí una ocasion propicia para poner á salvo su vida, ya que tenian que renunciar á sus designios.

—¿Ves cómo todo ha sido una exageracion de parte de esos pobres hombres, que han visto visiones sin duda alguna?

—De todas maneras, señor, se atrevió á decir Malaspina, yo prenderia á los que han venido á alarmar á V. M. y no los soltaria hasta que descubriese á los verdaderos culpables, si los háy.

—S. M., dijo Godoy que estaba presente, tiene leales consejeros, y aun sin ellos sabe tomar las determinaciones que convienen al brillo de su patria y al decoro de su persona.

VIII.

El favorito, como ve el lector, aprovechó la ocasion de humillar ante los reyes al que envidiaba en aquellos momentos, por el prestigio que en tan breves dias habia alcanzado.

—Yo por mi parte, dijo S. M., perdono á esos infelices, de cuyo celo y lealtad estoy seguro. Si no hubiera habido algo no hubieran venido desde Madrid á dar la voz de alarma. Pero aunque yo presuma que no hay un solo español que no me estime, que no reconozca el amor que profeso á mis vasallos, pueden haber oido hablar á algun loco y obedecer al mismo amor que me profesan la determinacion que han tomado viniendo aquí.

—De todos modos, señor, dijo Godoy, he dispuesto que el que ha venido dirigiendo á esos hombres me espere para hablar con él. Cumpliendo mi deber, me enteraré de los motivos que ha tenido para venir aquí

á turbar el recreo de V. M., y si hay culpables, esta noche quedarán en poder de la justicia.

IX.

La Matallana habia hablado algunas palabras con Malaspina.

Por indicacion de Maria Luisa tornó la régia comitiva á Madrid.

—¿Sabe V. M. lo que pienso? se atrevió á decir la Matallana á la reina.

—¿Qué piensas, Isabel?

—Que el señor duque de la Alcudia ha querido venir esta tarde al Real Sitio del Pardo y ha buscado un pretexto para realizar su deseo.

—Eres muy maliciosa.

—Confio tanto en la bondad de V. M...

—Pues yo te impongo silencio.

—Óbedezco, dijo Isabel; pero ya habia logrado sus designios.

—Y ¡cosa extraña! á pesar de todo lo que habia sucedido, doña María Luisa estaba muy contenta.

X.

Godoy quedó en el Pardo y conferenció con Sebastian Reyes.

Este le contó detalladamente todo lo que habia sucedido; pero no pudo decirle los nombres de los verdade-

ros conspiradores porque estaba seguro de ignorarlos, toda vez que decia, y era así la verdad, que los nombres con que se habian presentado á ellos eran supuestos.

—Pero yo tengo medios, añadió, de entregar á los cinco promovedores de la conspiracion á la justicia si V. E. me faculta para ello y dispone que un alcalde con los alguaciles necesarios haga lo que yo le indique.

—Vengáse Vd. conmigo á Madrid, le dijo el duque de la Alcudia, y apenas llegemos haré lo que usted desea.

XI.

Sebastian salió un momento con la vènia de Godoy para explicar á sus amigos la determinacion que habia tomado, y despidiéndose de ellos subió al carruaje con el duque de la Alcudia.

Dos horas despues se apeaban Godoy y Sebastian delante del palacio de la plaza de los Ministerios.

—Suba Vd. conmigo, dijo Godoy.

Al llegar á la antecámara de su despacho salió á su encuentro Juan Picornel.

Apenas le vió,

—Celebro hallar á Vd., le dijo con el mayor afecto. Venga Vd., venga Vd., que le necesito.

Sebastian reconoció á Juan.

—Señor, dijo de pronto dirigiéndose al duque de la

Alcudia, V. E. acaba de saludar al jefe de los conspiradores.

Juan reconoció á Reyes y se estremeció.

—¿Qué dice Vd.?

—Que ese hombre es el autor del plan que he descubierto á V. E.

—Vd. se engaña.

—Lo juro por mi vida.

—¿Qué responde Vd. á eso, Picornel? exclamó Godoy visiblemente alterado.

—Que ese hombre ha dicho la verdad; que he sido un miserable y sufro el castigo que merezco. Soy indigno del aprecio de Vd.; pero desde ahora me constituí en prisionero, y confesando desde luego mi crimen, solo espero al verdugo para que cumpla su terrible mision.

—Vaya Vd. arrestado á su habitacion, dijo Godoy experimentando un inmenso pesar al descubrir la infamia de su secretario.

XII.

Inmediatamente mandó llamar al corregidor de Madrid, le enteró de lo que habia ocurrido y le dió orden para que sacasen de su casa á Juan Picornel y le llevasen á la cárcel de córte.

Al mismo tiempo manifestó al corregidor que Sebastian creia contar con los medios necesarios para descubrir á los demás culpables.

En efecto, [con] un alcalde y una ronda de alguaciles llegó Sebastian Reyes á casa de Lax y pudo apoderarse de los conspiradores.

Aquella noche se hallaban los cinco incomunicados en la cárcel, y la justicia trabajaba activamente en la formacion de la causa que se debia seguir á unos hombres que atentaban nada ménos que á la persona augusta de los reyes y á la tranquilidad del país en los momentos en que España se hallaba en guerra con la república francesa.

XIII.

Uno de los primeros acuerdos que por indicacion de Godoy y mandato del rey se llevó á cabo, fué el de ocultar á toda la poblacion el conato de rebeldía de aquellos miserables, tanto para evitar la explosion de ira que contra ellos se despertaria en el pueblo, como para evitar que pudieran los españoles acostumbrarse á la idea de que habia habido entre ellos hombres capaces de pensar siquiera en la destruccion de la monarquía.

CAPITULO LII.

Consecuencias..

I.

A pesar del celo que desplegó el gobierno para evitar que llegara á conocimiento del público la noticia del atentado, ó por lo ménos del conato de rebeldía de que habia sido objeto la augusta persona del rey, no dejó de traslucirse algo, sobre todo en los círculos de la curia, y era de admirar el asombro con que todos escuchaban la narracion de aquel suceso.

Habia unanimidad entre los oyentes de atribuir al mismo diablo una participacion muy directa en el inicuo plan, y no habia quien no se santiguase muchas veces y prorumpiese en pavorosas exclamaciones al pensar que sin la fidelidad de Sebastian Reyes y de los demás cómplices de los criminales nada hubiera sido más fácil que ver á la católica, pacífica y monárquica España convertida en un infierno tal y como se le representaban en Francia con sus revoluciones, su guillotina siempre levantada y su espantoso regicidio.

Inmediatamente se formó causa, y la Sala de alcaldes celebró sesiones extraordinarias para profundizar los misterios de la conspiracion, apoderarse de todos los hilos y poner remedio á tantas iniquidades dando un

ejemplar castigo á los habian querido encender en España la hoguera que, en su opinion, devastaba las instituciones más venerandas de la Francia.

II.

De todos los reos, el que más sufría era Juan Picornel.

Lax estaba tranquilo.

Desde el principio habia comprendido cuál sería el resultado del proceso, y aguardaba tranquilo la muerte, buscando en la misericordia del Todopoderoso un consuelo á su afliccion y un estímulo para sobrellevar la desgracia que pesaba sobre él.

Cortés, Andrés y Garasa habian resuelto negar á todo trance su participacion en el complot.

Prevenidos ya de antemano á todo evento, estuvieron contestes en sus declaraciones.

Garasa, que fué el primero que sufrió el interrogatorio, declaró que, en efecto, Lax y Picornel le habian buscado y le habian participado su plan; que en vez de negarse á escucharles creyó oportuno enterarse de sus proyectos para poder estorbarlos cuando llegase la hora oportuna de realizarlos.

Dijo además que no habia ido al Real Sitio del Pardo; que faltando á la cita habia pensado que todo se acabaría; que sabia el pensamiento de los conspiradores, y que al saber que el plan se habia frustrado, para no ser víctima de Lax y Picornel, que habian jurado

asesinarle si los delataba, habia acudido al sitio, donde se habia apoderado de él la justicia, para no infundir sospechas á los verdaderos criminales.

III.

Andrés y Cortés declararon lo mismo en iguales ó parecidos términos.

Sin embargo, todas las investigaciones que habia hecho la justicia, unidas á las indicaciones de Sebastian Reyes y de sus amigos, dieron al tribunal la conviccion de que aquellos tres eran tan culpables como Lax y Picornel.

Estos dos fueron más verídicos en sus declaraciones.

En el primer interrogatorio quedaron convictos y confesos.

Picornel, dominado por la desesperacion, reveló en sus palabras que era un iluso; más aun, un fanático.

Con arreglo á lo que se habia acordado, se elevó á S. M. por medio de Godoy el resultado de la sustanciacion del proceso y la sentencia de la Sala, por la que se condenaba á los cinco reos á expiar sus culpas en el patíbulo.

La sentencia fué leida á todos ellos, y en honor de la verdad debemos decir que produjo en su alma una horrible sensacion.

IV.

Juan Picornel pidió recado de escribir, y con pulso tembloroso redactó dos cartas.

La primera era para Cármen.

La segunda para Godoy.

«Te ofrecí, esposa mía, decía á Cármen, el martirio ó la gloria. He debido ser muy culpable cuando tan pronto he alcanzado la horrible pena que me condena á un eterno martirio.

»No debe sorprenderte esta noticia.

»Antes de unirnos ya sabia la suerte que podia esperar.

»Acaban de leerme la sentencia, y la justicia me condena á morir en garrote vil.

»Estoy tranquilo porque el arrepentimiento inunda mi alma. La fatalidad me ha conducido al abismo.

»Yo hubiera podido ser muy feliz con tu amor y con el afecto de mi protector; todo lo he sacrificado á una voluntad superior á la mia: la ambicion que me ha dominado desde que he podido darme cuenta de mis actos.

»Si tienes valor ven á verme. Despidámonos en la tierra para darnos cita en otro mundo más puro y mejor que este.

»Dios, que ve la sinceridad de mi arrepentimiento, se apiadará de mí. Si no te crees con fuerzas suficientes para soportar nuestra eterna despedida, recíbela im-

pregnada en mis lágrimas en esta carta, y tú, que eres buena, pide á Dios que se apiade de mí.»

V.

La carta que dirigió á Godoy estaba concebida en estos términos:

«Si puede hallar en su noble corazón misericordia la más negra ingratitud que se ha cometido en el mundo; si un acerbo dolor logra inspirarle de nuevo alguna generosidad, concédame V. E. el consuelo de que antes de que expie en el patíbulo mi enorme delito, pueda hacer á V. E. algunas revelaciones que le muevan á otorgarme su perdón.»

Estas dos cartas fueron entregadas por Picornel al alcaide de la cárcel.

Godoy la recibió una hora después.

VI.

Cármén, que vivía en el mayor desasosiego porque no tenía noticia de su esposo, se hallaba decidida á regresar á Madrid á averiguar lo que pasaba, cuando llegó á sus manos la carta de Picornel.

Los momentos eran supremos.

Repuesta por ese esfuerzo sobrehumano que en las grandes aflicciones hace de las mujeres heroínas, llamó á doña Emerenciana.

—Es necesario que nos pongamos inmediatamente en camino para Madrid, le dijo.

—¿Pues qué pasa, señorita?

—Una gran desventura.

—No me explico... Hable Vd.

—Acabo de recibir una carta.

—¿De D. Juan?

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Que está preso en la cárcel.

—¿Virgen de la Almudena!

—Y condenado á muerte.

—¡Válgame Dios y todos los santos del cielo! ¿Pues qué delito ha cometido el Sr. D. Juan?

—Es inútil que se lo explique á Vd. Tenemos que salir inmediatamente para la córte.

—El caso es que no sé si contaremos con bastantes recursos.

—Iremos á pié si es preciso.

—No: ya hay para ir en coche. ¡Válgame Dios y qué cosas pasan! ¿Pero está Vd. segura?

—No hablemos más. Salga Vd. inmediatamente para ver si hay algun carruaje de retorno ó si encuentra algun medio de ponernos en camino inmediatamente para llegar á Madrid. Es necesario arrostrar la indignacion de mis padres. Me presentaré á ellos, imploraré su auxilio, y al fin son padres, no me lo negarán.

—El diablo ha metido la pata en todo esto. Bien sabe Dios que estoy arrepentida de haberle ayudado á Vd.

—No volvamos los ojos atrás. Es necesario impedir que se cumpla la sentencia que va á dejarme viuda.

—Lo que me extraña es que siendo secretario del señor duque de la Alcudia no haya podido impedir ese atropello, porque atropello debe ser. Un hombre tan honrado, tan bueno...

—Déjese Vd. de consideraciones que á nada conducen, y partamos lo más pronto posible. Sobre todo, que no se entere nadie en la poblacion de la causa de nuestra repentina marcha.

—No tenga Vd. cuidado alguno; nadie lo sabrá, dijo la vieja.

Y poniéndose el manto salió á buscar un carruaje.

VII.

Más de dos horas tardó en volver á donde le aguardaba impaciente la pobre jóven.

En todo aquel tiempo no habia hecho más que llorar y buscar algun medio que librase á su esposo del suplicio que le esperaba.

En cambio doña Emerenciana, no pudiendo contenerse, habia ido refiriendo á todas las personas que habia encontrado al paso el motivo que ocasionaba su viaje á Madrid, y despues de perder mucho tiempo en las conversaciones pudo conseguir dos mulas, en las que sobre cómodas jamugas pudieron emprender el viaje.

VIII.

Durante el camino, recordando Cármen las palabras benévolas que le habia dedicado el duque de la Alcudia cuando la habia felicitado por su boda, resolvió antes de dar ningun paso pedir una audiencia á Godoy.

No queriendo pasar por Madrid, se dirigió por la Ronda, apeándose en una posada de la calle de Leganitos.

Inmediatamente se dirigió al palacio de la plaza de los Ministerios, preguntó por el mayordomo del duque, subió á su habitacion, habló con él y con su esposa, que, como recordarán los lectores, la habian tenido en su casa uno ó dos dias, les expuso la aflictiva situacion en que se hallaba, tuvo noticia por ellos de lo que habia ocurrido, y se decidió más y más á hablar al duque de la Alcudia.

El mayordomo fué el encargado de anunciar á su excelencia la llegada de Cármen y el deseo que tenia de verle.

Antes de asistir á su entrevista, veamos lo que habia pasado á Picornel y la actitud en que se hallaba Godoy respecto de su secretario.

CAPITULO LIII.

La conciencia.

Varias eran las razones que impulsaban á Godoy á mostrarse benigno con Juan Picornel.

La primera y principal de todas no la sabia el acusado; pero debo manifestarla á los lectores.

Al acudir Godoy al Real Sitio del Pardo, y al sorprender á Malaspina cerca de la reina, tuvo un motivo fundado para darle quejas, cuyo fin desaparecieron todas las nubes que empañaban las amistosas relaciones que existian entre la soberana y el ministro.

Como la fortuna de Godoy estribaba en el buen estado de éstas relaciones, pudo obtener que se confiara al marino una mision importante, sin otro objeto que el de librarse de su presencia, y pensando que la imprudente ambicion de su secretario le habia proporcionado aquella reconciliacion, y recordando al mismo tiempo las excelentes cualidades de aquel hombre, sintió un vivo deseo de hacer algo en su obsequio, á pesar de lo

inflexible que era entonces la ley, para poder detener el castigo á que se habia hecho acreedor.

Al mismo tiempo que Godoy se hallaba animado de estas disposiciones tan favorables á Picornel, la Matallana, sorprendida al saber que su confidente habia proyectado nada ménos que destruir la monarquía en España, temerosa de que pudieran descubrir los lazos que á ella le habian unido, de que se pudieran descubrir las intenciones que le habian animado á admitir en su cuarto al secretario del duque de la Alcudia, trabajaba sigilosamente para que se sustanciase en breve la causa de los reos, y en presencia de los reyes ponderaba la enormidad del delito, diciendo que era de todo punto necesario hacer un ejemplar escarmiento con aquellos miserables para que en lo sucesivo no hubiera nadie que se atreviera á abrigar ideas semejantes á las suyas.

II.

No tardó en descubrir Godoy este celo de parte de la camarista, y unida á sus ideas peculiares la de contrarrestar las pretensiones de la Matallana, resolvió poner en juego cuantos medios tenia para hacer algo más que llevar con sus palabras de perdon un consuelo al alma de Picornel.

Por de pronto, acudió al llamamiento de este.

La entrevista se celebró en una de las habitaciones del alcaide de la cárcel.

Godoy dispuso que llevaran el reo á su presencia y mandó que los dejaran solos.

Picornel permaneció silencioso algunos momentos.

III.

Godoy le contemplaba con una mezcla de piedad y de resentimiento.

Al cabo de algunos minutos,

—¡Qué mala consejera es la ambicion! exclamó.

—Ella conduce al hombre al abismo, dijo Picornel, y cuando el ambicioso cae, nadie puede levantarle. Lo único que puede hacer la caridad es cerrar sus ojos é implorar para él la misericordia divina.

—Sin embargo, dijo Godoy, yo me propongo que la caridad y el aprecio consigan algo más de lo que Vd. espera. Pero es preciso que sea Vd. franco conmigo. ¿Cómo se ha atrevido Vd. á llevar á cabo un plan tan descabellado despues de lo que hablamos cuando me comunicó Vd. sus deseos?

—La fatalidad me ha impulsado á cometer un crimen.

—No la fatalidad; yo le conozco á Vd., y creo que el verdadero culpable es su amor propio.

—Y bien, no diré que no; no me avergüenzo en descubrir á Vd. mi corazon. Nacido en pobre cuna, desde los primeros años he querido ser algo más que un hombre oscuro. La fatalidad me impulsó á viajar, me llevó al foco de la revolucion, me proporcionó la hala-

gadora amistad de los hombres que más figuran hoy en el mundo, y auxiliado por ellos y dominado por la esperanza de elevarme á su altura, quise suplantar en esta tierra hidalga y leal las semillas de la libertad y del progreso. Lo que quizás no hubiera hecho para proporcionarme una posicion desahogada, lo hice con el objeto de colocarme en situacion de realizar mis designios. Y sin embargo, la Providencia antes de castigarme me ha mostrado el peligro, me ha enseñado el camino del bien.

Yo conseguí la proteccion de una dama, cuya influencia en palacio es omnímoda. Por ella pude llegar al lado de V. E. y obtener su proteccion.

La fortuna me sonreía.

Era el secretario particular, el confidente, el amigo del primer hombre de Estado de España.

Todo me sonreía. Hasta el amor, que jamás había penetrado en mi alma, me despertaba de mi sueño y me ofrecía los más risueños horizontes. ¡Ah! yo hubiera sido el mortal más dichoso del mundo con el amor de mi esposa y la proteccion de V. E. Cuando pensaba en conservar estos dos elementos de ventura, me asaltaban y me mortificaban los recuerdos de mi pasado. Exigíanme que cumpliese mis promesas los hombres á quienes había ligado á mi suerte. Tenía que ser traidor y desleal con la señora que me había proporcionado la posicion en que me hallaba, y luchando entre el bien y el mal, no tenía más remedio que arriesgar mi vida en un albur. No podía disfrutar los favores de vue-

encia, la dicha de mi amor, si para ello tenia que aparecer como un ingrato ante la Matallana, como un traidor ante mis cómplices. En medio de mi alegría me habrian asaltado de continuo la vergüenza y el remordimiento.

Hubiera turbado á cada instante la tranquilidad de mi vida el temor de verme sorprendido en una emboscada y perecer á manos del puñal de uno de mis cómplices. He sido culpable, y merezco el castigo. No espere V. E. que yo le pida gracia para mí. Pero cumplo á mi deber exponer al ex-protector, al amigo, las causas de mi criminalidad, y al despedirme de él para siempre, al acercarse para mí la hora del suplicio, mi único pensamiento, despues de obtener su perdon, era pedirle que amparase á la pobre y desdichada viuda, cuyo único delito es haber arrostrado, por un piadoso amor, el sacrificio más grande del mundo: el de enlazarse á un hombre que, si podia por una eventualidad hacerla dichosa, en cambio solo la deja la vergüenza y la desesperacion.

IV.

Godoy, digan lo que quieran los que al trazar su bosquejo le han juzgado con el criterio político, era un hombre de corazon.

Las palabras, y sobre todo el acento de Juan Picornel, debian conmoverle, y le conmovieron.

Estrechando su mano:

—Su mayor culpa de Vd., le dijo, ha sido no corresponder como debía á mi afecto. De otro modo, me hubiera Vd. confesado la situacion en que se hallaba, y yo hubiera sido el primero en buscar la tranquilidad para su espíritu. Podia Vd. temer la venganza de sus cómplices; pero si al elevarse Vd. les brindaba los medios de satisfacer su ambicion, en vez de perseguirles hubiera justificado su conducta, y á la menor indicacion de Vd. yo hubiera sido el que le hubiera proporcionado los medios de favorecerles.

—Veo que esas palabras, dijo Juan, son motivos mayores de arrepentimiento para mí, y en nombre del afecto que le inspira el peso de mi desventura, insisto de nuevo en pedirle que cuando yo baje al sepulcro ampare Vd. á mi esposa.

—Puede Vd. estar tranquilo, nada le faltará; y si yo puedo, hasta evitaré que lleve su esposa de Vd. las tocas de la viuda.

—¡Ah! dijo Picornel suspirando, comprendo y agradezco los buenos deseos de V. E., pero es inútil. Yo conozco la intensidad de mi crimen. El rey con toda su clemencia no puede ni debe perdonarme. La debilidad de Luis XVI me ha llevado al suplicio. Entre un rey y un regicida no puede haber clemencia, no debe haberla. Yo muero satisfecho.

V.

Godoy se separó de Juan Picornel dolorosamente impresionado.

Aquel hombre valia mucho, y era una lástima que sucumbiera en el patíbulo una inteligencia que encaminada al bien podia ser útil y fecunda para la sociedad.

Desde aquel momento puso Godoy en juego todos los recursos de que disponia para evitar que se llevase á cabo la sentencia de los tribunales.

Tenia que luchar con muchos elementos contrarios, y todos poderosos.

En primer lugar, la justicia se mostraba inexorable.

El rey era en la tierra representante de la divinidad.

Atreverse á tocarle era cometer una profanacion, y en aquellos tiempos una profanacion era el delito más grave que podia cometerse.

Por otra parte, aunque se habia procurado hacer la sumaria con el mayor sigilo, no habia podido ménos de traslucirse algo, y la opinion pública se mostraba indignada con los conspiradores.

Habia necesidad de hacer un ejemplar castigo.

Solo Godoy estaba enfrente de aquella opinion y de aquella ley, y buscaba los medios de arrebatarse al verdugo aquellas víctimas.

CAPITULO LIV.

La novela de la caridad.

I.

No necesitaba Godoy hablar mucho á Carlos IV en favor de sus deseos.

Aquel rey, tan débil ó más aun que Luis XVI, era la bondad misma.

Incapaz de hacer mal, solo atribuía las culpas de los hombres á extravíos que consideraba como enfermedades dignas de compasion.

Las primeras palabras que para implorar su clemencia en favor de los reos pronunció Godoy hallaron eco en su corazon.

—Yo les perdono, dijo, y por mi parte no quiero que se levante un cadalso para ellos. Pero el tribunal de justicia los ha sentenciado, y en tales razones apoya su determinacion, que si escuchando los sentimientos generosos de mi alma revocase esa sentencia, destruiria en un momento ante la opinion pública y ante las potencias extranjeras todo lo que á costa de inmensos sa-

crificios están haciendo nuestros ejércitos para librar á España de las tempestades de la revolucion.

Aquel argumento era muy poderoso.

A todas horas y en todas partes salia al encuentro de Godoy; y hasta la misma reina doña María Luisa, que oia hablar continuamente del asunto á todas sus camaristas, y especialmente á la Matallana, mostrábase propicia á proteger á Cármen, pero inflexible con Juan Picornel.

—No es posible perdonar á uno sin perdonar á todos, decia; si queda impune ese crimen podrá repetirse, y si perdonamos al principal instigador y sufren el castigo sus cómplices rebajaremos la justicia á los ojos del mundo.

Ante estos argumentos tenia que callar la piedad.

II.

La maledicencia, siempre dispuesta á ensañarse con los que gozan los favores de la fortuna, empezó á formular una calumnia que Godoy necesitaba cortar de raiz inmediatamente.

Llegábase á decir que si influia tanto en favor de los reos, era porque temia que al perder toda esperanza de salvacion declarasen la verdad acerca del estímulo que les habia impulsado á atentar á la vida del rey; y añadian muy callandito que no habian sido más que instrumentos suyos, porque queria á toda costa librarse de la presencia del monarca para ser él el verdadero so-

berano, á la sombra de una regencia de María Luisa, mientras durase la menor edad del príncipe de Asturias.

Como en esta calumnia se envolvía también á la reina, y la Matallana tuvo muy buen cuidado de hacerla llegar á oídos de María Luisa, se pusieron las cosas de tal modo, que Godoy, á pesar de su fuerza de voluntad y de su privilegiado talento, sintió el más profundo desaliento.

Bajo esta influencia se hallaba cuando Cármen llegó á Madrid y solicitó de él una entrevista.

III.

Al verla tan afligida le ocultó Godoy lo infructuoso de sus deseos, le dió esperanzas; pero por las palabras que pronunció la jóven no tardó en comprender que si estas esperanzas no se realizaban, el desengaño sería su muerte, y al fin y al cabo la reveló la verdad.

—Todo está perdido, le dijo, por el camino recto, por el camino legal; pero ¡quién sabe! Tranquilícese Vd.; aun puede ser que hallemos algún medio de librar de la muerte á ese hombre desgraciado.

Aun había tiempo. Faltaban cuatro días para que fuesen puestos en capilla los reos.

IV.

Cármén, con esa sobreexcitación propia del dolor que sufría, quiso hacer algo por su parte y se decidió á arrostrar la indignacion de sus padres á cambio del auxilio que podian prestarle.

Llegó á su casa y la vió cerrada.

Inquirió y supo que habia muerto su madre, y que su padre, poseido de la más profunda desesperacion, habia salido de Madrid, habia desheredado y maldecido á su hija y habia partido por último á la Cartuja de Zaragoza para acabar en aquel santo asilo el resto de su vida.

Estas noticias agravaron la pesadumbre de Cármén. No quiso ir á la cárcel á ver á Juan hasta convencerse de que nada podia hacer para librarle del suplicio.

—Cuando pierda todas las esperanzas, se habia dicho, iré á su lado y no me separaré de él. Solo á la fuerza podrán alejarme de su compañía; pero para conseguirlo tendrán que acabar con mi vida, y entonces nos uniremos en la eternidad.

Y se dirigió á palacio y manifestó deseos de ver á los reyes.

Le fué imposible de todo punto, y esperó á que saliesen á paseo al pié de la escalera para caer á sus piés y pedirles clemencia.

Así lo hizo, y Cárlos IV el bondadoso, apenas se en-

teró de quién era, participando de su pena, con los ojos inundados de lágrimas,

—Confía, le dijo, en que, si yo puedo, no morirá.

V.

Animada por estas palabras se encaminó á la cárcel de Côte, manifestó al alcaide quién era, y á pesar de sus ruegos no pudo conseguir lo que anhelaba.

El alcaide le dijo que necesitaba una autorizacion de la Sala de Alcaldes para poder ver á Juan Picornel.

Era ya tarde, y los jueces se habian retirado del tribunal.

Tenia, pues, que aguardar hasta el dia siguiente para obtener el permiso anhelado.

Las emociones de aquel dia la habian afectado de tal modo, que se sintió mal.

Faltándole las fuerzas, tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

De pronto oyó una melodía dulcísima.

Hallábase junto á la puerta de la iglesia de Santa María; estaban allí las Cuarenta Horas, y el órgano inundaba el espacio con sus arrobadoras melodías al mismo tiempo que el sacerdote ofrecia á la adoracion de los fieles el cuerpo del Señor bajo la forma de la hostia consagrada.

Cármén entró en el templo.

—Postrada de hinojos comenzó á orar, y permaneció

mucho tiempo rezando sin apercebirse de lo que pasaba en torno suyo.

Sin notar que la gente se había marchado, continuó inmóvil tanto tiempo, que no pudo menos de llamar la atención de una buena señora que se había quedado á hacer la visita de altares.

El monaguillo agitó las llaves para indicar que iba á cerrarse el templo.

La señora que la había observado acudió á sostenerla.

VI.

Después de enterarse del estado en que se hallaba, salió con ella de la iglesia y le dijo:

—Vivo aquí cerca; Vd. está muy débil y necesita reparar sus fuerzas. Venga Vd. un instante conmigo, tomará Vd. algún alimento y descansará.

Cármen, que necesitaba vivir por lo ménos hasta que perdiera todas sus esperanzas, aceptó maquinalmente aquel obsequio.

La señora tornó por el callejón que separaba el templo de la casa de los duques de Abrantes, y penetrando por una puerta muy pequeña próxima al único ángulo que formaba la plaza de Santa María, condujo á Cármen á una habitación ricamente adornada en el piso bajo, y dió órdenes á las criadas para que ofreciesen á Cármen una taza de buen caldo.

Cármen apenas se enteraba de lo que pasaba en torno suyo.

Estaba verdaderamente desfallecida.

El instinto de conservacion más que otra cosa le hizo aceptar el alimento que le ofrecieron y las bondades de aquella señora desconocida.

Poco despues dispuso la misma señora que la llevarsen á una alcoba contigua; la depositaron en un mullido lecho y se durmió profundamente.

VII.

La señora dijo á uno de los criados:

—Llame Vd. á la señorita Dolores.

Acto continuo se presentó una jóven, que podia tener á lo sumo de quince á diez y seis años, y con desenvoltura:

—¿Qué quiere Vd., señora marquesa? dijo.

—He hallado en la próxima iglesia á esa pobre jóven que está en el lecho. Debe sufrir mucho; me ha compadecido su desgracia y la he ofrecido un asilo, proponiéndome socorrerla si, como deseo, es la pobreza la principal causa de su desesperacion. Quédate á su lado hasta que venga el médico; y para que te acostumbres á pagar á Dios las bondades que te ha dispensado; para que comprendas más y más cuánto debes á la clemencia del cielo por haber vuelto al seno de tu verdadera familia, acompaña á esta pobre jóven, consuélala y oye sus culpas. Solo conociendo la desventura de los

demás podemos apreciar los bienes que debemos á la Providencia.

VIII.

La jóven, que era encantadora, se sentó á la cabecera del lecho donde reposaba Cármen, y la señora marquesa del Puente, que este era el nombre de la caritativa dama que habia amparado á Cármen, mandó avisar á un doctor, temerosa de que el sueño que se habia apoderado de su protegida fuese el principio de una penosa enfermedad.

CAPITULO LV.

Dos almas tristes.

I.

Por fortuna los temores de la señora marquesa eran infundados.

Llegó el doctor, pulsó á Cármen y aseguró que no ofrecía cuidado.

—Duerme tranquilamente, dijo: y lo único que comprendo es que ha debido sufrir algun disgusto y caer estenuada por el cansancio. En cuanto ese sueño termine, recuperará las fuerzas y podrá dar las gracias á su bienhechora.

Tranquila la marquesa, quiso, sin embargo, que alguna persona de su servidumbre se quedara al lado de la desconocida para explicarle cuando se despertase todo lo que le habia ocurrido, para que le informase del sitio en donde estaba, y la jóven á quien he llamado Dolores se apresuró á manifestar que ella velaria á la enferma.

—No, hija mia, no, dijo la marquesa; una de las criadas se quedará á su lado.

—No se por qué me ha inspirado simpatía esta mujer, dijo Dolores. Hágame Vd. el favor, señora, de permitirme que no me separe de ella.

A las instancias de la marquesa respondió la jóven con nuevas súplicas, y al fin y al cabo logró lo que deseaba.

II.

Mientras que se rezó el rosario en aquella casa, como era costumbre en todas, se quedó una criada cerca de Carmen, y al retirarse á dormir todos los habitantes de aquella casa, acudió Dolores á la habitacion en donde reposaba la jóven.

—He accedido á tus deseos, dijo la marquesa; pero tengo que hacerte una observacion. Ya sabes lo que me has ofrecido. Es necesario que si por una casualidad hablas con esa jóven no le reveles nada de lo que me has prometido ocultar á todo el mundo hasta que yo te cumpla la promesa que te he hecho.

—No tenga Vd. cuidado, señora marquesa; ¿pero llegará pronto el dia en que yo pueda ver á esas personas á quienes amo tanto?

—Muy pronto, sí. Pídele á Dios que se acabe pronto la guerra y que no tengas necesidad de vestir luto, y yo te ofrezco devolver la alegría á tu corazon.

—Dios se lo pague á Vd., señora, dijo Dolores besando la mano de la marquesa.

Acto continuo fué á desempeñar su mision de enfermera.

Sentada en un sillón á la cabecera de la cama de Cármen, á favor de la débil claridad que infundia en aquella estancia una mariposa, contemplaba las hermosas facciones de la desconocida y no pudo ménos de pensar de este modo:

—No sé por qué me figuro que tambien sufre esta pobre mujer. ¡Cuánto daría porque me estimase y me confiara sus penas!

Será egoismo, ¡pero ofrece tan dulces consuelos al corazón recoger los ayes de los que padecen!

III.

Cediendo al cansancio, se durmió tambien, y allá al amanecer, cuando la claridad del alba penetraba en la habitacion y se extinguía la luz de la lamparilla, se despertó sobresaltada.

Cármen se habia incorporado en el lecho; miraba con extrañeza en torno suyo y se preguntaba en alta voz:

—¿Dónde estoy?

—Tranquilícese Vd., señora, dijo Dolores; se halla Vd. en una casa en donde todos sus moradores desean complacerla.

—¡Ah! señorita, dijo Cármen, Dios le pague á Vd. y á su familia el favor que me han hecho, porque sin duda alguna su piedad es quien me ha conducido hasta

aquí... Tengo ideas confusas... Yo me hallaba en el templo á pedir á Dios que se apiadara de mí, y de pronto sentí que me faltaban las fuerzas. Ahora recuerdo que una señora de rostro bondadoso estaba á mi lado. A pesar de ser anciana me prestaba su apoyo. Sin duda alguna es su madre de Vd.

—¡Ah! no señora, dijo Dolores suspirando. Yo no tengo madre; no la he tenido nunca.

Y recordando que en aquel suspiro habia dicho más de lo que convenia á la palabra que habia empeñado y á los deseos de la marquesa,

—Quiero decir, replicó, que la perdí siendo yo muy niña.

—Dichosa ella, dijo Cármen con profunda tristeza, y dichosa Vd., que no tiene como yo el remordimiento de haber llevado al sepulcro á la que le dió el sér.

IV.

Este recuerdo hizo asomar á sus ojos las lágrimas.

—¿Llora Vd., señora?

—Sí; lloro porque soy muy desgraciada.

—¡Cuánto daria porque nos conociéramos de hace ya mucho tiempo; porque fuéramos amigas.

—¿Y con qué fin?

—¡Oh! entonces tendria derecho para pedir á usted que me revelase sus penas ¡Y quién sabe! Tal vez hallaria en el cariño que me ha inspirado Vd. desde luego

algun bálsamo que ofrecer á las heridas de su angustiado corazón.

—Dios la bendiga á Vd., hija mia, dijo Cármen tendiendo la mano á Dolores.

—Gracias, dijo esta. Déjeme estrecharla con efusion. No sé por qué al verla á Vd. dormida, al contemplarla con la tranquilidad de un ángel, he sentido hácia usted un afecto... No me lo sé explicar; pero, vamos... ¿Quisiera Vd. saber cómo ha llegado hasta aquí, á quién debe la hospitalidad que se le ha ofrecido en esta casa, y deseará Vd. tal vez volver al lado de su familia, que estará apesadumbrada ignorando su páraero? Yo la daré á Vd. todas estas explicaciones, y en seguida buscaremos los medios de que pueda Vd. ir á tranquilizar á los que tal vez sospechan una desgracia que por fortuna no se ha realizado.

—Sí, sí, yo le agradeceré esas explicaciones.

—Pues bien, señora, estaba Vd. en la iglesia de Santa María, y cuando llegó la hora de cerrar el templo no habia nadie en la casa del Señor más que Vd. y la señora marquesa del Puente.

—¿Era aquella señora que me auxilió?...

—Sí, la dueña de esta casa; un ángel; la hermana de los pobres y de los afligidos. Descubrió desde luego en su rostro de Vd. las huellas de un profundo pesar, la trajo á Vd. á su casa, y notando que estaba Vd. desfallecida, la mandó dar algun alimento.

—Sí, ya recuerdo, ya recuerdo de todo eso; pero me parecia haberlo soñado.

—Mandó en seguida llamar al doctor. Llegó, la examinó á Vd., vió que no ofrecia cuidado su dolencia, y entonces, más tranquila, se retiró la señora marquesa, no sin haber pedido antes á Dios, al terminar el rosario, que se apiadase de Vd.

—¡Dios la bendiga!

—Yo deseé dedicarme á cuidar á Vd., y he permanecido á su lado y he pasado la noche en su compañía.

—¡Cuántas bondades! ¡Ah! ¡Si supiera esa señora que no soy digna de sus favores!

—¿Y por qué no?

—¡Ay! hija mia, no quiera Dios que nunca sufra usted lo que yo he sufrido en los últimos dias. ¿Pero no podré yo ver á esa señora, no podré darle gracias, no podré, por último, saber quién es Vd., que está al lado de ese ángel?.

—Yo le diré á Vd. la verdad. Yo no sé dónde ha

Dolores, que era muy impresionable, que no podia cuando se sentia conmovida guardar la emocion en su alma, sino que necesitaba desahogo, dominada por su carácter expansivo,

—¿Quiere Vd. que seamos muy amigas? dijo.

—¿Cómo no he de querer?

—Pues bien, aun es temprano: todos se hallan reposando; la mayor tranquilidad reina en esta casa. Aprovechemos estos instantes en confiarnos mutuamente nuestra vida.

—Vd. dice que es muy desgraciada; yo también lo soy. Seamos hermanas.

—¿Pero no es Vd. de la familia de la señora marquesa?

—Lo ignoro.

—¿Es posible?

—Sí; hace unos quince días que me trajeron á esta casa. Por supuesto, todo esto se lo digo á Vd. con la mayor reserva. Había prometido á la señora marquesa no revelar este secreto, y ya ve Vd., no puedo.

—Nadie sabrá lo que Vd. me diga.

—Ya lo supongo. Por la misma razón que espero que seamos muy amigas siempre, quiero revelar á usted todo lo que me pasa. Las dos nos consolaremos, rezaremos juntas y encomendaremos á Dios el consuelo de nuestros pesares.

—¿Me ha dicho Vd. antes, prosiguió Cármen, que había perdido á su madre siendo muy niña?

—Yo le diré á Vd. la verdad. Yo no sé dónde he nacido ni quiénes han sido mis padres. La señora marquesa lo sabe, y ha prometido revelármelo asegurándome que seré muy desdichada cuando haya recibido su bendición, y que podré hacer mucho bien á todos los que en mi desgracia se han apiadado de mí. Pero mi verdadera desgracia no crea Vd. que consiste en no haber conocido á mis padres. ¡Quién sabe si morirían! ¡Quién sabe si al morir llevarían una inmensa pena por haberme abandonado! No los culpo, ni tampoco he echado de ménos sus cuidados, porque desde

muy niña me recogió en su casa una familia que en España conoce todo el mundo. No crea Vd. que es una familia noble, rica, nada de eso. ¿Pero á mí qué me importa? Teniendo hijos, han sido padres para mí, y me han dado en ellos verdaderos hermanos. Nada me ha faltado. Yo era el ojo derecho de mi madre adoptiva. Feliz á su lado, mi único deseo era pagarles con mi cariño la gratitud que recibia mi alma. Algunas veces se separaban de mi lado y me dejaban en compañía de una hermana de mi madre adoptiva, una mujer del pueblo como ella, y cuando sucedia esto, no me hallaba. ¡Ah! ¿Cómo vivir sin mi madrastra María?

VI.

Hablaba Dolores con tanta sinceridad, que Cármen no pudo ménos de olvidar un instante sus penas ante el espectáculo de aquel ángel.

Hubo una breve pausa.

Dolores interrumpió el silencio.

—Pero aun no le he dicho á Vd., exclamó, el nombre de mis padres adoptivos, y debe Vd. conocerlos, porque son muy nombrados en toda España. Por supuesto que esto es un secreto que le confío; si la señora marquesa supiera que le he contado á Vd. mi historia... He hecho mal... ya lo sé, pero no he podido remediarlo... me ahogaba la pena; necesitaba un corazon que me comprendiese, y lo he hallado en el de Vd., ¿no es verdad?

—Sí, hija mia, sí.

—Ayudémonos mutuamente. Cuando yo sepa la causa de sus penas, poco puedo hacer, porque todo cuanto tengo lo debo á la piedad de la señora marquesa; pero algo haré... ¿no es verdad que Vd. aceptará mi cariño?

—Con toda mi alma.

—¡Ah! gracias... gracias; pero qué cabeza... aun no le he dicho á Vd. el nombre de mi padre adoptivo... ¿Ha oido Vd. hablar del famoso torero Pepe-Hillo?

—Sí, ¡oh! sí, exclamó Cármen sorprendida.

—¿De veras?

—Le conozco.

—Es posible.

—Aun no hace mucho tiempo que me dispensó un avor que no podré pagarle nunca, y además á él he debido la dicha de llamarme la esposa de un hombre á quien amo más que á mi vida, y á quien hoy lloro ya porque está condenado á muerte y quizás en capilla.

VII.

Estas palabras aumentaron el interés que aquellas dos mujeres se inspiraban mutuamente, y su conversacion desde aquel momento fué más expresiva.

Cármen refirió á Dolores todas sus cuitas, y esta prometió interesar á la marquesa en su favor.

Al mismo tiempo le suplicó una gracia.

—Yo estoy aquí oculta, le dijo; despues de un largo viaje por mar, me llevaron á un pueblo de Cataluña.

Allí me esperaba la señora marquesa. Yo creí encontrar en aquel pueblo á Pepe-Hillo; la persona que me habia sacado de casa de la hermana de mis padres era una señora de Sevilla, y me aseguró que tenia encargo de conducirme á aquel sitio por órden de mis padres adoptivos. Pero al llegar me aseguró que la señora marquesa era la encargada de explicarme por qué razon no veía allí á mi familia, y en efecto, me lo explicó de un modo que aun no he podido comprenderlo. «Si eres dócil y complaciente, me dijo, conocerás á tus verdaderos padres, y son tan ricos que podrás un dia pagar con creces á los que te prohicieron la gratitud que hácia ellos sientes en tu alma.» Yo creí estas palabras y aún las creo. Al dia siguiente vino á vernos un militar, que manifestándome que era íntimo amigo de mi padre me hizo algunas preguntas. Me indicó que iba á verle, y al estrechar mi mano cuando se despidió, ví que lloraba. En seguida abandonamos aquel pueblo, me trajeron á Madrid, y aquí no he visto más que á la marquesa, á un fraile franciscano muy cariñoso que viene á menudo, á los criados de la casa y á Vd. hoy. Pero aunque espero hacer felices á mis padres adoptivos, aunque me han exigido que oculté á todo el mundo mi secreto, yo no puedo vivir sin saber algo de ellos. Estarán desconsolados sin saber nada de mí, y Vd., mi buena amiga, usted, mi hermana en el dolor, irá á verlos, ¿no es verdad?

—Sí, hoy mismo.

—Les referirá Vd. todo lo que yo acabo de contarle;

pero exigiéndoles que guarden el mayor secreto, que no me busquen hasta que yo les avise, y como Vd. vendrá á menudo á esta casa, me dirá Vd. cómo están, lo que piensan, y yo seré feliz, porque mi única pena es vivir apartada de seres tan queridos.

VIII.

Cármén iba á hablar para asegurarle que complacería sus deseos; pero la interrumpió la llegada de la marquesa.

Dolores se apresuró á contar á aquella señora la afliccion de Cármén.

Enternecida la marquesa del Puente, le ofreció toda su influencia para con los reyes.

Cármén completó el relato de Dolores, y asegurando á la marquesa que volveria á verla, pidió su vénia para partir.

Despues de estrechar la mano de su protectora y de besar cariñosamente á Dolores, salió de aquella hospitalaria casa.

Una idea cruzó de pronto por su mente.

Sabia que Pepe-Hillo era muy querido de la grandeza, de los reyes y del pueblo.

—Si él intercede, pensó, algo podré lograr, y cuando sepa que su hija adoptiva está en Madrid y ha llorado conmigo, intercederá.

Dominada por este pensamiento, fué á la calle del Cármén y entró en la casa del torero.

CAPÍTULO LVI.

Una esperanza que muere y otra que nace.

I.

Rosario salió á abrir la puerta.

Aunque no habia visto más que una vez á Cármen, habia sido en momentos tan críticos, que no pudo olvidar su fisonomía.

Al mismo tiempo habia llegado á su noticia el proceso de Juan Picornel, porque se habia hablado mucho sobre el particular, á pesar del misterio de que habia querido rodearle la justicia.

Por todas partes se comentaba el crimen cometido por él y sus cómplices; todo el mundo estaba enterado de su prision, y como era general el deseo de que se hiciera con ellos ejemplar castigo, se anticipaban muchos el contento de la muerte que deberian sufrir en el patíbulo.

Todos estos motivos fueron causa de que se sorprendiera grandemente Rosario al ver llegar á Cármen á casa de sus amos.

—Pase Vd., señorita, pase Vd., dijo abriendo la puerta despues de haberla reconocido.

—¿Está su ama de Vd.? preguntó Cármen.

—No, señora; pues qué, ¿ignora Vd. que hace ya mucho tiempo que ha salío de Madrid?

—¿Y su esposo tambien?

—Ya lo creo; los dos se fueron juntos.

—¡Válgame Dios, qué desventura!

—Ya lo creo que será desventura pa Vd., añadió Rosario; porque si es cierto lo que dicen; si, como cuentan, se casó Vd. de secreto con el Sr. D. Juan Piçornel, y está preso y quién sabe si puesto en capilla, ya presumo el objeto que le trae á Vd. á esta casa... Como mi amo tiene tanta mano con el señor duque de Osuna y con otros grandes de España, puede favorecer á Vd. y de seguro que lo haria; pero... sí, sí, bueno está el probe.

Apenas escuchó Cármen toda esta retaila, porque desalentada al ver que solo hallaba obstáculos, meditaba el partido más ventajoso para calmar la ansiedad de su alma.

II.

Rosario, que tenia por lo visto muchas ganas de hablar, y era natural que las tuviese puesto que se pasaba las horas muertas sin más compañía que la de los dos hijos menores de Pepe-Hillo, aprovechó la ocasión y charló por los codos.

—Vd. sufrirá mucho, señorita; pero ande Vd., que el pícaro mundo para toos tiene. Y si no, ahí están mis amos. Tan contentos, tan felices y... ¡Quién nos lo habia de icir! De pronto ¡cataplum! se vuelven las tornas, y yo no sé lo que habrá pasao, poi que el Sr. Santos, ya le conocerá Vd., uno mu güen moso y mu sentío que dende que se marchó mi amo no deja dia sin venir á preguntar si se nos ofrese argo, y po su conduto resibimos too el dinero y las cartas der Sr. Pepe y la señá María; el Sr. Santos, como digo, no me lo ha contao too, pero yo sé que mis amos están desesperaos y tocan er sielo con las manos. ¡Ahí tiene Vd. lo que son las cosas! Serian capaces de dar la casa que se ha frabricao en Seviya en la caye de Canta-Ranas, y toos los trajes de torear, que son de lo más rico y más garboso que se presentan en er reondel, por saber quién se ha yevao ar cariñito de su arma.

III.

Estas palabras recordaron á Cármen la promesa que habia hecho á Dolores.

—¿Sabe Vd. dónde están sus amos?

—¿Quién va á saberlo si andan removiendo sielo y tierra pa dar con el paraero de una jóven á quien recogieron de niña y que les han robao sin que se sepa quién? ¡Si Vd. supiera la historia!... Pero yo se la contaré.

—Es inútil; la conozco, y por la misma razon me identifico con el pesar de sus amos de Vd.

—Si no fuá más que lo de haber perdío una muchacha... añadió Rosario. Pero sí, sí, bien dice er refran, que ningun mal viene solo. Yo, aunque me esté mal el isirlo, soy el ojito erecho de la señá María del Pópolo. Ya se ve; la he sirvió siempre y la he sirvió con lealtá, y me tié ley como yo se la tengo á ella, que como isia el otro, el que come er pan de una casa, debe ser agraesío. Así es que al marcharse me confió sus hijos y me alegraria que estuvieran aquí; pero se han díó á la gramática. Más aseaos les tengo que una tasica é plata, y aunque no está su mare, yo les enseño á resá, y el rosario con toa la letanía no hay quien se lo quite en cuanto anochese. Vamos, quie isir que les estoy erriando como si fuán hijos mios, aunque es mala comparansa. Pero der que no pueo haser carrera es de Antonio. ¡Ay, señora! Me tié la sangre má negra que er manto de la Virgen de la Soleá. Y no crea Vd. que es por tener mala cabeza, ná de eso. Er probesillo no lo ise, pero tié una espina en el corason, y Dios quiá, Dios quiá que no haga una barbariá. En fin, con isirla á usted que á pesá de que no ha cumplío en toadía diesiseis años ya ha quería alistarse pa dir á la guerra y combatir contra los franchutes, está dicho too, y eso que er señó Santos le ha hablao al arma y yo tambien, que no me muerdo la lengua cuando llega el caso, porque, como dise el refran, quien bien te quiere, te hará yorá.

Pero ná, el probesillo me desia anoche yorando á lágrima viva: «Mira, Rosario, no me hables del asunto; sin Dolorsilla yo no pueo vivir. Cuando eya ha desaparecio

y mi pare no la encuentra, es que me la han matao; y yo, ¿qué pueo hasé entonse sino morí? Pero de morí, que mi muerte sirva pa argo. Mañana mesmo me asientan en la lista; cojo er chopo, y dentro é tres dias, ¡Dios sabe ónde iré! á matar extranjis.» Y er condenao ha salío esta mañana y estoy temblando verle venir de un momento á otro con too el avío pa marchase á la guerra.

—¿Segun eso, dijo Cármen, interesándose en el relato que de aquella manera tan grotesca le hacia Rosario, ese jóven quiere mucho á su hermana adoptiva?

—Más que á las niñas de sus ojos. El probesito se ha criaio con eya, y como era un capuyito de rosas, un luserito de los sielos, un manojito de flores, está chalo y perderá er sentío. ¡Ay, Dios de mi arma! ¿Qué va á ser de nosotros?

Y con esa volubilidad andaluza que lleva de la risa al llanto y del llanto á la risa, segun el significado de las palabras que pronunciaba, la doméstica reia ó lloraba.

IV.

—Tranquilícese Vd., dijo Cármen olvidando por un momento sus penas para pensar en las del jóven que tan simpático presentaba á sus ojos Rosario. ¿Vendrá pronto?

—¿Quién?

—Ese jóven, Antonio.

—No tardará, porque se fué sin almorzar siquiera;

y además, al medio dia ha de venir el Sr. Santos que es el que cuida de nosotros, y él no se pué marchá sin resibir argunas moneas, poi que de lo demás ya está arreglao. Ha escrito á su pare, y ar fin y ar cabo consentirá, poi que en tratándose de la patria, no hay quien le gane.

—Yo le aseguro á Vd. que no se irá, dijo Cármen.

—¿Cómo... qué?

—Me parece que no se irá. Sobre todo despues que hable conmigo.

—¿Qué me ise Vd., señorita?... ¿Es posible que nos traiga Vd. tan buenas notisias?

—Ya que no pueda yo ser dichosa, al ménos que él lo sea.

—Dende que la oigo á Vd. hablar de esa manera, me dan ganas de ir á buscarle por too Madrid.

—No haga Vd. tal. Yo voy ahora á casa del señor duque de la Alcudia, en donde me hospedo en la habitacion del mayordomo de S. E., y si él va allí á buscarme, puede Vd. asegurarle que le daré noticias tan lisonjeras que le harán desistir de sus propósitos.

—Ojalá; pero ¿y Vd.?

—No sé, añadió Cármen, cuál será la suerte que me está reservada. Es muy posible que un acerbo dolor, que ya se ha apoderado de mi alma, acabé por destruir mi existencia; pero si es así, debo antes pagar á su amo de Vd. una deuda de gratitud.

—Calle Vd., por Dios... si él es más generoso...

—Por lo mismo quiero corresponder á sus bondades

haciéndole revelaciones que sucesos providenciales me han ofrecido sin duda para que yo pueda mostrar mi reconocimiento á quienes tanto debo.

—Si Vd. se empeña...

—Sí; que no tarde ese jóven en verme. Las circunstancias en que me encuentro son críticas en extremo.

V.

Rosario quiso averiguar algo más de lo que le indicaba Cármen.

—¿No podría yo saber?... preguntó.

—Aun no: más tarde lo sabrá Vd. todo.

—Pues no seré curiosa, que es un vicio muy feo. No me diga Vd. más sino que las noticias que guarda en su pechito son buenas para Antonio.

—Para el y para toda su familia.

—Dios bendiga ese pico de oro.

—Adios.

—Adios, señorita, y vaya Vd. escuidiá, que yo peiré á la Virgen toos los dias, desde que sé las penas que la afligen á ozté, que la proporcione consuelo.

—Gracias, muchas gracias, dijo Cármen con tristeza.

Y despidiéndose, salió de casa del torero, dejando en ella una esperanza y llevándose un nuevo desengaño.

CAPITULO LVII.

Alegria y dolor.

Quando llegó Cármen á casa del duque de la Alcudia, el conserge, los criados, el mayordomo y su familia se asombraron.

Al notar su tardanza, doña Emerenciana habia alarmado á todo el mundo, y cuando llegó la noche sin que Cármen tornara,

—No hay duda, empezó á decir entre sollozos, el dolor ha turbado su razon y ha sido capaz de cometer la locura de arrojarse al canal ó colgarse de un árbol. ¡Pobre ama mia! Yo, yo soy la verdadera culpable, la única causa de todas sus desventuras.

Y corriendo de un lado á otro, añadía:
—Hagan Vds. el favor de delatarme al Santo Oficio; de hacer que me sepulsen en una cárcel; que me pongan en el tormento, porque yo soy la causa de todas las desdichas de esa pobre jóven, digna de mejor suerte.

sinceras, por esos nobles sentimientos. . . .
de de nosotros, y estúpida II.

La atribuida joven tuvo toda la energía y valor de

Estas exclamaciones, que atribuían todos á la desesperacion de la anciana, fueron sin embargo motivo para que el mayordomo del señor duque la manifestara los temores que abrigaban acerca de la suerte de su protegida.

Por mandato del ministro se dió orden á las rondas para que buscasen á Carmen y diesen inmediatamente cuenta de su paradero.

Las noticias que habian comunicado al Corregidor todos sus dependientes, y que aquel funcionario popular se habia apresurado á comunicar muy de mañana al ministro de Estado, no eran nada satisfactorias.

Ni muerta ni viva pudo ser hallada la susodicha persona, segun los informes de la autoridad.

Por estas razones fué, pues, considerada su presencia en el palacio como una verdadera resurreccion.

Inmediatamente quiso ver á Godoy y no tardó en conseguir este deseo.

Refirió Carmen á S. E. todo lo que le habia pasado el dia anterior y la hospitalidad que habia recibido de la marquesa del Puente, y le pidió la autorizacion que necesitaba para poder penetrar en la cárcel y hablar con su esposo.

—Gracias, señor duque, gracias por esas palabras
y multitud de cosas de ley y nuestros deseos
de que pueda ser inútil la gente

III.

Facilitósela Godoy, y conmovido ante la situación de la joven,

—Diga Vd. á su esposo, añadió, que tiene muy buenos amigos; que todos trabajamos para salvarle de la muerte, pero aun no tenemos más que remotas esperanzas. Dicen que yo lo puedo todo; ya ve Vd. que no es cierto. Si yo pudiera perdonaria á Picornel, cuya privilegiada inteligencia, cuyo noble corazón reconozco, á pesar de los extravíos que le presentan como culpable á los ojos de todo el mundo; pero la justicia es inexorable, y la justicia puede y debe poder aun más que la piedad.

—Señor duque, exclamó Cármen haciendo un supremo esfuerzo, tengo valor para todo. Dígame V. E., por lo que más ame en el mundo, la verdad. ¿Hay alguna esperanza de salvarle la vida, ó está ya decretado que ha de perecer?

—La sentencia está firmada; él y sus cómplices son condenados á la pena de muerte en la horca; pero aun puede S. M. ejercer un acto de clemencia, y aunque la justicia le obligue á dominar sus sentimientos generosos... ¿quién sabe?... No pierda Vd. toda la esperanza, yo tampoco la he perdido; pero acostúmbrese Vd., sin embargo, á la idea de que pueden ser inútiles la generosidad y munificencia del rey y nuestros deseos.

—Gracias, señor duque, gracias por esas palabras

sinceras, por esos nobles sentimientos... ¡Dios se apiade de nosotros, y cúmplase su voluntad!

La atribulada jóven tuvo toda la energía y valor necesarios para contener su honda pena en presencia de Godoy; pero al salir á la antecámara cayó desfallecida por el supremo esfuerzo que habia hecho.

CAPÍTULO LVIII.

Lo que hace el amor.

I.

Conducida á la habitacion donde la hospedaba la familia del mayordomo del duque, consiguió reponerse; y ya restablecida, se disponia á aprovechar la autorizacion que Godoy le habia dado para poder penetrar en la cárcel y hablar con Picornel, cuando le anunciaron que un jóven deseaba verla.

Era Antonio, el hijo mayor de Pepe-Hillo.

—Tengo que hablar á solas con él, dijo á doña Emerenciana. Que pase, y déjenos Vd. solos algunos momentos.

El jóven se presentó en la estancia donde se hallaba Cármen.

En su rostro se veia el sufrimiento de su alma.

Hallábase, en efecto, dominado por una de esas pasiones que solo saben y pueden sentir los que han nacido y se han criado bajo el abrasador cielo de Andalucía.

II.

—Creo que tiene Vd. que hablarme, dijo á Cármen.

—Así es.

—Vengo á ponerme á sus órdenes.

—Tengo que hacer á Vd. una revelacion, pero con el mayor sigilo. Esta mañana, al recordar que su padre de Vd. ha sido bueno para mí, ignorando que estaba ausente de la córte, he ido á buscarle para pedirle que, valiéndose de todos los medios de que dispone, pudiera contribuir á librar de la muerte á mi esposo, que por haber conspirado contra el rey nuestro señor, se halla en la cárcel y está condenado á sufrir la última pena. Mi desgracia ha querido que no pueda favorecerme su padre de Vd.; pero al mismo tiempo me ha proporcionado la ocasion de saber la causa de su ausencia y el tormento que Vd. padece. Para ofrecerle un dulcísimo consuelo, he deseado hablar con Vd.

—Difícil es, señora, contestó el jóven con tristeza.

—Tal vez no, dijo Cármen. Hay penas que se borran fácilmente. Sus padres de Vd. viven desesperados porque no encuentran á una inocente niña á quien aman como si fuera su propia hija. Vd. sufre por el mismo motivo, pero con más intensidad. Ama Vd. á esa jóven y cree Vd. que sin ella no podrá vivir.

—Es verdad, señora.

—Pues bien; si sus padres de Vd. saben su paradero, si Vd. vuelve á encontrarla, su profundo dolor se cambiará en inmensa alegría.

—¿Y eso será posible? preguntó Antonio animándose.

—Sí lo es, porque yo sé dónde se halla Dolores.

—¿Vd., señora?

—Sí.

—¡Oh, hable Vd., por Dios!.. Dígame Vd. dónde podré verla.

—Con una condicion.

—Todas las que me impongais acepto.

III.

Cármén refirió á Antonio las circunstancias que le habian puesto en comunicacion con Dolores, los deseos que la hermosa niña le habia manifestado, y la necesidad que tenian, tanto él como sus padres, de respetar el misterio de que se hallaba rodeada en la córte para cumplir su voluntad y evitarla los disgustos que pesarian sobre ella desde el momento en que se averiguase que habia faltado á la palabra dada á su protector. —

—Además, añadió Cármén, es posible, si comprendiesen las personas que la guardan que se habia descubierto su paradero, que la obligasen á salir de Madrid, siendo entonces difícil volver á encontrarla, porque son poderosas las personas que tienen interés en ocultar su presencia en la córte.

—Pero ¿no podré yo verla? preguntó Antonio. —

—Creo que debe Vd. sacrificar ese deseo á su tranquilidad.

—¿Y cómo podrá tener ella noticias nuestras?

—Yo he quedado en llevárselas, y así lo haré. De todos modos, es necesario que Vd. comunique á sus padres la revelacion que acabo de hacerle para que estén tranquilos, para que esperen confiados en el cariño de Dolores, cuya gratitud hácia ellos es inmensa.

Y para confirmar á Antonio más y más en esta esperanza, le refirió cuanto Dolores habia hablado con aquel motivo.

IV.

—Pues bien, dijo Antonio, yo corresponderé, señora, á la bondad de Vd. con otra confianza. Desesperado al creer que habia perdido para siempre á Dolores, no he parado hasta conseguir que me admitan como voluntario para ir á la guerra. Ya lo he conseguido; ya formo parte de una compañía que debe salir en breve de Madrid para ir á la frontera de Cataluña á reforzar en ella las tropas españolas. Por lo que Vd. ha indicado, presume que Dolores pertenece á una familia ilustre. Vd. cree que es su padre el que le habló en el pueblo de Campoalegre, á donde fué llevada desde Sevilla, y sospecha Vd. además que ha de pertenecer á la familia del Puente.

—Tales son mis creencias, en efecto.

—Pues bien: en ese caso, oiga Vd. la resolucion que he tomado; y ya que es Vd. tan buena para nosotros, complete Vd. su obra. Yo no desisto de mi empeño. No podria, sin cometer una infame desercion, abandonar la

bandera que he buscado para combatir por mi patria. Por otra parte, aunque hijo de un hombre honrado, si no lograba ennoblecerme con mis actos como soldado, nunca podría aspirar á la ventura con que sueño. Averigüe Vd. el nombre de ese militar que está en la guerra y que tanto interés tiene por Dolores; yo iré á su lado, yo me distinguiré en su presencia, yo lograré su afecto, yo tornaré digno de su amor y de su mano; puesto que no he de verla; puesto que ella misma desea permanecer sujeta á las órdenes de la persona que la protege, comuníquela Vd. mis deseos, mis intenciones, mis esperanzas, y si ella corresponde á mi afecto, cuando yo vuelva conseguiré lo que más anhelo en este mundo. Pasado mañana partiré de Madrid con mi compañía; hoy mismo escribiré á mi padre diciéndole que venga y que la busque á Vd., porque Vd. puede dárle las noticias que necesita para que vuelva á su alma la tranquilidad.

V.

Antonio se despidió de Carmen haciendo las mayores protestas de gratitud, y la esposa de Picornel acudió á la cárcel donde aquel se hallaba.

Momentos antes de llegar habia sido puesto en capilla.

CAPITULO LIX.

Un hombre del pueblo en la época del oscurantismo.

I.

Imposible es describir la tortura en que se hallaba Juan Picornel.

Aunque tarde, habia comprendido la inmensidad del crimen que habia querido llevar á cabo con sus cómplices, impulsado y estimulado por la ambicion; y al caer de la altura á donde le habian elevado sus sueños en el abismo que le ofrecia la realidad, su desesperacion no tenia límites, porque el amor y la gratitud que sentia en su pecho despertaban en aquellos momentos supremos el sentimiento religioso en su alma, y este sentimiento le hacia considerar la muerte como una expiacion terrible, al mismo tiempo que la idea de perder la vida llenaba de amargura su corazon, porque dejaba con ella una esposa adorada y amistades sinceras.

Sin embargo, era hombre; le dominaba el amor propio por lo tanto, y sacando fuerzas de flaqueza, pasó desde su calabozo con aparente serenidad hasta la capi-

lla, en donde debía aguardar, acompañado de la caridad cristiana, á que fuese la justicia á buscarle para expiar el atentado que contra ella habia cometido.

Deseaba y temia Juan Picornel ver á su esposa.

Por el duque de la Alcudia, que no cesaba de comunicarle cuantos pasos daba en su obsequio, habia sabido la llegada de Cármen á Madrid; esperaba de un momento á otro verla á su lado, y era mucho más temible para él la presencia purísima de aquella mujer angelical que la del mismo verdugo encargado de satisfacer en él la vindicta pública.

—¿Cómo, se preguntaba, un hombre que ha podido abrigar ideas tan perversas como yo, ha conseguido hacerse amar de una mujer tan pura, tan buena, arrastrándola al pecado, robando la tranquilidad á su espíritu y condenándola á una eterna desgracia?

Estos pensamientos le afligian aun más que la triste situacion en que se hallaba.

Conducido á la capilla se encargaron los hermanos de la Paz y Caridad de auxiliarle en aquellos postreros momentos, y como los reos eran cinco, se repartieron los hermanos los cuidados que debian prestarles.

Uno de los hermanos de la Paz y Caridad manifestó gran empeño en asistir á Juan Picornel.

Logrado su deseo, penetró en la lúgubre capilla, donde se hallaba el reo con la cabeza apoyada en las

manos, sin apercibirse siquiera de lo que pasaba en torno suyo.

Penetró en la estancia, como digo, se encontró al lado de Juan Picornel y permaneció largo rato contemplándole sin atreverse á turbar su meditacion.

III.

Habria pasado media hora cuando el reo se apercibió de la presencia del hermano de la Paz y Caridad.

—Perdone Vd., le dijo sin mirarle, creí estar solo y veo que aun no me ha abandonado la caridad.

—¿Sufre Vd. mucho? preguntó el hermano.

—Sí; ¿para qué negarlo? Créese un hombre fuerte cuando puede ocultar su desfallecimiento á otro hombre. Es un grande error. Mi alma se doblega al infortunio. No mereceria el consuelo de Vd. ni el de nadie si en este instante que me deja la Providencia para arrepentirme, para recordar las culpas del pasado é implorar la misericordia divina, hiciese alarde de un valor, de una entereza que apartarian de mi lado el cariño y solo inspirarian terror ó desprecio.

—Segun eso, ¿está Vd. arrepentido?

—Mucho.

—¿Cree Vd. justo el fallo de los tribunales?

—Muy justo, sí.

—¿Y no siente su pecho de Vd. rencor hácia nadie?

—No señor.

—¿Ni aun le conserva Vd. para los que, siendo sus

cómplices, vendieron su secreto y le denunciaron?

Al oír aquella pregunta, fijó Juan Picornel maquinalmente los ojos en su interlocutor, y reconociéndole,

—No, dijo; no, Sebastian Reyes. Vd. cumplió con su deber al evitar que la insensata conspiracion fraguada por mí pudiera llevarse á cabo. Vd. rindió homenaje á la justicia arrancando la máscara de mi rostro y entregándome á su fallo..

—Sin embargo, exclamó su interlocutor postrándose de hinojos; yo, que he sufrido mucho desde entonces; yo, que sufro y sufriré toda mi vida, deseo vivamente que me perdone Vd.

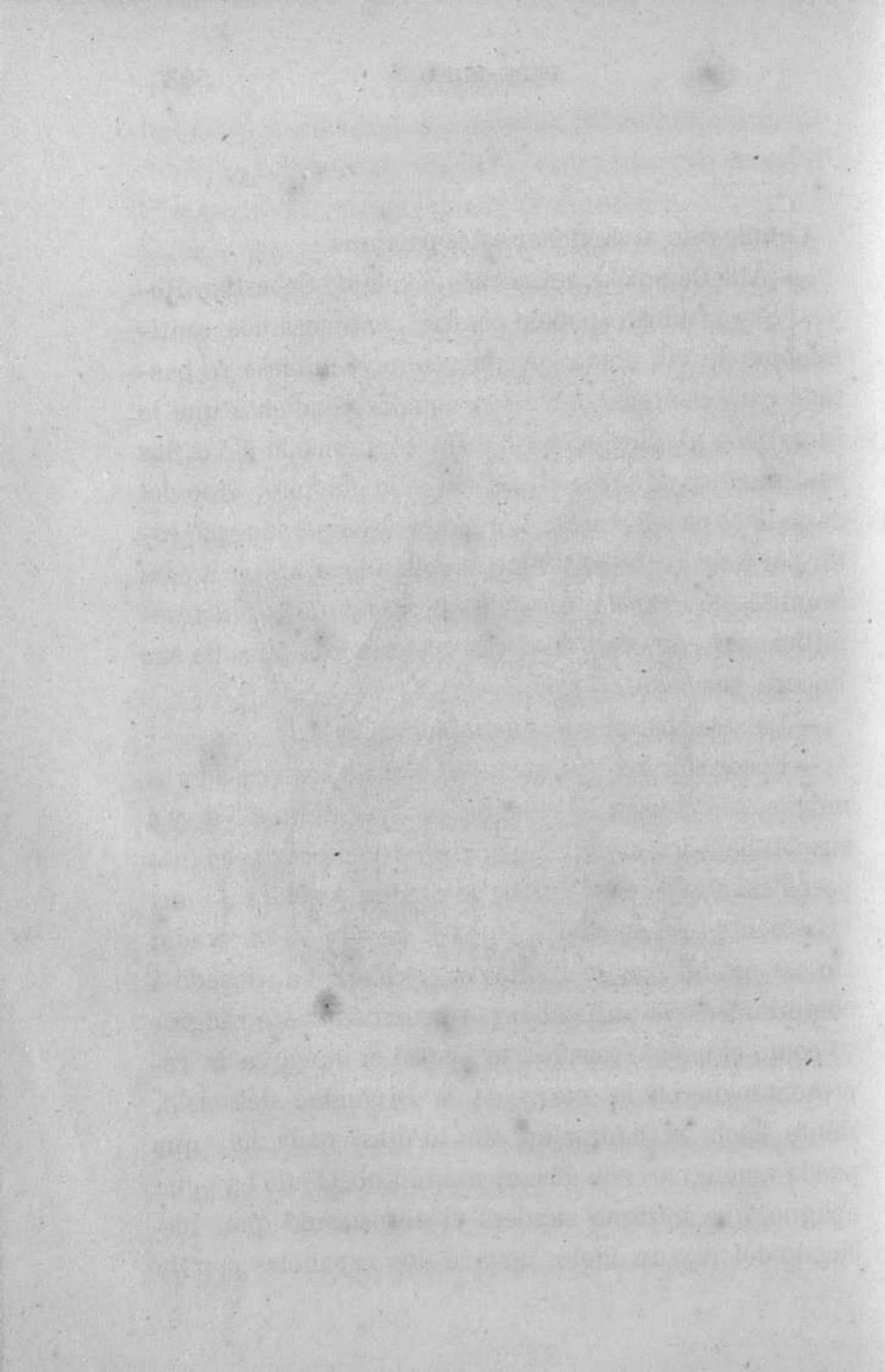
IV.

Juan tendió cariñosamente la mano á Sebastian Reyes, y le dijo:

—No es mi perdon, sino mi gratitud, lo que Vd. merece. Si Vd. no hubiera evitado el golpe que preparaba en mi locura, seria más criminal de lo que soy. ¡Quién sabe si en el paraxismo de la desesperacion habria cometido un crimen! Soy un conspirador, y podria haber llegado á ser un asesino. Hoy, al morir en el cádalso, podrán decir de mí las gentes: «Era un iluso, era un ambicioso;» sin Vd. dirian quizás: «Fué un regicida, un mónstruo, un infame.» Reflexione Vd. ahora si tengo motivos de agradecimiento.



Juan tendió cariñosamente la mano á Sebastian Reyes.



Commovido al escuchar estas palabras,
—¡Ah! Déme Vd. un abrazo, exclamó Sebastian Reyes. Si yo hubiera podido conocer entonces los sentimientos de Vd. como los conozco hoy, hubiese yo bastado para contener á Vd. en aquella pendiente que le impulsaba al abismo; yo habria comunicado á Vd. los sentimientos de mi corazon; no solo del mio, sino del de todo el pueblo español, que por desesperado que esté, por vejado que se vea no podria nunca imitar á esos hombres de Francia, que le han perdido á Vd. al transmitirle sus perversas ideas, al hacerle cómplice de sus inícuos proyectos.

—La soberbia pierde; la ambicion mata.

—Pocos son los que saben en Madrid los verdaderos móviles del conato de rebelion que ha puesto á Vd. y á sus desdichados amigos al borde del sepulcro; pero esos pocos cuando piensan en ello se sienten poseidos de una vehemente indignacion. ¡Ah! Vd. ha vivido obcecado; sin esa pasion que le dominaba, hubiera Vd. llegado á comprender que un pueblo tan profundamente religioso como el pueblo español, al ver en el monarca la representacion en la tierra de la Divinidad del cielo, siente hácia él adoracion sin límites; nada hay que pueda amenguar este afecto; ningun obstáculo hay que apague, que mitigue siquiera el entusiasmo que, haciendo del rey un ídolo, lleva á los españoles con la

frente serena hasta el martirio en defensa de la real y sagrada persona á quien veneran, á quien aman. No, amigo mio, no han nacido en España aun los verdugos de los reyes, y si vinieran del extranjero hallarian una impenetrable é inmensa muralla en los pechos de los leales, que son todos los que han recibido las caricias de la madre patria bajo este puro cielo. Prueba de ello es el noble ardimiento, la abnegacion sin límites con que todas las clases de la sociedad, con que todos los hombres se han fundido en el sentimiento del rey nuestro señor al ver en el cadalso á su augusto pariente el infortunado rey de Francia, y han acudido á la frontera á castigar á los culpables. ¿No ha visto Vd. al pueblo en presencia de los reyes? ¿No ha oido Vd. aun á las clases más desheredadas prorumpir al verles en entusiastas aclamaciones?

Si una fatal obcecacion no le hubiera arrastrado á Vd. al camino del error, poniendo su talento y su corazon al servicio del bien, en vez de malgastarlo en locas empresas, habria Vd. comprendido que era mucho más grande el pueblo impresionado por el amor, que el pueblo dominado por el ódio.

—Todo eso es muy cierto, contestó Picornel con doloroso acento. Por eso espero resignado mi castigo. Yo declararé antes de morir todos los secretos de mi alma; yo pediré á Dios que mi sangre sirva para evitar á una nacion tan noble y generosa los horrores y los crímenes que se han desencadenado en Francia.

Sebastian Reyes permaneció meditando; silencioso, algunos instantes. —¿Por qué no eleva Vd. al rey un memorial, le dijo, confesando los errores en que ha vivido y el arrepentimiento sincero que se ha apoderado de su corazón? Quizás entonces obtendría Vd. el perdón, porque los sentimientos de S. M. son grandes y generosos; y ¿qué mejor modo de redimir su culpa que consagrar su vida á la defensa de lo que ha querido destruir?

—Es ya tarde, dijo Juan.

—¡Oh, no! Yo mismo llevaría ese escrito á S. M.; yo alegaría los títulos que tengo, por haber descubierto la trama, para ser escuchado; yo pediría clemencia y casi estoy seguro de que la obtendría.

—No puede ser; para algunos quedaria entonces impune mi atentado, y es preciso que se borre con mi sangre la iniquidad que abrigaba mi pecho.

—Piense Vd. en su esposa.

—Para ella solo quiero la piedad de los reyes.

VII.

Sebastian insistió, pero inútilmente; y, sin embargo, despues de haber oido á Juan Picornel su firme resolución; despues de conocer á fondo las bellas cualidades de su corazón, cualidades que solo una ceguedad la-

mentable hubiera podido oscurecer á sus ojos, se decidió á hacer por su parte las más apremiantes gestiones para salvarle de la muerte.

Se despidió de él, y acto continuo fué á ver al duque de la Alcudia con el propósito de conseguir sus deseos, aliviando la crítica situación del desgraciado Picornel.

—Señor, le dije; yo, que entregué á V. E. al culpable; yo, que delaté á Juan como conspirador, vengo á pedirle gracia para él.

—Mis esfuerzos han sido infructuosos, contestó Godoy.

—¿No podría yo ver á S. M.?

—Difícil es.

—Acaso no, con el apoyo de V. E. Creo que si yo pudiera hablar al rey nuestro señor, despertaría, de seguro, la piedad en su alma.

—No es necesario; el rey ha perdonado ya á los reos, pero la justicia es inexorable, y el rey, como buen rey, tiene que doblegar su frente ante las leyes y ahogar sus magnánimos sentimientos ante el fallo de la justicia.

—Perdóneme V. E. si insisto.

—Esa insistencia le honra á Vd., y no seré yo ciertamente quien se oponga á ella. Dentro de breves instantes voy á palacio; venga Vd. conmigo, y yo le ofrezco que verá á S. M.

Poco despues se hallaba Sebastian Reyes en presencia de Carlos IV.

CAPITULO LX.

La clemencia.

I.

—Cuando al llegar á la cárcel supo Cármen que su esposo habia sido puesto en capilla, no pudo resistir la emocion y cayó desmayada.

Prestáronle auxilio el alcaide y los soldados que estaban de guardia, y al volver en sí, creyendo el primero que por el estado en que se hallaba Cármen no podria soportar la terrible emocion de ver á su esposo, al manifestarle la jóven su deseo de apurar hasta el fin el cáliz de la amargura,

—Ni es conveniente, ni es posible, le dijo, que le vea Vd. ahora. Está con los hermanos de la Paz y Caridad; despues vendrán los padres agonizantes y hasta la noche no podrá Vd. entrar en la capilla.

Cármen insistia, sin embargo, y al ver lo inútil de sus esfuerzos,

—Bien está, dijo; pero consiéntame Vd. al ménos que aguarde aquí el momento de verle.

Comprendiendo que su voluntad era irrevocable, la llevó el alcaide á sus habitaciones.

Cármen pidió recado de escribir.

Con pulso tembloroso trazó algunas líneas para Dolores. Confiábala en ellas que estaba resuelta á morir al lado de su querido esposo; pedíala que encomendase á Dios su alma, y para dejarla una grata memoria en su corazon le revelaba el resultado de su entrevista con Antonio, los propósitos de este y la resolucion que habia tomado para llegar algun dia á ser digno de ella.

II.

Terminando estaba la epístola cuando se presentó el alcaide seguido de un gentil-hombre.

—Este caballero, dijo á Cármen, viene de parte de S. M. la reina nuestra señora á buscar á Vd.

—¿A mí? preguntó Cármen sorprendida.

—Sí, señora, contestó el gentil-hombre; S. M. desea ver á Vd.

—¿Será cierto?

—Puede Vd. seguirme, segura de que hallará en su corazon toda la clemencia que necesitan sus padecimientos.

—¿Y he de partir sin ver á mi esposo, sin darle siquiera el último adios?

—Es necesario; S. M. lo ordena.

—¡Oh! Déjeme Vd. tan solo escribirle dos líneas.

—Haga Vd. lo que guste.

—Doy á Vd. infinitas gracias por este favor.

III.

Cármén se sentó y escribió con rapidez las siguientes líneas:

«Juan de mi vida: He venido á buscarte para morir contigo. S. M. me llama y acudo á cumplir sus órdenes. Despiértase en mi pecho una dulce esperanza. Si no llega á realizarse; si me impiden que te dé el último adios, yo te juro por el amor que nos profesamos no sobrevivir á mi desdicha.»

Rogó al alcaide que hiciese llegar aquella carta á poder de Juan, y partió con el gentil-hombre en un coche de palacio, que esperaba á la puerta de la cárcel, presa de una horrible angustia, deseando al par que temia ver á la reina, que con tanta urgencia queria verla.

La esperanza y la duda mortificaban á la desdichada jóven de una manera cruel, imposible de describir.

IV.

Apenas llegaron al régio alcázar fué conducida á presencia de S. M., que la esperaba con la sonrisa en los labios.

Cármén se echó á sus piés, vertiendo un mar de lágrimas.

—Tranquilízate, hija mia, dijo María Luisa levantándola con ternura. Yo tengo confianza en que podre-

mos librar de la muerte á los reos; pero si así no fuese, yo no te desampararé nunca.

Cármen dió las gracias á la reina, pero la manifestó que estaba decidida á morir al mismo tiempo que su esposo.

Hizola S. M. varias preguntas, y conociendo Cármen que se interesaba por ella, le refirió minuciosamente toda su historia.

Era demasiado triste para que no conmoviese á María Luisa.

—¡Oh! dijo la reina despues de haberla oido, ahora más que nunca estoy resuelta á vencer los obstáculos que puedan oponerse á la clemencia del rey mi augusto esposo. Comprendo, pobre jóven, el horrible martirio que sufres, y procuraré por todos los medios que estén á mi alcance que vuelva la dicha y la tranquilidad á tu espíritu.

Y dando órdenes para que fuera conducida Cármen á una habitación que le habia mandado preparar, pasó inmediatamente á la cámara régia, donde á la sazón se hallaba el duque de la Alcudia y Sebastian Reyes inclinando el ánimo del monarca en favor de Picornel al referirle las excelentes cualidades que adornaban á aquel desventurado.

V.

La reina influyó tambien por su parte en favor del reo, y el magnánimo Cárlos IV,

—Dejadme hablar, dijo, con los magistrados que dictaron la sentencia, y yo os ofrezco que salvaré la vida de esos infelices.

Poco tiempo despues mandó llamar con urgencia á los jueces de los conspiradores, y manifestándoles sus vehementes deseos de perdonar, les pidió que buscasen el medio de satisfacer sus generosos sentimientos.

Los magistrados deliberaron y declararon que en conciencia no podian revocar su fallo, dada la gravedad del delito que resultaba contra los reos.

—Pues bien, dijo Cárlos IV; si vosotros como jueces no podeis perdonar, yo, como juez supremo, puedo usar de la régia prerogativa que me concede el cetro que Dios ha puesto en mis manos, y convencido, como estoy, de que solo una lamentable ceguedad ha podido impulsar á esos desgraciados á conspirar contra mí, les perdono la vida, y únicamente, para que la justicia quede satisfecha, dispongo desde luego que se conmute su pena en la de reclusion perpétua. Designad vosotros los castillos á donde deban ir, y consultadme.

VI.

Los magistrados acataron la voluntad soberana, y aquel mismo dia, al propio tiempo que Godoy comunicaba á Juan Picornel la fausta noticia y los tribunales disponían que fuesen los reos sacados de la capilla y esperasen en la cárcel las órdenes del gobierno, la reina María Luisa corrió á participar á Cármen el perdon de su esposo, y añadió estas palabras:

—Tendrá que ir á un castillo, porque su absolucion no puede ser completa; pero yo confio en que las personas que se interesan por tí y por tu esposo completarán su obra proporcionándole entera libertad.

—¡Ah, señora! dijo Cármen echándose de nuevo á los piés de la reina. V. M. siembra beneficios en corazones agradecidos. Yo os juro que, tanto mi esposo como yo, sabremos corresponder á la munificencia de V. M.; pero si la esperanza que abriga vuestro magnánimo corazon no se realizase; si al librar á mi esposo de la muerte no es posible librarle de la reclusion perpétua, apiádese V. M. de mí y consiga que yo sufra la misma pena, que yo acompañe á mi esposo, que no me separe nunca de él.

—Te lo ofrezco, dijo María Luisa; pero ahora debes ir á la cárcel; deseará el infeliz reo escuchar tus consoladoras palabras.

VII.

Cármen se despidió de la reina repitiéndola su eterno agradecimiento, y al dirigirse por la calle Mayor á la cárcel de Córte se acordó de los beneficios que le habia dispensado la marquesa del Puente, de la promesa que habia hecho á Dolores, y deseosa de comunicar su alegría á aquellas personas que tanto interés habian manifestado por ella, entró en casa de la marquesa.

Desde luego extrañó mucho á Cármen al llegar ver á algunos alguaciles en la puerta; pero hallando franco

el paso, llegó hasta la estancia á donde la habia conducido su protectora cuando la halló próxima á ceder al cansancio y al dolor en la iglesia de Santa María.

Una criada la reconoció, y acercándose á ella:

—¡Ay, señorita! ¿No sabe Vd. lo que pasa? le dijo.

—¿Qué sucede? preguntó alarmada Cármen.

—La señora marquesa acaba de sufrir un disgusto que va á costarle la vida.

—Explíquese Vd., por Dios; ya sabe Vd. cuánta es mi gratitud hácia esa señora, y...

—Ha sido un suceso inesperado. ¡Quién podia imaginar!...

—Pero hable Vd., por Dios.

—¡Es tanto lo que padece en estos momentos mi señora, que!...

VIII.

Dicho esto vino á cortar la frase un copioso llanto que vertia la fiel criada.

—Cálmese Vd., por Dios, y sáqueme de esta impaciencia; dígame de una vez lo que ocurre.

—Pues nada, añadió la doméstica enjugándose las lágrimas; hace un instante que se presentó la justicia en esta casa á reclamar á la señorita Dolores en nombre de sus padres adoptivos, que, por lo que he podido averiguar, la habian recogido siendo niña, y habia vivido en su compañía hasta que hará cosa de un mes desapareció sin que pudieran averiguar su paradero;

pero al saberlo, yo no sé cómo han presentado pruebas á la justicia, y hace un instante han llegado, han hablado con la señora marquesa, han hecho algunas preguntas á la señorita Dolores, y al decir que no tenían más remedio que llevársela á casa de sus padres, sin perjuicio de averiguar quién era el verdadero culpable de su desaparicion de Sevilla, la señora se ha afectado de tal modo, que le ha dado un síncope y está en él. No sabemos si se salvará.

IX.

En esto se presentó Dolores, y al ver á Carmen, corrió á sus brazos, haciendo una seña á la criada para que saliese.

—¡Ah, mi buena amiga! La Providencia la envia á Vd., dijo á Carmen.

—Ya sé lo que ha pasado.

—Mis padres adoptivos han llegado ayer mismo á Madrid y quieren arrancarme del lado de la señora marquesa.

—Y Vd., ¿qué piensa hacer?

—Debo á ellos y á esta buena señora una inmensa gratitud.

Hágame Vd. un favor; ya sabe Vd. dónde viven.

—Sí.

—Perdone Vd. que sea egoísta; pero la suplico encarecidamente que vaya á verles, que les diga que vengán en seguida, porque quizás cuando me oigan hablar

pueda arreglarse todo y volverá á mi alma la felicidad que ha perdido.

La esposa de Picornel se apresuró á cumplir los deseos de Dolores, y olvidando en aras de la gratitud la necesidad que tenia su alma de comunicarse con Juan, abrazó á su amiga y partió inmediatamente para la calle del Cármen.

Allí encontró otra escena no ménos lastimera que la que habia presenciado en casa de la marquesa.

María del Pópolo lloraba como una Magdalena.

— ¡Mi hijo! gritaba. ¡Yo no quiero que mi hijo vaya á la guerra; no, de ningun modo; que lo devuelvan á mi amor.

Pepe-Hillo, afligido tambien, procuraba consolar á su querida esposa.

— Aun será tiempo, la decia; no pué estar mu lejos, y yo iré hoy mismo á ver ar duque de la Alcudia, ya que no está en Madrí el duque de Osuna, mi protetor, pa que por su influencia otenga de S. M. el rey una órden á fin de que regrese Antonio á la casa que ha abandonao; y lo hará, no lo dudes, lo hará en cuanto sepa que hemos descubierto er paraero de Dolorsillas. No te aflijas, mujé, que güervo ahora mesmo.

XI.

Ya se disponia á salir, cuando reparó en Cármen, que habia presenciado la escena inmóvil, sin atreverse á pronunciar una sola palabra.

—¡Ah! ¿es ozté? dijo saludándola; mu bien venía.

Cármen, despues de saludarles, refirió en breves palabras los deseos del jóven y les explicó la parte que habia tenido en la resolucion de Antonio y los motivos que le habian obligado á alistarse en el ejército que peleaba en la frontera.

Pepe-Hillo oia esta relacion con el mayor entusiasmo.

Al terminar Cármen la pequeña historia,

—Dios la bendiga á ozté, exclamó con vehemencia; ma dao ozté la vía. Si esos son los motivos ca tenío mi hijo pa dir á la guerra, bien teníos están y malegro deyo. Ya lo has escuchao, María; er chavó está perdió por Dolorsiyas, y como ahora salimos con que esa jembra es una señorita de caliá, justo y mu justo es que nuestro hijo se haga un hombre é provecho pa aspirar á eya. Mira, María, ahí te deajo; quéate en casa, que yo voy ahora mesmo dende aquí á ver á la marquesa.

XII.

Dicho y hecho.

Pepe-Hillo y Cármen salieron de casa de María del Pópolo.

El primero se encaminó á la plaza de Santa María, y la segunda á la cárcel de Córte.

Ahora veremos lo que sucedió á uno y á otro, y al mismo tiempo explicaremos cómo habia sabido el célebre torero el paradero de Dolores.

La entrevista entre Carmen y Juan fue en extremo breve. Apenas se saludaron y se saludó, se despidió Carmen y se fue á su casa. Juan se quedó en la plaza de Santa María, y se puso á pensar en lo que habia pasado. Le vino á la memoria la conversación que habia tenido con Carmen, y se acordó de lo que le habia dicho. Se acordó de lo que le habia dicho, y se acordó de lo que le habia dicho. Se acordó de lo que le habia dicho, y se acordó de lo que le habia dicho.

—Juan mio, exclamó el fin Carmen; Dios sea bendito que los sollozos extinguían su voz. — Juan mio, exclamó el fin Carmen; Dios sea bendito que los sollozos extinguían su voz. — Juan mio, exclamó el fin Carmen; Dios sea bendito que los sollozos extinguían su voz.

—Juan mio, exclamó el fin Carmen; Dios sea bendito que los sollozos extinguían su voz. — Juan mio, exclamó el fin Carmen; Dios sea bendito que los sollozos extinguían su voz. — Juan mio, exclamó el fin Carmen; Dios sea bendito que los sollozos extinguían su voz.

—Juan mio, exclamó el fin Carmen; Dios sea bendito que los sollozos extinguían su voz. — Juan mio, exclamó el fin Carmen; Dios sea bendito que los sollozos extinguían su voz. — Juan mio, exclamó el fin Carmen; Dios sea bendito que los sollozos extinguían su voz.

El primero se encaminó á la plaza de Santa María y la segunda á la cárcel de Corte. Ahora veremos lo que sucedió á uno y á otro y al mismo tiempo expusimos el capítulo LXI. Había sabido el noble forero el paradero de Cármén.

Tregua al dolor

I.

La entrevista entre Cármén y Juan fué en extremo conmovedora.

Durante largo rato permanecieron estrechamente abrazados y sin poder articular una sola palabra, porque los sollozos extinguían su voz.

—Juan mío, exclamó al fin Cármén; Dios sea bendito, que se ha apiadado de nosotros.

—Sí, Cármén de mi alma, sí; bendito sea, porque aunque al librarme la vida no me devuelven la libertad, me permitirán consagrar todos los días de mi existencia á agradecer las bondades de los que en esta ocasión nos han dado tantas pruebas de afecto.

Cármén refirió entonces á Picornel todo lo que le habia sucedido desde que no se veían, y repitió las palabras que al despedirse de ella habia dicho la reina.

Los dos permanecieron refiriéndose sus impresiones de aquellos hermosos días, y aun estaban empleados en

tan cariñosos coloquios cuando acudieron á comunicar á Juan que el tribunal habia dispuesto, al conmutar su pena por la de reclusión perpétua, destinarle á un castillo en Portocabello.

—Es necesario, dijo Juan á su esposa, que vayas inmediatamente á palacio y procures ver á S. M. para darle las gracias en mi nombre y asegurarle que todos los dias de mi vida pediré á Dios por su felicidad. Al mismo tiempo, ya que te hallas resuelta á no abandonarme, alcanzarás de su piedad que te permitan venir conmigo, y entonces ese destierro al que me condenan, ese aislamiento en que hemos de vivir será un reflejo de nuestra felicidad.

Cármén se apresuró á cumplir los deseos de Picornel, y para llegar más pronto á la presencia de los reyes, fué á ver primero al duque de la Alcudia.

II.

Apenas le anunciaron la llegada de la jóven, se apresuró á recibirla.

—¿Está Vd. satisfecha?

—¡Oh! sí señor; satisfecha y agradecida.

—Pues bien; aun he de hacer yo más por Vd. y por su desgraciado esposo.

—¿Aun más, señor?

—Cuando los que delinquen se arrepienten; cuando los que por un instante han podido ser criminales vuelven en sí, es deber de todos los hombres honrados en-

dulzar su desgracia. Voy á comunicar á Vd. un proyecto que he concebido. Confío en la discrecion de la mujer y en la cooperacion de la esposa. Me he propuesto salvar á Picornel.

—¿Qué dice Vd., señor?

—El rey no sabe mi propósito; pero estoy seguro de que lo apoyará en cuanto lo conozca.

Al notar la impaciencia de Cármen:

—Vd. deseará, añadió, que le dé cuenta de mis deseos, ¿no es cierto?

—Sí señor, ¿para qué negarlo?

—Pues bien: de un momento á otro saldrán los cómplices de su esposo de Vd., dos para Portocabello y los otros dos para Panamá. Yo he podido obtener que Picornel vaya solo á Portocabello y salga el último, porque precisamente al mismo tiempo que él ha de ir un nuevo comandante de aquella fortaleza y llevará mis instrucciones. Estas instrucciones serán que, á los pocos dias de haber llegado el preso, le ponga en libertad.

—¡Ah, señor! exclamó Cármen, ¡y cuán bondadoso es Vd.!

—Tengo algun interés además que el que me inspira la caridad en favorecer de esta manera á mi antiguo secretario.

—El se complace en servir á Vd. siempre con la mayor lealtad.

—Pues bien: con los recursos que yo le ofrezco podrá al poco tiempo ponerse en camino para Francia, y con un nombre supuesto permanecer en esa nacion ob-

servando todo lo que suceda, y dándome cuenta detallada como agente secreto mio de cuanto averigüe ó sospeche. No es necesario que vaya Vd. con él á Portocabello. La travesía es molesta, y Vd. podrá permanecer en Madrid al lado de alguna honrada familia hasta que yo le avise que su esposo ha llegado á Francia. Entonces irá Vd. á reunirse con él, y lo único que le pediré será, si algun agradecimiento le merece lo que hago por su bien, que procure Vd. dominar la imaginacion de su esposo, que ha sido y puede ser aun su perdicion, haciéndole comprender que vale más la amistad sincera de un hombre como yo, que todo el esplendor de las posiciones con que ha soñado hasta ahora.

—¡Oh! Yo le juro á Vd., señor duque, que está curado para siempre de esa enfermedad que le ha llevado á las puertas del sepulcro.

—Muy difícil es eso; la ambicion es una de esas enfermedades con las que nace el individuo, y que no le abandona hasta que muere. Puede la experiencia mitigar los ataques; pero para vencer á la ambicion es necesario una continua lucha, y yo espero que Vd. ayudará á su esposo á obtener ese triunfo.

Sus cómplices, añadió el duque de la Alcudia, van á salir mañana para su destino. Que no los vea Picornel. Él se embarcará dentro de cuatro dias, pero antes le veré yo y le daré mis instrucciones. ¿Tiene Vd. alguna familia en cuya compañía quedarse?

—He perdido á mis padres y no creo tener amigos, porque soy desgraciada. Sin embargo, pediré hospitali-

dad á un hombre de gran corazón á quien V. E. conoce. Me ha dispensado ya algunos favores; estima mucho á mi marido y estoy segura de que me amparará.

—¿Dice Vd. que le conozco?

—Sí; es el famoso torero Pepe-Hillo; y si no temiera abusar de la bondad de V. E., me atrevería á decirle que es muy posible que de un momento á otro venga también á implorar la protección de V. E.

—Cármén refirió á Godoy cómo había descubierto á la hija adoptiva de Pepe-Hillo y la escena que aquella misma mañana había presenciado en casa de la marquesa del Puente.

—Yo haré en su obsequio cuanto pueda, dijo Godoy; y por de pronto, para tranquilizar á la madre de ese jóven, que impulsado por tan nobles sentimientos ha ido á la guerra, anúnciele Vd. que muy en breve será su hijo nombrado sargento, y á poco que se detenga alcanzará una charretera.

Satisfecha con las esperanzas que le daba Godoy, volvió á casa de Pepe-Hillo, y María del Pópulo, que aun aguardaba á su esposo, acogió con gratitud las promesas de Godoy y se ofreció gustosa á hospedar en su casa á Cármén durante el tiempo que se viera obligada á permanecer en España.

—He perdido á mi marido y me creo feliz.

—He perdido á mi marido y me creo feliz.

Aquel mismo día salieron para su destino Lax, Garasa, Andrés y Cortés.

Los dos primeros fueron á Portocabello, donde Lax no tardó en sucumbir víctima de la tristeza que se apoderó de su alma.

Garasa consiguió evadirse de su prision, y después de muchas peripecias fué á establecerse al Brasil.

Andrés y Cortés fueron á Panamá, y cumplieron su condena hasta que aquella colonia se declaró independiente.

Godoy comunicó sus proyectos á Picornel, y este, conmovido al escuchar sus generosos sentimientos, ofreció consagrarle por completo toda su vida.

Godoy puso en sus manos una crecida cantidad de dinero para que pudiera emprender el viaje y llegar luego á Francia; le dió instrucciones y se despidió de él estrechando su mano con efusion.

—V. E. no me ha salvado solo la vida, sino la honra, dijo Juan Picornel.

—Veremos si Vd. me ayuda á salvar los peligros que me rodean, contestó Godoy.

V.

Más adelante veremos cuál fué el resultado de este pacto, inspirado á un tiempo por el afecto y el interés.

Juan entregó á Cármen de la cantidad que habia recibido lo necesario para que pudiera sostenerse en Madrid y emprender el viaje á Francia cuando el duque de la Alcudia se lo indicase, y se dispuso á partir.

Abandonémosla por ahora para volver á ocuparnos principalmente del protagonista de esta historia.

CAPITULO LXII.

Pormenores.

I.

Quando Pepe-Hillo llegó á casa de la marquesa, ya habia vuelto en sí aquella señora, y con voz conmovida pedia á la justicia que aplazase su determinacion, hasta tanto que hablara con la jóven y pudiera celebrar además una conferencia con sus padres adoptivos.

Apenas acababa de hacer esta súplica, le anunciaron la llegada del famoso torero; y no teniendo paciencia para esperarle, salió á su encuentro y halló á Dolores en los brazos de su padre adoptivo.

Aquel hombre del pueblo, aquel Hércules que en presencia de una fiera no temblaba, lloraba como un niño al tener en sus brazos á Dolores.

—Lolilla de mi vida, decia entre sollozos; no sabes tú las penas que he pasao buscándote por esos mundos. Que vengan á arrancarte de mis brazos: primero me arrancarían el corason.

La marquesa, apelando á los buenos sentimientos

del torero, le suplicó que retirase la demanda que habia hecho á la justicia, empeñando su palabra de honor de que si despues de hablar con ella insistia en llevarse á Dolores, saldria de su casa sin necesidad de que la justicia interviniera.

Dolores por su parte suplicó á Pepe-Hillo que accediera á los ruegos de su protectora.

—Pus no hay más que hablar, dijo el torero; en pidiéndomelo mi Lolilla y en viendo llorar á una señora como Vd. llora, ya estoy perdido. ¿Dónde está el señor juez?

—Venga Vd., venga Vd., dijo la marquesa.

Y conduciéndole á la morada donde se hallaban los agentes de la autoridad, le dejó hablar con ellos.

II.

Despues de formular su súplica, el alcalde manifestó que, puesto que él era el demandante y retiraba la demanda, no le quedaba más que hacer que pedir mil perdones á la señora marquesa por las molestias ocasionadas, y retirarse.

Se retiró, pues, la justicia y quedaron solos la marquesa, Dolores y Pepe-Hillo.

—Ha llegado un momento que me temia, dijo la primera. Pero las circunstancias han querido que me vea obligada á hacer á Vd. revelaciones que más tarde pensaba hacerle. Despues de oirme Vd., resolverá. Yo, por mi parte, cumpliré mi palabra.

—Si S. E. se pone en rason... dijo Pepe-Hillo.

—No me dé Vd. tratamiento. Han dispensado Vd. y su esposa demasiados beneficios á esta jóven para que yo no sienta una inmensa gratitud hácia Vds. No hay jerarquías entre nosotros: nos une el cariño que profesamos á esta pobre huérfana. Hábleme Vd. como á una amiga.

—Sea en buen hora; pero despues de lo que he sufrido buscando á esta mosuela, la verdá, mucho tié osté que desirme pa que yo me conforme al perder á esta niña de mis ojos.

—Hemos de hablar á solas.

—Como osté quiera.

—Dolores, añadió la marquesa dirigiéndose á la jóven; tú eres buena y complaciente. Vamos á decidir de tu suerte, y no está bien que tú escuches revelaciones que, aunque más tarde podrias saberlas, hoy quitarian alguna alegría á tu corazon. Déjanos un instante.

III.

Dolores obedeció besando respetuosamente la mano de la marquesa y dando un nuevo abrazo á su padre adoptivo.

La marquesa y Pepe-Hillo quedaron solos.

—Ante todo, dijo la primera, ¿cómo ha sabido usted que Dolores estaba en mi compañía?

—De una manera providencial. Puesto que vamos á confiarnos el uno al otro, pa que osté me cuente la

historia con toos sus pelos y señales, prinsipiaré yo contándole too lo que me ha pasao desde el maldesío instante en que me notisieron que mi Lolilla habia desaparesío.

—Mucho le agradeceré á Vd. esa confianza.

—Osté que se interesa tanto por esa niña, debe saber su origen.

—Yo no sé...

—Pus bien, vino á mi casa, y Dios sabe que nos trajo la alegría, porque ya se vé, hemos tenío tres hijos, pero los tres varones, y era de nesesidá que una carita de páscua y un cuerpesito retrechero anduviese por la casa saltando y brincando pa que se nos alegrara el corason.

Con esto digo á osté too cuanto pudiera desirle pa que sepa que hemos querío á Lolilla más que á la niña de los ojos.

Yo tengo mi casa en Sevilla, pa lo que osté guste mandar. Allí estamos de asiento, pero mi ofisio me ha-se andar recorriendo la Ceca y la Meca, y aunque muy pocas veses me aparto de mi mujé y de mis hijos, la verdá, por no exponer á Lolilla á las incomodidaes de un viaje, consentí dejarla en casa de mi hermana.

Allí estaba cuando de pronto vino la fatal nueva. La niña habia desaparesío. ¡Ah! Dios le perdone á osté, ó á quien haya sío quien nos la ha arrebatado, porque las penillas que hemos pasao mi María y yo desde que la perdimos de vista hasta este instante han puesto más negro nuestro corason que una bayeta de un intierro.

—Cuando Vd. sepa los motivos que me impulsaron á arrebatarla de su lado, dijo la marquesa, es posible que halle disculpa.

—No hay que hablar del asunto. Yo soy así; me altero en seguida, pero despues no tengo ni una miaja de rencor.

IV.

—Vamos al cuento, prosiguió Pepe-Hillo. Apenas supimos que la niña se nos habia marchao de entre las manos, nos pusimos en camino, fuimos á Sevilla, registramos toos los rincones, jonjabamos á too el mundo pa que nos diera noticia de su paraero, y ná; parecia que una losa habia caído sobre ella.

Yo tengo amigos y de campanillas; les hablé á toos, se pusieron en movimiento, y ná: Lolilla no parecia ni muerta ni viva. Yo busqué á los gitanos y les ofresí un puñao de onsas porque me descubrieran su paraero. Algunas me han sacao los condenaos, pero la chica, sin paeser. Más afligíos estábamos que un Cirineo del Santo Intierro, cuando llegó á mis manos una carta que me llevó desde Madrí uno de mi cuadrilla, Santillos, no sé si osté le conoserá: un moso mu cruo, mu bien plantao, y que es banderillero; y por sierto que á honrao no le gana naide. Pus ese moso me desía que mi hijo el mayor estaba mu triste y mu afligío, y que le habia dao la humorá de alistarse de soldao pa irse á la guerra á que lo mataran. Y póngase osté en mi caso y

en el de su mare, señora; así es, que pa impedir que hiesiera la calaverá, nos pusimos en camino y llegamos aquí, pero ya era tarde; el mosito, olvidando á su pare y á su mare, se habia ya díó á servir al rey, y pa colmo de penas, ni en too el camino, ni en Madrí mismo, aonde preguntamos en cuanto llegamos, naide daba rason de la Lolilla. A poco de llegar se me presentó otro muchacho de los de mi cuadrilla, que hase mu pocos meses era un gatera; me habló, le recogí y le puse al ofisio:—Pairinito, me dijo, yo sé que está osté mu afligío porque le han robao una hija.—Es verdá, contesté.—Pus bien, me paese que he dao con ella.

Sin querer dar crédito á sus palabras, le jonjabé pa que dijera too lo que sabia, y entonses me contó que hará un par de semanas vió bajá de un coche de viaje á una señora y á una jóven... No se ofenda osté, señora marquesa, pero el muchacho se fijó más en la jóven que en osté... La oyó hablar porque se paró á diquelar aquella cara de sielo junto á la puerta; y por el habla andalusa, por la edad que la muchacha tenia y por oirla llamar Dolores, se le metió en la cabeza que era la niña que yo buscaba. Entonses, la verdá: vas á ganarte una onsa, le dije, si por cualquier presona de su casa logras saber si te has equivocao, ó si estás en lo sierto. Y si susede lo primero, ven en siguía á desírmelo.

Como él se arreglaria, no lo sé; pero averiguó que la señora marquesa del Puente habia estao en Sevilla por el tiempo en que desapareció mi Lolilla; se habia embarcao para dir á Cataluña y habia venío á Madrí

con una niña que se llamaba Dolores y que lloraba mu á menuo preguntando por sus pares adotivos, sin que naide la respondiera.

—¿Y por qué entonces, dijo la marquesa, no vino usted á verme antes de pedir auxilio á la justicia?

—Señora mia, francamente, yo creía que S. E. seria una dama mu encopetá, que tendria valimiento en la córte, y aunque lo tengo yo tambien porque el señor duque de Osuna y el de la Alcudia me distinguen con su amistad, vamos, me alteré, y como yo supe que los pares de la chica no habian paresío aunque los habiamos buscao por toas partes, yo me dije: pues náa, la han recogío; y me fuí á la Sala de Alcaldes, expuse mi querella, se dió entonses la órden al alcalde de cuartel que se ha marchao háse poco, y lo demás ya lo sabe Vd. Ahora, señora, espero que nos explicará Vd. los motivos que ha tenío pa darnos esta pesaumbre. Si son poerosos como Vd. dise, Pepe-Hillo, que ha venío aquí como un enemigo, se marchará teniendo la honra de besar la mano á la señá marquesa del Puente.

V.

Apenas terminó el torero la última frase, se presentó un lacayo y habló algunas palabras al oido de la marquesa.

—Va Vd. á perdonarme algunos instantes, dijo aquella buena señora á Pepe-Hillo; pero para que no esté Vd. solo haré que le acompañe Dolores. Despues

satisfaré los deseos de Vd., y yo creo que, en efecto, nos separaremos siendo amigos.

—¡Ojalá!

—Llame Vd. á la señorita Dolores, dijo la marquesa al lacayo.

—Un momento despues entró la jóven y salió su protectora.

CAPITULO LXIII.

La misma historia por el reverso.

I.

—Vamos á ver, estrellita é mi alma, dijo Pepe-Hillo. Nos hemos quedao solos, y yo me alegro: ansina podremos los dos vasiar el saco de los pecaos. Vas á contarme con toos sus pelos y señales too lo que te ha pasao ende que te llevaron de casa de mi hermana.

—Lo haré como Vd. quiere, paresito; pero con una condision.

—Habla, capuyito é rosa!

—Con la de que no se ha de incomoar Vd. con su Lola.

—¡Pus no fartaba más!

—Es que he sío culpable.

—¿Tú? No pue ser.

—Oiga Vd. y lo verá. Cuando nos separamos en Sevilla le pedí á Vd. con muchas ganas que me trajera Vd. á Madrí.

—Es sierto.

—Toos los años le veia á Vd. partir á cumplir las contratas, á torear en las plasas, solo unas veces, acompañaio otras de mi maresita, y yo me queaba contenta porque no se iban de mi lao sus hijos de us-té y mis hermanos, á quienes queria y quiero como á las niñas de mis ojos.

—Bendita sea tu boca.

—Siempre me traia Vd. algo al volver: sortijas, arracás, abánicos, en fin, algun recuerdo; y yo, agraesía á tanto cariño y á tantos agasajos, toas las noches al acostarme me postraba delante de la imágen de la Virgen y le pedia llena de fervor que le librase á Vd. de los peligros.

—Aun me acuerdo de cuando llevaste hábito un año, porque me libró Dios de la muerte en la cogia que tuve en Ronda.

—Pero, vamos al caso: el año pasao se llevó á Antonio, ¡y la verdá, me quedé tan triste!...

—¡Picaruela!

—Por eso fué por lo que le pedí á Vd. con tantas án-sias que me trajera este año; quedarme sola me apena-ba. Al despedirnos, viendo Vd. que lloraba como una Magalena: «Calla, mujé, me dijo; yo te prometo si eres buena mandarte á llamar.»

—Fué pa que te calmases.

—Yo creí la promesa, y en mis oraciones pedia siempre á la Virgen que le tocase á Vd. en el corason pa que me cumpliera su palabra. En esto, un dia al

llevarme á misa, la mandaera me contó que habia llegao una señora de Madrí, á la que ella habia servío en otro tiempo, y añadiendo: —«Ella debe conoser al Sr. Pepe-Hillo y podia darnos notisias tuyas.» Me llevó á casa de la marquesa, que, en efeto, habia llegao uno de aquellos dias á Sevilla.

—Es desir, que la mandaera...

—Sí, me llevó.

—¡Habrà arrastráa!

—No la culpe Vd.

—Esagraesía... y pensar que otavía le ha dao tu mare un guardapiés nuevesito, y yo una tumbaga y diez ducacos.

—Repito que toa la culpa no es suya. Movía yo por la curiosiá que atisaba en mi alma el deseo de ver á una señora de Madrí y de tener alguna notisia de Vd., fui con la mandaera á ver á la marquesa. ¡Con qué cariño me resibió! Paresia gozarse mirándome, y á ca instante exclamaba: «¡Es su vivo retrato! ¡Dios la bendiga! Y me comia á besos y me estrujaba á abrasos.»

—¡Cuando yo igo que aquí hay intríngulis!

—De pronto dió orden á la mandaera pa que fuese á buscar algunos dulses, con los que queria osequiarme. Solas quedamos, solas, y entonses me dijo:

—«¿Quieres ver á tus pares adotivos?»

—«Mucho lo deseo, le contesté.

—«Pus bien; has de saber que yo he venío á buscarte en su nombre. ¿Qué te dijo Pepe-Hillo al separarse de tí?»

—»Me ofresió que enviaria por mí.

—»Pus ya ves cómo cumple su palabra. Y has de saber que antes de ahora ha escrito á su hermana pa que aprovechase la primera proporsion que hubiera de enviarte; pero ella contestó que por ná del mundo te dejaria marchar. Pepe-Hillo, que va muy á menuo á mi casa en Madrí, supo que yo tenia que venir á Sevilla, y me dijo: «Señora marquesa, ya sabe Vd. el deseo que tengo de que venga Dolores: ya que va Vd. á Sevilla, por medio de la mandaera de mi hermana podrá Vd. ver á solas á mi hija: dígale Vd. en mi nombre que, sin desir ná á naide, lo prepare too y se escape con Vd. Su tia se enfaará; pero la escribiremos, y como tiene buen corason, nos perdonará el disgustillo que vamos á proporsionarla.»

—Bien lo hiló la señá marquesa.

—Me dió instrusiones y queamos en que al dia siguiente por la tarde iria yo al Ángel; la mandaera me dejaria segun costumbre pa volver por mí al concluirse la novena; la marquesa estaria en la Iglesia, saldria con ella, me llevaria á su casa, y las dos con su mayordomo aprovechariamos el primer barco que saliese pa Cádiz con el fin de embarcarnos allí pa buscarle á ozté.

—¿Y así lo hisísteis?

—Too al pié de la letra. Nos embarcamos, y yo sufrí muchísimo en la travesía. ¡Creí morir!

—Probe hija mia.

—Pero la esperansa de abrasar á ozté y á mi mare-sita, me alentaba... Al cabo de muchos dias llegamos

á un pueblo, y entonses la marquesa empesó á explicarme los verdaderos móviles que le habian impulsao á sacarme del seno de mi familia.

—¿Qué fué lo que te ijo?

—Me habló algo de mi origen, y me dió á conocer á un militar que debia ir á reunirse con mi padre. Cuando me vió, se le saltaron las lágrimas; estrechó mi mano y me aseguró que sería muy dichosa. Lo demás, doña Cármen se lo ha contado á usted. Hoy sé que ustedes me recogieron y mi gratitud es inmensa; hoy sé que voy á poder labrar su felisidá, y sé tambien lo que ha impulsao á Antonio á marchar á la guerra. Perdóneme ozté, paresito, por los disgustos que le he dao; y si quiere osté que sea dichosa, escuche mis propósitos con cariño. Sé que Antonio me quiere, y yo le quiero á él más que á á mi vía. Mi corason me dise que volverá pronto, y entonses, si, como espero, puedo conoser á mi padre, le pediré como hé pedido ya á la marquesa por toa gracia que me otorgue permiso pa ser la esposa de Antonio.

II.

De esta manera terminó Dolores su relato; y al mirar á Pepe-Hillo, vió que sus ojos estaban anegados en lágrimas, pero lágrimas de felicidad.

—Mira, chiquilla, dijo el torero, me has hecho llorar... Quiera Dios realizar esos deseos, que son los míos; y quiera al mismo tiempo que al verte hecha una mosa de caliá, no te avergüenses de la familia que te ha tenío

al lao ende que eras resien nasía ó poco ménos, y te ha querío siempre como si hubieras nasío en su seno.

—Eso nunca, contestó Dolores.

—¿Y si te obligaran á ello?

—Preferiría renunsiar á too, hasta al cariño de mi padre, por no ser ingrata con ustedes.

III.

La marquesa interrumpió la conversacion de Pepe-Hillo y de Dolores.

—¡Ay! amigo mio, dijo al torero con acento de afliccion... ¿Si Vd. supiera lo que sucede?

—¿Alguna desventura?

—Una muy grande.

—Explíquese ozté, señora.

—Al darle cuenta de la noticia que acabo de recibir, puedo de paso satisfacer su justa curiosidad, y me alegro de que Dolores oiga en presencia de Vd. una revelacion que hasta ahora he vacilado en hacerle.

Pepe-Hillo y la jóven, alarmados ante aquel anuncio, excitaron á la marquesa á que se explicase.

—Todo lo que he hecho para arrebatár á esta niña del lado de Vd, prosiguió la marquesa, lo excusa el cumplimiento de un deber sagrado. Yo tengo un hijo que es militar. Muy jóven era cuando para restablecerse de una enfermedad le enviaron los médicos á Sevilla. Al volver, su carácter habia cambiado. Siempre triste, siempre taciturno; ni mi afecto ni mis súplicas

conseguían jamás una explicación. No había duda; una terrible pena había acabado con la alegría de su alma. Pero me amaba y me respetaba mucho; para cohonestar la pesadumbre que me daba con su silencio, mostrábase conmigo más cariñoso y complaciente que nunca. Pasaron los años y su tristeza no disminuía; su única distracción era el estudio, su única aspiración la gloria militar. Servía en el cuerpo de artillería, y al declarar España la guerra á Francia, pidió ser enviado de los primeros al campo de batalla. Partió, pero antes me reveló un secreto. Había tenido unos amores, y de ellos una niña, que por evitarme disgustos se había visto obligado á abandonar. Arrepentido, había dado pasos más tarde para averiguar el paradero de la madre y la niña. Después de muchas y minuciosas pesquisas, solo había logrado saber que la madre había muerto y que la niña había sido recogida por una familia del pueblo de Sevilla. Yo le ofrecí, accediendo á sus deseos, buscar á aquella llorada criatura, y la Providencia acudió en mi auxilio.

IV.

Pepe-Hillo, que estaba impaciente por oír el desenlace, quiso interrumpir á la marquesa.

—Déjeme Vd. contarle toda la historia, dijo aquella señora. Mi confesor oyó de mis labios la revelación que antes de partir me había hecho mi hijo, y le pedí consejo. Mi confesor conocía á Vd.

—¿Es el guardian de San Francisco?

—Sí.

—¡Oh! Ahora comprendo too lo que ha pasao.

—Sabia que Vd. tenia una niña prohijada, que sentia Vd. de cuando en cuando pena por no conocer á fondo todos los pormenores de su aparicion en su casa. Él le habló á Vd. y le pidió explicaciones categóricas; y yo supe que Dolores era la niña á quien lloraba mi hijo. Sí, añadió estrechando en sus brazos á la jóven; tú eres mi nieta. Lo demás Dolores se lo habrá referido á Vd. ¿Disculpa Vd. ahora mi conducta?

—¿No lo icen mis ojos? exclamó Pepe-Hillo llorando á lágrima viva.

—Ahora, prosiguió la marquesa, oiga Vd., y oye tú, hija mia, las noticias que acabo de recibir. Tu padre, aquel militar á quien viste en el pueblo de Cataluña, á donde arribamos, despues de batirse como un héroe, ha sido herido.

—¡Dios mio! exclamó Dolores.

—Ha sido herido de gravedad; los físicos no responden de curarle, y en su triste situacion desea que su madre y su hija acudan á prestarle cariñosos auxilios. Acabo de dar las órdenes para que salgamos esta misma tarde en una silla de posta.

—Es mu justo, dijo Pepe-Hillo.

—Sí, sí, exclamó Dolores.

—Lamento esta separacion.

—Yo tambien; pero lo primero es salvar al herío. De buena gana iria con ozté, pero tengo ajustáas las

corrías de Madrí, las de Saragosa y Logroño, y no pueo dir. No yores, Dolorsiyas: tu mare vendrá á verte, y ozté, señá marquesa, preguntará por mi hijo Antonio, y me dará ozté notisias suyas al mesmo tiempo que de su hijo de ozté.

—Prometo hacerlo así.

—Quiera Dios que mu pronto acabe la guerra con gloria de España, y que podamos ser felises.

—Tengo confianza en Dios.

V.

Pepe-Hillo, profundamente conmovido, se separó de la marquesa y de Dolores, y fué á su casa á contar á su esposa lo que le habia pasado.

María del Pópulo corrió á abrazar á Dolores, y no se separó de ella hasta que al anochecer la dejó en la silla de posta al lado de la marquesa.

Pepe-Hillo y su mujer tornaron á su casa llenos de tristeza.

—Paese que hemos perdío pa siempre la alegría, dijo María del Pópulo.

Despues de algunos segundos.

—¿Y por qué? exclamó Pepe-Hillo; nuestra Dolorsiyas está convertía en toa una señá marquesa, y quié casarse con nuestro hijo, que mu pronto será un ofisial de los de punta; y además, el lúnes próximo voy á matar seis toros de Cabrera.

—¿Y si Dolores nos olvíá?

- Eso no pué ser.
- ¿Y si muere nuestro hijo?
- Morirá por la patria y honrará el nombre de su familia, dijo el torero.

VI.

A este momento de entusiasmo siguió una reaccion dolorosa.

Pero Pepe-Hillo se acordó de que habia prometido hablar al duque de la Alcudia en favor de Cármen, y fué á verle.

Godoy le recibió y le manifestó que, interesado por la suerte de Picornel, procuraria salvarle.

A las protestas de gratitud del torero contestó Godoy aprovechando la ocasion para realizar un proyecto que abrigaba desde que el rey habia puesto en sus manos las riendas del gobierno.

Este proyecto era acabar con la aficion á los toros que dominaba al pueblo, suprimir las corridas, y el medio de realizar tan dificil empresa esperaba obtenerlo apartando de la lidia, por medio de dádivas y empleos productivos, á los diestros de más reputacion.

El momento que escogió para hablar á Pepe-Hillo era el más oportuno.

Por su hijo más que por él necesitaba una posicion elevada, que al fin y al cabo si se realizaban los deseos de Dolores y Antonio no se dijera que una marquesa se habia casado con el hijo de un torero.

Pero de todo esto hablaré más tarde, aprovechando la ocasión para condensar lo más importante de la historia del toreo, y las anécdotas y episodios más importantes enlazados con la lidia y las costumbres de los lidiadores desde el primer Romero hasta Pepe-Hillo.

Ahora debemos bosquejar la guerra que el entusiasmo patrio sostenía contra los perturbadores de la sociedad y los verdugos de Luis XVI.

CAPÍTULO LXIV.

Glorias olvidadas.

I.

Los lectores asistieron al entusiasmo del pueblo de Madrid por la guerra contra la república francesa y vieron la generosidad y abnegación de los españoles; al enterarse de los primeros pasos que dió en España la idea republicana han podido convencerse del favoritismo que había por los reyes legítimos.

Tiempo es ya de que consagremos algunas páginas á la guerra de 1793, que oscurecida por la famosa de la Independencia, apenas es conocida, cuando constituye uno de los timbres más gloriosos del ejército español en el reinado de Carlos IV.

En ella fué donde se educaron para las campañas contra los invasores los brillantes oficiales que, organizando las fuerzas vivas del país, lograron derrotar al capitán del siglo.

Abramos, pues, un paréntesis, y á grandes rasgos tracemos los principales episodios de aquella lucha, va-

liéndonos para ello del testimonio más auténtico. (a)

Después proseguiremos nuestra historia: hagamos ahora justicia á los héroes de 1793.

El Consejo Supremo militar, de que formaban parte los principales jefes de mar y tierra, acordó la formación de tres ejércitos, dos de los cuales, uno en la frontera de Guipúzcoa y Navarra y otro en la de Aragón, tendrían solo la defensiva, mientras el tercero tomaría la ofensiva por el lado de Cataluña para invadir el Rosellon, y ocupado que hubiese sido, avanzar luego al Languedoc, apoyadas y cubiertas nuestras armas por las montañas de Corbieres bajo la cadena que las une á los Pirineos y al mar.

II.

La ofensiva por aquella parte de la frontera era la más difícil, atendidas las defensas que allí ofrecen la naturaleza y el arte; pero razones poderosas militares y políticas la hicieron preferible, lo primero porque teniendo el enemigo en tierra propia una situación tan ventajosa y resguardada, si intentaba atacar por aquellos puntos, como era presumible que quisiera hacerlo, obraría sobre una base de operaciones formidable, y Cataluña correría muchos riesgos; lo segundo, porque ocupado aquel país por ejércitos españoles, sería mucho más fácil mantenerse sobre el suelo de la Francia, que penetrando en tierras descubiertas como el Labou, en el cual, falto de plazas y de posiciones militares bien

seguras, se debian tener ménos recursos para conservar las ventajas que podrian lograrse en un principio y evitar los azares de una retirada que llegara á ser forzosa.

Se necesitaba además dar la mano á la expedicion marítima, que fué igualmente proyectada sobre los puertos del Mediterráneo, expedicion bien importante, que como tal fué mirada en aquellas circunstancias, no tan solo para divertir y derramar las fuerzas enemigas, sino tambien, y aun mucho más, para aprovechar las disposiciones hostiles de Marsella, de Lyon, de Tolon y de otros pueblos intermedios contra la tiranía de la república.

La invasion por los Pirineos occidentales no ofrecia esta ventaja de parte de los pueblos.

Despues de esto, la tentativa sobre el Rosellon, realizada con prontitud, era dable hacerla escapar á la prevision de la república; lo primero, porque tamaña empresa, que rayaba en temeridad, no se hacia probable en un principio y con tropas no avezadas á las altas operaciones y á los grandes golpes de la guerra; lo segundo, por la ostentacion de fuerzas que se haria en las fronteras de Guipúzcoa y Navarra, mientras, al contrario, por la parte de Cataluña se mostrarian apenas las precisas y tasadas que requeria la defensiva sobre aquella raya.

Tal fué el plan de la primera campaña, y este plan fué cumplido.

¿Qué nos era posible hacer con tropas españolas y un general como Ricardos?

En pocos dias, con poco más de tres mil hombres, invadió el Rosellon, donde se hallaban repartidos diez y seis mil por parte de la Francia.

III.

Quando llegaron los demás cuerpos del ejército para seguir aquella empresa, era ya dueño el general de las primeras líneas de los Pirineos orientales, ocupaba á Ceret y hacia abrir un camino en el Col de Portell para pasar la artillería y bajar á las llanuras.

Los que no han visto aquella entrada de la Francia, ó ignoren la topografía de aquel lado de la frontera, no alcanzarán á concebir en toda su extensión cuál fué el mérito de esta primera hazaña.

Mas los altos hechos de guerra y las glorias de aquel ejército y sus jefes en la primera campaña fueron tan frecuentes y de tal merecimiento, que se oscurecen unas á otras por ser tantas y tan grandes.

Ocupada en pocos dias una parte de la Cerdaña francesa por delante de Puigcerdá, establecido un puesto en la Junquera para obervar á Bellegarde, arrojado el enemigo de sus posiciones de Arlés, llevado siempre por delante, derrotado enteramente en la primera batalla general que fué dada, y tomados los tres campos que el general Deflers acababa de formar sobre el Thuir, acampado nuestro ejército el mismo dia en Bouldou, dueño de la mayor parte de la corriente del Tech, puesto en seguida el sitio á Bellegarde, invadidas Ar-

geles, Elena y Corneillas, desarmados sus habitantes y dejados sin medios de abastecer las plazas, triunfantes siempre nuestras tropas de los reiterados esfuerzos que hacia Deflers para socorrer á los sitiados, apresados todos los convoyes, dueñas ya en 3 de Junio nuestras armas del fuerte de los Baños, dos dias despues del fuerte de la Guardia, la conquista del alto Walespir asegurada, cubierta la frontera por aquella parte y desmantelada en pocos dias Bellegarde, capituló esta plaza el 24 despues de una defensa porfiada.

En todas estas acciones, oficiales y soldados rivalizaban en bizarría y entusiasmo.

IV.

Hubo tambien batallas dignas de ser contadas en épicos poemas.

Entre ellas debe citarse la batalla de Masdeu, ganada contra fuerzas superiores de los franceses, en la cual, perdidos los tres campos atrincherados que habian formado para cubrir á Perpiñan, abandonaron su artillería, sus municiones y demás pertrechos de boca y guerra.

El ejército español, que habia andado cinco leguas antes del ataque y peleado durante diez y seis horas, faltó de mulas para conducir la artillería enemiga, la arrastró á brazo y anduvo todavía dos leguas más para llegar al campo de Boulou, donde el general Ricardos dió la órden de preparar dos ranchos.

Esta primera batalla causó tal turbacion en Perpiñan, que sus baterías hicieron fuego contra las mismas tropas francesas que se retiraban á la plaza.

Ochocientos voluntarios se negaron á continuar sus servicios en aquella guerra, y fueron arrojados con ignominia por el general Deflers.

Las autoridades de Perpiñan se retiraron con los archivos á Narbona, y un gran número de habitantes dejaron la ciudad y partieron tierra adentro.

Llenos de brio y embriagados con el éxito, continuaron las tropas aquella triunfal marcha. El general Ricardos avanzó más terreno sobre el Tulmir, y aunque al enemigo le llegaban cada dia nuevas fuerzas del interior, estableció el nuevo campo de Masdeu, logró continuos triunfos en acciones parciales y añadió otro campo en Truillas.

V.

Se acercaba ya en esto el 14 de Julio; los franceses ardian por celebrarle con una gran batalla, y los preparativos fueron hechos; á pesar de las previsiones de Ricardos, su talento especial de adivinar los proyectos del enemigo, y las ventajosas posiciones con que se ofreció al combate, desmayaron al general republicano, que evitó la batalla y perdió aquel gran dia, en que sus tropas inflamadas anhelaban desquitarse de sus anteriores derrotas.

Nuevas operaciones y nuevos triunfos hicieron due-

ños á nuestros soldados de los llanos del Rosellon hasta el Tech.

El general, visto el peligro, que se aumentaba cada dia, de perder la capital, se propuso distraer nuestras fuerzas y llamarlas por la parte de la Cerdaña.

La fortuna dividió en aquel punto sus favores entre españoles y franceses; mas las ventajas que estos lograron en aquella parte por entonces no bastaron á arredrar á aquellos.

No quedaban al enemigo en los llanos del Rosellon más que los campos inmediatos á Perpiñan y la posicion de Peyrestortes, que era necesario invadir para ocupar á Rivesaltes y llevar nuestra línea hasta el Gly, apoyando en Estagel nuestra izquierda.

A pocos dias arrojaron nuestros soldados al enemigo de las posiciones que tenia en Urles y en Cabestani; la toma de ellas fué sangrienta, sobre todo la del segundo punto; el general francés Fregeville fué hecho prisionero.

A estos dos ataques, uno y otro funestos para los franceses, así como fué honrosa y extremada su defensa, siguió en 8 de Setiembre el del campamento de Peyrestortes. En lo más récio del ataque, un batallon del regimiento de Navarra y algunas compañías de provinciales, que á través de los torrentes de metralla se arrojaron á la bayoneta sobre las baterías enemigas, decidieron la victoria á nuestro favor.

VI.

Al siguiente día, reforzado el enemigo por las tropas que tenia en Salces, volvió á cobrar á Peyrestortes.

Nuestras tropas, retiradas en buen orden, se replegaron las unas á Masdeu y las otras á Truillas.

Atacado aquel día el valiente general Courten por fuerzas cuatro veces mayores que las suyas, se sostuvo diez y siete horas en la horrible pelea, sacó á salvo su division y llegó á Truillas felizmente.

Jouye y Vidal-Saint Urbin, generales franceses, perecieron en aquella lucha encarnizada.

Si estas cosas las contaran solamente las relaciones españolas, no serian creidas; pero las francesas comprueban estos hechos, y de ordinario van más lejos que las nuestras para hacer nuestra alabanza.

Cuanto escribo es historia consignada en los anales de aquel tiempo.

Nuevas tentativas, despues de esto, de una batalla general por la parte de los franceses: nuevas medidas de Ricardos desconcertando al enemigo, el cual desiste del ataque.

Pero el general francés habia recibido diez batallones más de tropas veteranas, y órdenes y amenazas del gobierno; Dagobert mandaba en jefe; los convencionales, Cassagne y Favre acudieron á ser testigos de sus obras y á animar á los combatientes.

Los españoles estaban prontos; su derecha en Mas-

deu, el centro en Truillas y la izquierda sobre el Thuir; sus puestos avanzados en Rentellas.

El general francés habia prometido terminar la campaña por medio de un gran golpe; su proyecto era envolver nuestro ejército y cortarle la retirada á la frontera.

Entonces tuvo lugar la gran batalla y el glorioso triunfo de nuestras armas en Truillas, triunfo entero y completo, obtenido de poder á poder, brazo á brazo; gran batalla campal comparable á las más crudas y sangrientas que ofreció la guerra en los campos de Flándes.

VII.

En esta gran jornada, sobre la cual las relaciones francesas no han ocultado ni una sola circunstancia de la gloria que ganaron nuestras armas, brilló más que nunca la ciencia de la guerra que poseia el general Ricardos, y se vió la pericia y las dotes militares que adquirieron bajo su mando tantos jefes y oficiales que hacian entonces sus primeras armas.

Los honores de aquel dia, en que hasta el postrer soldado se distinguió, los ganaron en primer grado los generales duque de Osuna, el conde de la Union, Courten, Crespo, el baron de Kesel y el brigadier Godoy, hermano del duque de la Alcudia, que decidió y concluyó la derrota de la columna de valientes veteranos que Dagobert mandaba y en la cual habia puesto su postrera esperanza.

Los cadáveres rebosaban en el Thuir y cubrían el campo de tal modo, que la caballería se encontró embarazada en las últimas horas de aquella gran carnicería.

Los franceses pelearon como fieras, y el general obró en reglas y en pericia de su arte; pero el día fué nuestro.

VIII.

La parte más disciplinada del ejército enemigo, los viejos regimientos de Champagne, de Medoc, Vermandois, Boulonais y los guardias nacionales de los dos departamentos de Gers y Gard perecieron en su mayor parte.

Los franceses mismos regularon su pérdida de muertos y heridos en más de 6.000 hombres; la nuestra, según sus mismas relaciones, llegó apenas á un tercio de la suya; la desercion de los francesés en su fuga por la noche fué inmensa.

Por más que esta narracion no esté enlazada con el curso de nuestra historia, creo que ágradará á los lectores encontrar héroes allí donde la pasion solo pinta hombres entregados á la holganza, dominados por la aficion á los toros ó fanatizados por los frailes.

CAPITULO LXV.

Que es verdaderamente la conclusion del anterior.

Pero terminemos el cuadro de la guerra que hemos empezado á trazar.

El ejército francés tuvo la fortuna de haber recibido un refuerzo de quince mil hombres en la noche que siguió al desastre de Truillas.

Con este socorro le fué posible contener la dispersion de las tropas desbandadas en los montes y tomar en ellos posicion sobre el flanco izquierdo de nuestro ejército.

El general Ricardos, encontrándose con fuerzas inferiores, hizo retirar su campo al Boulou.

Esta operacion maestra fué practicada á su anchura, conservando su posicion en Truillas hasta el 30 de Setiembre, trasladando al Boulou entre tanto todo el material de la campaña, sin dejar en Truillas ni una estaca,

y conteniendo y rechazando en repetidas ocasiones la vanguardia enemiga.

Los franceses ansiaban vengar la jornada de 22 de Setiembre.

Después de establecidas nuestras tropas otra vez en el campamento del Boulou, sostuvieron gloriosamente tres ataques generales y once combates parciales que les hizo el enemigo con teson increíble.

Veinticuatro días pasaron sin descanso; de día peleando con el enemigo, y en el vivac todas las noches.

II.

Frustrados tantas veces los esfuerzos del general francés, y desesperando este de superar de día la táctica y las admirables disposiciones de Ricardos, intentó un ataque general por seis puntos diferentes en la noche del 14 al 15 de Octubre.

Tiempo y valor perdidos por la parte de los franceses: la victoria fué de los españoles.

¿Qué importaba la noche?

El general Ricardos luchaba con un enemigo que entendía la guerra, y poniéndose en lugar suyo adivinaba lo que aquel haría combatiendo en regla, y prevenía todos los casos.

Es imposible alabar bastantemente la pericia, la sangre fría y el acierto de Ricardos en aquella rara prueba en que fué puesto su valor y su talento, y sería necesario escribir un libro entero para referir las hazañas de nuestro ejército en aquella gran defensa.

III.

Hé aquí un rasgo solo para muestra:

El esforzado coronel D. Francisco Taranco defendía la importante batería del Plá del Rey contra una columna de seis mil hombres, todos veteranos, y tropas de refresco de los cuerpos que acababan de llegar de la Lorena y de la legion del Mosella.

El general Tureau los animaba con su voz en persona: Taranco tenia apenas mil quinientos hombres. Sin embargo con estas fuerzas rechazó siete ataques consecutivos, perdió y recobró tres veces la batería, se defendió hora y media al arma blanca, y perdida otra vez la batería cerca de la madrugada, continuó hostilizando al enemigo por detrás de la meseta con seiscientos hombres que le quedaban solamente.

Si hubiera amanecido más temprano, el general Tureau habria visto aquel pequeño número de valientes allí mismo donde creia que le hacia frente una columna entera de enemigos furibundos.

Cuando apuntaba el dia llegó á Taranco un refuerzo de trescientos hombres, y con ellos y los seiscientos bravos que le quedaban, carga á la bayoneta á los franceses, hace un horrible estrago, y Tureau cede y se retira, dejando á Taranco ciento treinta y siete prisioneros; uno de ellos el coronel de la legion del Mosella, gravemente herido, y además un ayudante general y ocho ó diez oficiales.

La matanza fué horrorosa.

La batería del Plá del Rey perdió su antiguo nombre desde aquella noche y tomó el de batería de la sangre.

Estos hechos y otros mil que ilustraron nuestras armas no son partes de *Gaceta*, sino historia.

IV.

¿Qué quedó por deber á las antiguas glorias de la patria?

El general Tureau despues de una larga série de tentativas y de combates malogrados, cuyo principal designio era encerrarnos y quitar á nuestro ejército el importante punto de Ceret, presintiendo un ataque general por mar y tierra que preparaba el general Ricardos, se persuadió de haber hallado el momento favorable de impedirlo, y cumplió sus designios.

Fué la ocasion de esta esperanza suya un espantoso temporal de seis dias consecutivos, que hizo fracasar contra las costas la mayor parte de los buques que se hallaban dispuestos, que se llevó los puentes sobre el Tech, que ponian á nuestras tropas en comunicacion con España; que cerró con torrentes invadables los caminos de Morallas, de Bellegarde y la Junquera, dejando sin forrajes á la caballería y con pan tan solo para dos dias, siguiendo siempre aquel diluvio.

Dé esta suerte se encontraba el ejército, sin otro medio de comunicacion ni de retirada en caso necesario que el puente de Ceret, harto expuesto en aquellos momen-

tos, y lo peor de todo, dominado enteramente por las baterías enemigas.

Estos hechos y otros que ilustraron nuestras batallas, mas no son partes de guerra, sino historia.

En tal conflicto, el general Ricardos resolvió atacarlas, é hizo salir á este fin al conde de la Union con tres columnas, que contenian lo más selecto de nuestras fuerzas, encargando á los portugueses mantener los tres puestos del gran reducto del puente y de la villa de Ceret.

El enemigo, que observaba, se arrojó al reducto y lo tomó, porque los portugueses se desbandaron tristemente.

Nuestra buena fortuna dispuso que el conde de la Union en la mitad de su camino se viese atajado por un arroyo intransitable.

Vuelto atrás, y sabedor de la ventaja que acababa de lograr el enemigo, corrió á él, le arrojó del reducto, destrozó los demás cuerpos con que los franceses acudían á aquel punto, y persiguiéndolos en su fuga y reforzado por los mismos portugueses, que acudieron á remediar su falta, se hizo dueño del importante puesto de San Ferreol, cuya posesion aseguraba la de Ceret y dejaba francos los caminos: nuestros soldados, cinco dias en armas y fatigados por las lluvias, cargaron á la bayoneta como leones á las cuatro baterías, y se hicieron dueños de ellas en ménos de media hora.

Y esto hacian unos soldados convalecientes los más

de ellos de las fiebres estacionales que acometieron á nuestro ejército en el campo del Boulou desde Setiembre.

En las mismas relaciones que publicaron los franceses revelan los desastres que sufrieron, principalmente en Bañuls-les-Apres, donde murió peleando el convencional Favre; en San Telmo y en los varios atrincheramientos que defendieron con fortaleza y heroísmo, hasta el momento en que les fué imposible sostener por más tiempo sus posiciones, invadidas sus líneas de todos lados, y hallándose las plazas en poder de nuestras tropas.

Tales fueron las derrotas sucesivas, atribuidas en Francia á la traicion sin ningun fundamento.

VI.

Al gobernador de San Telmo lo declaró traidor la Convencion francesa, suponiendo que habia tirado contra sus propias tropas.

Mas no fué él, sino las nuestras, que sin más armas que sus fusiles y sus sables y una sola hacha, avanzando y subiendo de peñasco en peñasco bajo la espesa granizada de balas y de toda especie de proyectiles que caian de las alturas, sin tener órden para tamaña empresa, acometieron la estacada á pecho descubierto y asaltando el rastrillo y foso hasta la puerta principal; rotas las cadenas del puente levadizo y quebrantada ya la puerta, intimaron la rendicion que les fué hecha, y

soltaron las baterías contra los enemigos que venían á refugiarse.

Imposible fué defenderse ni con más arte ni con más valor, ni con más perseverancia que lo hicieron los franceses, cuando amainado el tiempo y tomada nuevamente la ofensiva por nuestro ejército, el general Ricardos llevó á efecto sus osados planes para despejar su derecha, y tomar y asegurar en el suelo de la Francia sus cuarteles de invierno.

Fuerza fué de armas, fuerza de valor, fuerza de talentos, fuerza de ejecución la que decidió en su favor la gloriosa campaña que mantuvo hasta el fin con próspera fortuna: fuerza también de honor y patriotismo en los valientes que mandaba aquel máestro de la guerra: el general Doppet, sucesor de Tureau, y el cuarto ya que la Francia oponía al caudillo español, había ofrecido á sus soldados un invierno feliz en la rica Cataluña.

¡Llor á aquellos que con tantos esfuerzos, sin tener cuenta de sí mismos, le impidieron cumplir su promesa!

VII.

No es posible leer la primera vez sin una sensación de fatiga y sobresalto la pintura de los combates que dieron fin á esta campaña.

Asaltos fueron y escalamientos de gigantes los que hicieron nuestras tropas por escarpadas cuestas y pre-

empicíos espantosos en los riscos de Villalonga y de la Roca, en las breñas de Bañuls, en las laderas y las cimas de Puig de la Calina, en la Virgen de las Abejas, en el Coll de Surrá, en el Plá de las Heras, en el Puig de Bercet, en las alturas de Carpila, en el Coll de Bellaurí, en los tajos de San Telmo, y en la larga fila de montañas y reductos y de puestos atrincherados hasta el Puig de Oriol.

Treinta mil hombres distribuidos, una parte en las cumbres coronadas de baterías que parecían inexpugnables, y otra parte en los llanos atacando nuestros flancos, defendían palmo á palmo el suelo de su patria. Todo fué superado y todo fué vencido en dias contados.

VIII.

La postrera batalla fué dada sobre la derecha y centro del ejército enemigo; y completando sus derrotas en el campo que le quedaba atrincherado cerca de los lugares de Tresseres y de Bañuls-les-Appres, tres divisiones de caballería que conducía su hermano, consumaron esta postrer victoria.

El producto de estas acciones poderosas fueron por lo ménos doce mil prisioneros, diez y seis banderas, todo el parque y los almacenes de San Genis, la mayor parte de las piezas de veintitantas baterías que cayeron en nuestro poder, intactas las más de ellas; multitud de carros y de bestias de tiro y carga; el arsenal de

Colinvre, ochenta y ocho piezas que guarnecian sus fuertes, sus ricos almacenes, treinta buques cargados de harinas y forrajes, un gran surtido de ropaje, provisiones cuantiosas para el servicio de los hospitales, y toda clase de pertrechos para el servicio de un ejército.

Este golpe de mano, que nos valió á San Telmo, á Port-vendres, al Puig de Oriol y á Colinvre, el mejor puesto de aquel lado, fué la obra de diez y nueve horas de afanes militares.

Despues de estos sucesos, nuestras tropas, asentados y seguros sus cuarteles de invierno en la tierra extranjera, cual ninguna otra potencia pudo lograrlos, se entregaron al descanso, bien ganado y mejor merecido.

IX.

En una de estas acciones tuvo lugar un episodio interesante para nuestra historia.

El coronel D. Enrique Arias de Prado, hijo de la marquesa del Puente, á la cabeza de un regimiento que durante el combate de aquel dia habia perdido muchos hombres, se vió amenazado de una violenta carga de caballería.

Mandó formar en cuadro á sus tropas, y resistió el primer ataque.

Tres veces contuvo el ímpetu de la caballería, pero á la cuarta deshicieron los franceses el cuadro, y desbandadas nuestras tropas para atacar en guerrilla al enemigo, se vió el coronel acorralado por seis ú ocho

ginetes, sin tener más auxilio para defenderse de ellos que su ayudante y el corneta de órdenes. Este último con sus certeros tiros desmontó dos ginetes, en tanto que el coronel y su ayudante peleaban con fuerzas desiguales contra sus adversarios.

Su ayudante fué muerto y el coronel cayó herido. De seguro hubiese fenecido también, si no se hubiese presentado de improviso un destacamento capitaneado por un cabo, el cual con una descarga logró poner en precipitada fuga á los soldados, que iban á asesinar al coronel.

Uno de ellos quiso llevarse un trofeo de la miserable hazaña que habían conseguido batiéndose seis ú ocho hombres contra tres, y adelantándose el cabo le cogió del cuello, trabándose entre los dos una lucha desesperada, cuyo término dió por resultado la victoria del español, aunque también quedó herido.

La herida felizmente era muy leve.

Conducidos á la más próxima ambulancia el coronel y su salvador, permaneció el segundo al lado de aquel, más para auxiliarle que para curar su herida, pues de no haber sabido, como supo poco después, quién era aquel bizarro militar, hecha la primera cura hubiese continuado en la pelea.

X.

Los lectores habrán comprendido que el cabo era Antonio, el hijo mayor de Pepe-Hillo, que se había

propuesto adquirir gloria en aquella campaña para ser digno de aquella niña á quien amaba, y á quien la suerte, al descubrirle su nacimiento, habia colocado á tanta distancia de él.

Cuando el general Ricardos visitó á los heridos, el coronel le refirió las proezas del jóven, aseguró que le debia la vida y pidió una gracia para él.

El general hizo algunas preguntas á Antonio, y persuadido de su valor y de su inteligencia le dió las charreteras de oficial.

La herida del coronel no era peligrosa, pero su convalecencia tenia que ser larga.

Entonces fué cuando llamó á su madre y á su hija, las que se reunieron á él en La Junquera, á donde fué trasladado.

XI.

Antonio se separó del coronel para cumplir sus deberes de oficial.

—Si me restablezco de mi herida, le dijo Enrique al despedirse, procuraré que esté Vd. á mi lado; si muero, mi buena madre, la marquesa del Puente, sabrá que le debo la vida, y le pagará en mi nombre esta deuda de gratitud.

Poco despues estrechó Enrique en sus brazos á su buena madre y á su querida hija.

Una y otra le preguntaron por Antonio.

El coronel pidió informes de su paradero, sin sospe-

char que el jóven por quien le preguntaban era su salvador.

La única respuesta que obtuvo fué en extremo sensible para Dolores.

Antonio, despues de haber dado grandes muestras de valor en algunos combates, fué nuevamente herido, cayó en poder de los franceses y no fué posible adquirir más noticias acerca de su paradero.

Nuevas pesquisas hechas para tomar informes le demostraron, con profunda pena, que el jóven que tanto interesaba á su madre y á su hija era el mismo á quien debia la vida, y todas las noticias que acerca de él se habian recibido estaban contestes en afirmar que habia muerto en el depósito de los prisioneros.

La aficcion de aquella familia fué inmensa.

El coronel logró curarse al cabo de mucho tiempo; pero habiendo perdido toda la fuerza del brazo derecho, tuvo que retirarse del servicio, y en vez de ir á Madrid se dirigió con su madre y con su hija á una casa que tenian en los alrededores de Sigüenza.

XII.

Descritas ya las heróicas hazañas de nuestros soldados en la parte de Cataluña durante aquella guerra que, aunque eclipsada por la de la Independencia, merece una de las páginas más gloriosas de nuestra historia, demostrado el fanatismo del pueblo y del ejército español por la defensa de su rey y de su pátria, tanto para

reanudar el hilo de nuestra historia, cuanto para cumplir la promesa que hemos hecho á los lectores, vamos á ver los deseos que animaban á Godoy para justificar su elevacion al poder, y con este motivo á trazar á grandes rasgos la historia del toreo y la no ménos interesante para nosotros de Pepe-Hillo, porque los deseos de Godoy no eran otros que poner término á aquellas funciones, que S. E. calificaba de *restos de barbarie*, y para ello el mejor medio que le habia sugerido su imaginacion era apartar del espectáculo favorito del pueblo español, por medio de honores y dádivas, á los famosos diestros de la época.

CAPITULO LXVI.

Vicios y virtudes.

I.

Sabido es que todos los que logran elevarse á los más altos puestos del Estado, ó se ven favorecidos por los dones de la fortuna, despertando la emulacion y la envidia afilan el arma de la calumnia y sufren algunos rasguños en la opinion pública.

Entre todos los primeros ministros de cuantos soberanos ha habido en España, entre todos los favoritos de los reyes, ninguno ha sido más envidiado, y por lo tanto más calumniado que Godoy.

Cierto es que debia su privanza á una causa no solo censurable, sino punible.

Pero despues de obtener el favor de los reyes quiso justificar su elevacion, y como se hallaba dotado de natural talento, de imaginacion fecundísima, disponiendo como disponia de todos los medios para desarrollar sus ideas, cifró su empeño en mejorar las condi-

ciones de la nacion, y sin las guerras primero, y las intrigas y las persecuciones de sus enemigos despues, es muy posible que hubiera dejado eterna memoria de su gobierno.

II.

A pesar de verse combatido, prestó tantos servicios á las letras y á las artes, á la industria y al comercio, á la verdadera civilizacion, en fin, que no es extraño que despues de haber pasado mucho tiempo sin dejar de condenar el origen de su privanza, se empezase á hacer justicia á sus prendas personales.

Al mismo tiempo que procuraba rodearse de los literatos más ilustrados y distinguidos, de los artistas más inspirados, de los economistas y abogados más sábios, cifraba particular empeño en que se protegieran las manufacturas españolas de la nacion, en que se mejorasen las condiciones de la agricultura, en una palabra, en que se realizasen progresos en todos los ramos de utilidad pública, porque sabia que á la sombra del bienestar que producirian estas mejoras podria prolongarse su dominacion, justificarse á los ojos del país y terminar con gloria una carrera tan brillante como la suya.

III.

Pero aunque al hallarse rodeado de los Moratines y de los Cadálsos, de los Conde y Melendez Valdés, de los Vayen y de los Goya, de los Jovellanos y de los Cabar-

rús, y al contemplar en el palacio de los reyes, en los de la grandeza y en el suyo propio los magníficos tapices fabricados en Madrid, los magníficos cristales de la Granja y de Aranjuez, los riquísimos paños de San Fernando y Guadalajara y los innumerables productos del arte y de la industria española, que hasta los extranjeros, y sobre todo los franceses, venían á estudiar en nuestro país en aquel tiempo; aunque este espectáculo satisficiera sus aspiraciones y le hiciera creer por un momento que iba poco á poco realizando sus planes, en las audiencias que daba, en las conversaciones que tenia á menudo con los hombres del pueblo, en los paseos incógnitos que daba por Madrid, y, por último, en las costumbres de la sociedad que se agitaba en torno suyo, hallaba motivos para desesperarse.

IV.

Al lado de grandes virtudes aparecían grandes vicios.

El sentimiento religioso abdicaba su grandeza ante un fanatismo inconsciente, origen de disturbios sin cuento, que eran una mordaza para la voz del progreso.

Todas las clases de la sociedad preferían la vagancia al trabajo, y si bien es cierto que en algunas celdas de los conventos habia frailes que estudiaban asiduamente, que se consagraban á las prácticas más austeras de la piedad, que conservaban para las generaciones futuras todos los adelantos sin los cuales en la hora de la rege-

neracion lo mismo en España que en el extranjero se hubieran encontrado en la barbárie; si bien es cierto que habia santos varones dignos de admiracion, en cambio pululaban por las calles de Madrid, con hábitos de distintas órdenes, frailes que hacian creer al pueblo que podia vivir sin trabajar, que ingiriéndose en el seno de las familias solian muy á menudo perturbar la paz doméstica, y que á favor del fanatismo que antes he mencionado eludian la santa ley del trabajo, ellos que por su carácter debian ser los primeros en cumplirla.

La grandeza ignorante; la clase media sin vida propia, sin carácter especial; el pueblo grandioso y miserable á la vez, sumido en la más crasa ignorancia, en la más profunda apatia, y únicamente estimulado en los tiempos normales por las corridas de toros, espectáculo que á D. Manuel Godoy y á una gran parte de las personas ilustradas que le rodeaban inspiraba una profunda aversion, solo la religion, el rey y la patria podian hacer héroes de aquellos miserables y harapientos plebeyos.

V.

Un buen ministro, un hombre que deseaba transformar por completo la vida social del país que gobernaba, tenia por fuerza que emplear los medios más heróicos para convertir á los haraganes en trabajadores, á los fanáticos en verdaderos católicos, á los ignorantes en ilustrados, y un pueblo acostumbrado á ver escenas

sangrientas en el circo taurino y á manejar á cada instante la navaja en sus rencillas, en un pueblo morigerado, laborioso, limpio, económico y prudente.

Hé aquí por qué razon se habia dicho:

—El único medio de trasformar la sociedad actual es suprimir las corridas de toros.

Y aunque era omnipotente, aunque nada le ne gaban los reyes, encontró tales dificultades al querer poner en práctica sus proyectos, que llegó á considerarlos como insuperables.

La reina María Luisa gustaba mucho de aquellas diversiones.

Sus damas y los cortesanos gozábanse en aquel espectáculo, y por llamarle nacional, creian al asistir á él cumplir uno de sus deberes con la patria.

Hasta los severos magistrados, hasta los incorruptibles consejeros de Castilla; pero ¿qué más? hasta los generales mismos de algunas órdenes mostrábanse opuestos á la supresion de aquel espectáculo, y acaso no seria difícil adivinar el motivo que les impulsaba á obrar de esta manera.

VI.

Durante mucho tiempo ha sido táctica de los gobiernos arrojar un juguete al pueblo para que se divirtiera, seguros de que mientras jugaba podian hacer su voluntad sin que nadie les pidiera cuenta de sus actos.

Recientemente ha habido un ejemplo como el que cito.

Se apoderó Napoleon de la Francia el año 1852 por medio del golpe de Estado.

Lo primero que hizo fué destruir todo Paris sin otro objeto que dar ocupacion á los trabajadores.

—Mientras trabajan, comen, se dijo; y mientras comen, callarán.

Permitió despues el libre exámen en todo su desarrollo, y hasta celebró la aparicion de Renan negando la divinidad de Jesucristo.

—Con tal que nadie censure mi conducta politica, pensó, que haga todo el mundo lo que quiera.

Más tarde, para distraer al pueblo, á quien queria hacer olvidar su elevacion, emprendió guerras.

Durante muchos años ha jugado el pueblo francés á la economía política, á la religion y á la guerra.

El resultado ya lo han visto mis lectores.

Napoleon ha caido de la manera más ignominiosa, y los juegos de sus súbditos han costado la destruccion de la Francia.

VII.

Quizás por esto se oponian los que influian en la gubernacion del Estado á los proyectos de Godoy.

Para ser justo, debo decir tambien que la obra más difícil en España, lo mismo en la época en que el duque de la Alcudia era ministro que en los tiempos actuales, es destruir ese espectáculo, no solo por lo que es en sí, sino por lo que representa á nuestros propios ojos y á los de los extraños.

Sin embargo, Godoy estudió mucho la cuestion, y despues de largas meditaciones,

—Muerto el pájaro, se dijo, para nada sirve la jaula.

Los triunfos que acababan de obtener las armas españolas en los combates con los franceses era una ocasion propicia para que, celebrando las victorias, pudiese el rey dar gracias y mercedes no solo á los militares, sino á todas las personas notables de su reino.

El momento era oportuno para colmar de dádivas á los grandes diestros, para ofrecerles posiciones con pingües sueldos y sin el riesgo que corrian al lidiar en las plazas, y lo natural era que, aceptando aquellos honores y aquellas dádivas, permaneciesen desiertos los circos, poco á poco fueran arruinándose y poco á poco fuera concluyendo la aficion al toreo.

¿Quién no se hace ilusiones en este mundo?

VIII.

Isabel la Católica odiaba el alanzamiento de toros que tenia lugar en sus tiempos, y esta fiesta fué cobrando desarrollo y llegó en tiempo de Godoy á su mayor apogeo.

Godoy quiso destruirla tambien, y á Pepe-Hillo y á Costillares sucedió Montes, y á Montes el Chielanero y Cúchares, y á estos dos el Tato y Cayetano, y cuantas tentativas se han hecho para acabar con las lides taurinas han sido inútiles, y me parece que lo serán.

Animado con el auxilio que le daban los triunfos

obtenidos por los ejércitos de la frontera de Cataluña, y aprovechando la circunstancia de haber sido el hijo de Pepe-Hillo uno de los oficiales que más se habían distinguido en aquellas acciones, resolvió llevar á cabo su plan, y al efecto fué á palacio, expuso al rey con entera franqueza sus deseos, le manifestó que no bastaba haber vencido á los ejércitos de la república francesa, sino que era necesario aceptar alguna de las ideas de la misma revolucion, y que para conseguir que el pueblo no fuese contra el rey era necesario que el rey se anticipase á las necesidades del pueblo.

Una de ellas, la primera, era acabar con las corridas de toros.

Cárlos IV no le dejó proseguir.

—Más fácil es, le dijo, que el pueblo que tanto me ama, me ódie, que realizar lo que deseas.

Pero tanto insistió Godoy y era tanta la debilidad del monarca en escucharle, que despues de una larga conferencia, acabó diciéndole:

—Intenta la reforma que te empeñas llevar á cabo; pero que no se pueda imaginar que yo te ayudo en esa empresa.

XI. Godoy quiso destruir á Pepe-Hillo y á Costillar sucesos Montes y á Montes el Chichanero y

Quando Pepe-Hillo, despues de haberse despedido de la marquesa del Puente y de Dolores, fué á ver al duque de la Alcudia, aprovechó el primer ministro la ocasion para explorar el ánimo del torero.

Antes de oír las palabras con que á las insinuaciones de Godoy contestó el famoso diestro, es oportuno, y es además un deber en mí, para cumplir las promesas que he hecho á los lectores, abrir aquí un paréntesis y ofrecer al lector los rasgos más importantes y más característicos de la historia del toreo en España, para que conociendo su desarrollo y su influencia y teniendo ocasion de recordar los episodios más notables de los lidiadores, sus costumbres privadas y cuanto á ellos concierne, puedan comprender por qué razon el pueblo español de 1793, como el de 1871, son capaces, segun la frase vulgar, de vender hasta la camisa para ir á los toros.

CAPÍTULO I.

Un banquete trascendental.

Para lograr el fin que me propongo al escribir este libro, hiza reseña histórica de la tauromaquia y sin salirnos bastante, para dar á conocer el origen y desarrollo de esta gran fiesta.

La crónica tauromáquina, sobre todo en los siglos anteriores al de los luces, en breves páginas puede encerrarse, en pocas palabras, y resumirse en pocas líneas.

Pero ¿no podría servirnos este estudio para conocer algunos usos y costumbres de la época en que pasa la acción de esta novela; para conocer á algunas de las figuras más distinguidas en aquel tiempo? Ya que

Antes de oír las palabras con que á las inscripciones de Godoy, contestó el famoso héroe, las oportuno, y es además un deber en mi país cumplir las promesas que he hecho á los lectores, abrir aquí un parentés y ofrecer al lector los rasgos más importantes y más característicos de la historia del héroe en España, para que conociendo su desarrollo y sus influencias y teniendo ocasión de recordar los episodios más notables de los dichos rasgos, pueda comprender por qué razón el pueblo español de 1793, como el de 1808, se espantó, según la frase vulgar, de verter hasta la última gota de los toros.

Carlos IV no le dejó proseguir.

— Más fácil es que el pueblo se espante, que que se le enseñe á no espantarse.

Pero tanta insistió Godoy y tanta la debilidad del monarca en escucharle, que después de una larga con-ferencia, acabó diciéndole:

— Intenta la reforma que te propongo llevar á cabo; pero no olvides de que yo me quedo en España en esta empresa.

Y así se cumplió lo que el héroe había prometido.

Cuando Ponce-Balboa, después de haberse despedido de la augusta familia y de haber salido de la corte, se dirigió á la ciudad de Madrid, á fin de dar cuenta al primer ministro de la ocasión que le había ocurrido, el ministro le recibió con gran

LIBRO SEGUNDO.

LAS CORRIDAS DE TOROS.

CAPITULO I.

Un banquete trascendental.

Para lograr el fin que me propongo al trazar este libro, una reseña histórica sencilla y sin adornos bastaría.

La crónica taurina, sobre todo en los siglos anteriores al de las luces, en breves páginas puede encerrarse.

Pero ¿no podría servirnos este estudio para conocer algunos usos y costumbres de la época en que pasa la acción de esta novela, para conocer á algunos de los hombres más distinguidos en aquel tiempo? Yo creo

que sí, y para amenizar la narracion vamos á darla en una forma novelesca.

He dicho antes de ahora que en la época de Carlos IV, y sobre todo en la época de la dominacion de Godoy, como otros tantos satélites de este astro, brillaban en la córte innumerables literatos que, favorecidos por el primer ministro, al mismo tiempo que enriquecian las letras con sus producciones, servíanle para cantar sus alabanzas y para separar la atencion del público de los actos privados de la vida del célebre favorito.

II.

Figuraban entre ellos Leandro Fernandez Moratin, reformador del teatro español; Melendez Valdés, dulcísimo poeta; José Antonio Conde, historiador y orientalista distinguido; D. Diego Clemencin, sacerdote virtuoso y sábio filólogo; el poeta trágico Alvarez Cienfuegos, los pintores Francisco Goya y Francisco Bayen, el jurisconsulto con sus puntas de literato crítico Juan Pablo Forner, el inolvidable D. Ramon de la Cruz y otros varios que, realizando el pensamiento de Godoy, favorecidos por él con empleos ó con pensiones, enriquecian las bibliotecas y los museos nacionales, y preocupando el ánimo de las personas estudiosas, distraian su atencion de la atencion de la política, con lo cual dicho se está que hacian el caldo gordo á su Mecenas, puesto que podia llevar á cabo todos sus pla-

nes sin que le molestaran las miradas ó las objeciones de los hombres de talento, los cuales pasaban horas enteras discutiendo un tema filosófico, purgando de rípios una composición poética, ó estudiando los contornos y las perspectivas de un cuadro al óleo, de una aguada ó de un agua fuerte.

Hermosos tiempos aquellos, en los que el talento podía encontrar, si se me permite la frase, la horma de su zapato.

Entonces el que empezaba haciendo versos ó dibujando caras, tenía la seguridad de poder perfeccionarse en la poesía ó en la pintura al lado de buenos maestros, y hallar más tarde honra y provecho en aquellas honrosas profesiones.

Desde entonces acá han variado mucho las cosas, y llena está la nómina de las clases pasivas de artistas y literatos incipientes, que, seguros de medrar pronto y sin trabajo en la carrera política, han contribuido al empobrecimiento de la literatura y de las artes en el siglo de las luces, y han aumentado el caos en que la política ha sumido á la sociedad moderna.

Aquellos hombres que con sus escritos y sus inspiraciones impresionaban á todos, obedeciendo á un sentimiento de gratitud, procuraban amoldar sus ideas á las de su protector.

III.

Harto sabia Godoy el importante papel que literatos y artistas podian desempeñar en la propaganda de sus

planes, y siendo uno de ellos, quizás el más importante en la época á que me refiero, el de procurar introducir en España suavemente una gran parte de las reformas que por medio de la convulsion revolucionaria se habia llevado á cabo en Francia para preparar al país á aquellos adelantos, para reemplazar las costumbres viejas con las nuevas, necesitaba valerse de aquellos propagandistas, los cuales, por todos los medios que tenian á su alcance, podian creer en el pueblo las disposiciones necesarias para adaptarse á los planes del primer ministro.

Hallábase en aquellos momentos viajando por Italia con una mision científica el inolvidable D. Leandro Fernandez de Moratin, que, verdadero hijo del pueblo, comprendia los defectos y las virtudes de sus hermanos, y aunque posteriormente pecó de afrancesado, en aquellos momentos miraba con cariño todo lo que constituia las costumbres de la patria.

El Niño mimado del duque de la Alcudia, como lo era de los amigos de su patria, ilustrado poeta tambien, tenia derecho para decir la verdad, y al consultarle Godoy acerca de sus principios de empezar su reforma aboliendo las corridas de toros, hubiera hallado en él una irresistible oposicion.

IV.

Otro de los hombres intransigentes, porque tenia pasion por las lides taurinas, era el famoso pintor Goya,

que, á pesar de sus años y de su sordera, gozaba en extremo asistiendo al circo, porque en aquel espacioso cuadro hallaba llenos de vida y de color los tipos que tan admirablemente interpretaba su pincel.

Pero al lado de estos dos hombres, que en aquella cuestion no estaban de acuerdo con el duque de la Alcu dia, habia otros tambien de reconocido talento que podian prestarse á sus fines.

Eran estos Forner, Conde, Bayen, Melendez Valdés, y hasta el mismo Jovellanos, quien, sin embargo, tenia cierta enemistad con Godoy, porque habia sido objeto de misteriosas persecuciones, y tanto el ilustre humanista como la opinion pública atribuian aquellas persecuciones á Godoy y á la reina, porque verdaderamente con su talento, con su ilustracion, con sus prendas morales, si habia algun hombre que pudiera hacer sombra al favorito del monarca, era Jovellanos.

V.

Un día del mes de Agosto de 1793 sentó Godoy á su mesa á Forner, á Conde, á Melendez Valdés, á D. Luis Urquijo, alto empleado del ministerio de Estado, y á Filiberto Ruiz, guardia real de la Compañía Española, que habia sido compañero de Godoy y que se distinguia más que por sus cualidades militares por sus grandes conocimientos tauromáquicos, por su aficion á las corridas de toros y por su buen juicio en todo lo que se

relacionaba con las costumbres, leyes y condiciones esenciales del toreo.

No extrañó á nadie, y mucho menos á los comensales, este obsequio de Godoy.

Su mayor placer consistía en dedicar uno ó dos dias á la semana en expansiones amistosas con aquellos hombres de tan amena conversacion.

Despues de haberles obsequiado con la esplendidez con que acostumbraba,

—Vamos á ver, amigos míos, dijo, ¿qué pensarían ustedes de mí si me hubiese propuesto civilizar en breve tiempo al populacho español?

—Que intentaba V. E. una obra de romanos, dijo con atildado acento Juan Pablo Forner.

—Y, sin embargo, añadió el duque de la Alcudia, eso no es un obstáculo. Nosotros somos españoles y conseguimos vencer y alejar de nuestro país á los romanos; luego podemos emprender obras que aquellos no pudieran consumir.

—Ya sabe V. E., dijo Conde, que solo hay un medio de dominar al pueblo.

—Dándole pan y toros, ¿no es eso?

—Ciertamente.

—Me parece que juzgan Vds. muy mal al pueblo español. Ama las funciones de toros, no por lo que tienen de horrorosas y de inciviles, sino porque le ofrecen el espectáculo del triunfo del hombre sobre la fiera, y esto le enorgullece, esto le embriaga. Quizás por eso, míseros voluntarios que han ido á la frontera de